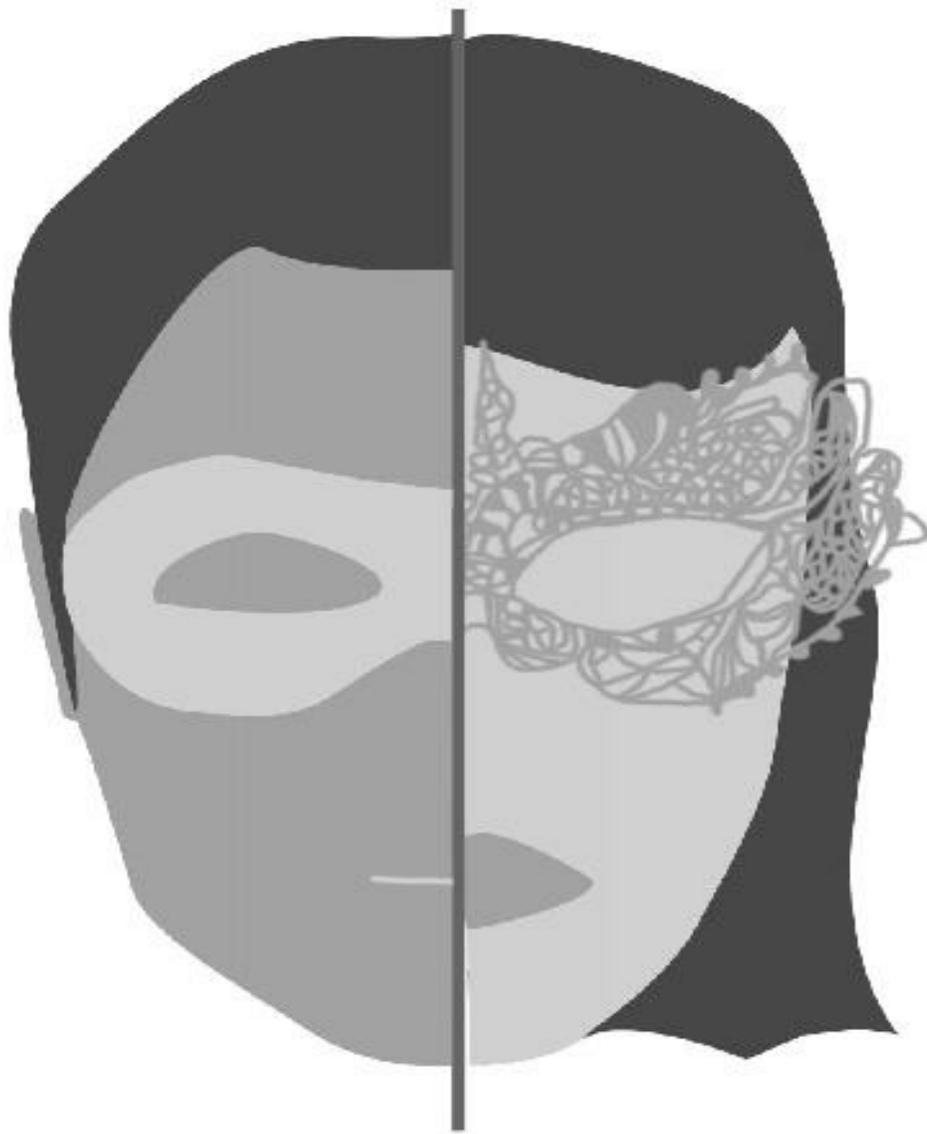


AMANTES ♥ algo más



Déborah F. Muñoz

AMANTES ♥ *algo más*



Déborah F. Muñoz

Texto, maquetación
y diseño de cubierta:
©Déborah Fernández Muñoz
www.deborahfmunoz.com
Todos los derechos reservados.
All rights reserved.
1ª Edición

Gracias

A todas las Claras del mundo, que se enfrentan a su timidez cada día.

A todos los que me habéis apoyado a lo largo de estos años en la aventura de escribir y publicar.

A todos los que no solo no me apoyaron, sino que hicieron todo lo contrario. Sus sonrisas de superioridad y a sus palabras de desánimo no tuvieron el efecto que deseaban: en vez de desalentarme, me empeñé todavía más en perseguir mis sueños.

Por último, quiero darte las gracias a ti, por darle la oportunidad a esta novela.

Si te ha gustado, te animo a recomendarla, a ponerle una buena calificación y a descubrir mis otros libros. En **deborahfmunoz.com** puedes ver sus fichas, sus sinopsis... Además, desde esa misma web tienes acceso a innumerables contenidos (desde mi opinión sobre libros, cine y cómics hasta crónicas de mis aventuras y viajes, cientos de relatos inéditos...). También puedes apuntarte con facilidad a la newsletter o seguirme en mis redes sociales para no perderte nada.

Capítulo 1:

El centro de atención

Clara era incapaz de estarse quieta y parecía al borde de la hiperventilación. Había arrugado su precioso vestido de seda y el elegante peinado, que había requerido más de una hora de peluquería, parecía la obra de un estilista chiflado que quería emular a los personajes de un cómic manga de peleas.

Adela, que llegó cinco minutos antes de la hora acordada, no pudo evitar una sonrisa en cuanto la vio de esa guisa.

—Estoy fatal, ¿verdad? —preguntó Clara, ansiosa.

—No es para tanto pero... Vamos a un pequeño encuentro previo a los preparativos de mi boda, no a una convención de cómics —respondió ella, diplomática. No obstante, esas palabras fueron suficientes para que la ansiedad que su amiga contenía a duras penas comenzara a desbordarse.

—¡Ay, madre!

—Tranquila, Clara, que de verdad que no es para tanto. Solo tenemos que hacer algo con ese pelo —intentó tranquilizarla Adela.

—¡No puedo ir! —la ignoró Clara, medio histérica.

—Claro que puedes —se puso firme la joven, a sabiendas de que, si dejaba que la ansiedad de Clara creciera un poco más, no habría forma de sacarla de casa—. Seremos pocos, y conoces a todos menos a los amigos y a los padres de Charles.

—Que son la mitad de los invitados —la cortó Clara—, y para colmo resultan ser unos pijos. ¿Cómo voy a ir así? Cada vez que intento arreglar este entuerto lo estropeo más.

—No sabes cuánto me alegro de que no sea adrede —dijo Adela, en tono guasón, aunque bien sabía que, con tal de eludir un compromiso social, su amiga era capaz de cualquier cosa—. Por suerte, como sé que tiendes a ponerte nerviosa y a acabar hecha un desastre antes incluso de salir de casa, te mentí un poco sobre la hora. Tenemos sesenta y cinco minutos para dejarte radiante.

—De verdad que no me encuentro bien —intentó escaquearse Clara.

—No puedes dejarme sola. Eres mi mejor amiga, por no hablar de que ejercerás los papeles de madrina y de dama de honor principal —jugó su mejor baza Adela, mientras la conducía hacia el cuarto de baño y comenzaba una auténtica obra de ingeniería con el pelo de su amiga.

—¿Qué diablos va a ser eso, una boda de aquí o una americanada? —se

quejó Clara, desconcertada por ese doble papel que le acababa de asignar su amiga: ya era malo tener que ser alguna de las dos cosas con lo tímida que era y el protagonismo que implicaban, pero ser ambas era el colmo.

—Una extraña mezcla de todas las excentricidades que se hacen en las bodas pijas a lo largo del mundo. Ya sabes cómo es mi madre —suspiró Adela. Clara solo había coincidido con Magda una vez, sin haber intercambiado con ella más que unas pocas palabras, pero había oído todo tipo de historias sobre lo puntillosa que era para que todo saliera conforme a sus deseos, así que eso solo logró ponerla más nerviosa.

—¿Y aun así quieres ponerme en la cabeza de todo? Estaré en su punto de mira y, lo que es peor, en el del resto de los invitados. Si es que consigo articular palabra más allá de los saludos protocolarios, querrán saberlo todo de mí, incluyendo mis antecedentes, mi situación actual y mi profesión. —Esa era la mayor preocupación de Clara: que, en vez de pasar desapercibida, alguien se fijara en ella y le hiciera un interrogatorio. No obstante, Adela se había empeñado en obligarla a vencer su timidez y sus temores en una sola noche traumática.

—Bueno, ¿y qué problema hay? Eres un genio de la programación y sacas un buen pico cada mes por tu trabajo.

—Sí, pero me pondré nerviosa y e... empezaré a ta... tartamudear.

—Que no, agorera. Tú céntrate en hablarles de tu trabajo. En cuanto empiezas a hablar de las maravillas del Big Data, una de dos, o les aburres tanto que buscarán cualquier excusa para acabar la conversación o les fascinas, que es lo más probable porque estamos hablando de gente inteligente. De hecho, lo más probable es que salgas de la cena con nuevos clientes potenciales: a poco que vean lo que puedes llegar a hacer con esas tecnologías, se pelearán por contratarte —le aseguró Adela. Ella misma había dado con Clara gracias a un contacto en común y, en cuanto había visto su potencial, no había dudado en contratarla en numerosos proyectos de inteligencia artificial y analítica, logrando con ello resultados sorprendentes—. A todo esto, ¿qué narices te has echado en el pelo? No hay manera de colocarlo en su sitio.

—Pregúntaselo a mi peluquero. Lamentablemente, todos esos productos que me echó no hicieron efecto para mantener el precioso peinado que me había hecho, sino para fijar el estropicio de después. Lo triste es que, cuando quiero hacerme algo así, no me sale —suspiró Clara con resignación. De inmediato, el estado de nerviosismo volvió a imponerse—.

Por favor, Adela. Soy una programadora friki con serios problemas de timidez ¡y me vas a meter en una reunión de snobs multimillonarios!

—No puedo hacerlo sola —la chantajeó emocionalmente Adela—. Bastante que voy a casarme con Charles tan pronto, en vez de irnos a vivir juntos como nos gustaría. No te haces una idea de la rabia que me da ceder y darle el gusto a mi madre. Pero, si tengo que pasar por esto, quiero tener a mi mejor amiga cerca, para que me ayude a sobrellevar esta carga y evite que esto se descontrole más de la cuenta.

—Por Cthullu, Adela. Es una maldita boda, y habéis contratado una empresa para que se encargue de organizarlo todo, ¿cómo iba a descontrolarse?

—Lo entenderás cuando tengas algo más de trato con mi madre. Te crees que las historias que cuento sobre ella son exageradas, pero vas a flipar. — Clara se puso aún más blanca y Adela rió—: Vale, ahora que ya he hecho que te pongas en lo peor, toca tranquilizarte. Le he advertido a mi madre que tu papel será simbólico y de apoyo, así que más le vale no agobiarte porque, como abandones el barco, yo lo abandono también. Está tan desesperada por hacer que esta boda salga adelante que lo más que puede pasar es que se ponga un poco sobreprotectora y tenga todo tipo de atenciones contigo.

—¿Y eso tiene que hacerme sentir mejor?

—Bueno, mejor eso que aguantarla en modo regañón y pesado, ¿no? —se encogió de hombros la joven heredera. Clara no quedó nada convencida, pero, en honor a su amistad, decidió resignarse y dejarse llevar.

Entre tanto, David llegó al lugar donde se celebraría el acontecimiento un poco demasiado pronto e intentó hacer tiempo en el exterior antes de entrar. La reunión preboda le parecía una ridiculez: a pesar de que la idea de que todos los invitados que tenían un papel destacado en la ceremonia se conocieran no era mala, tenía poco sentido hacerlo tres días antes de la fiesta de compromiso oficial.

Todo parecía apuntar a que se trataba de una jugada de los futuros consuegros para evitar una situación imprevista. A juzgar por las caras de los cuatro, a los que vio discutir en voz baja a través de la ventana, no se había equivocado. Curioso, decidió entrar y preguntarle a Charles por ese misterio, a sabiendas de que la respuesta le iba a divertir.

—Han puesto el grito en el cielo cuando se han enterado de que hay un hombre casado en la corte de honor de Adela. —Charles puso los ojos en

blanco—. Y en cuanto les he dicho que Ana está en la mía casi les da un soponcio. Han empezado a desvariar sobre lo horrible que será organizar las mesas, ya que hay dos parejas consolidadas y un soltero en cada corte y lo normal es no mezclar géneros.

»Luego han insistido en que la solución es que intercambiamos a Jazz y a Ana para que sean todo hombres en una y todo mujeres en otra. Por supuesto, me he negado y les he advertido de que, como dejen caer una sola palabra de esto a Adela, correrán el peligro de que ella diga «Hasta aquí hemos llegado» y anule la boda. Al margen de lo machistas y arcaicos que resultan sus argumentos, no hay descompensación por ningún lado, porque al final, de todas formas, hay el mismo número de hombres que de mujeres. Así que se han reunido para debatirlo y allí siguen.

—Sigo sin entender por qué tiene que haber una corte de honor —rió David—. Esto no es Estados Unidos.

—Nadie lo entiende, salvo ellos. Pero, por lo que he podido deducir, quieren una boda internacional por todo lo alto juntando todas las tradiciones ostentosas que puedan encontrar de la forma más elegante posible.

—Vamos, que no me libro de ser el padrino —rió David.

La idea inicial había sido que ese papel lo ejerciera el amigo de Adela, Jazz, que había apostado por la pareja incluso antes de que Charles y Adela empezaran a hacer las paces tras años de odio mutuo. No obstante, este vivía en Italia y eso complicaba las cosas para que estuviera en todos los actos oficiales y no tan oficiales de la boda, de modo que, por pura practicidad, decidieron entre todos que lo mejor era que el padrino fuera o Leo o David. Por supuesto, ninguno de los dos se ofreció voluntario, porque ya sabían cómo se las gastaban los Castelli y los Bianchi cuando se trataba de organizar algo por todo lo alto y no querían meterse en ese berenjenal, así que Charles había tirado una moneda al aire y la mala suerte quiso que saliera cruz.

—Lo harás bien —le aseguró el futuro novio. Se alegraba de que le hubiera tocado a David, cuya intervención había ayudado a dar el empujoncito definitivo a Adela, aunque su amigo le quitara importancia cuando intentaba agradecerse y se limitara a decir: «Las cosas no podían seguir así, estabas hecho un desastre».

—Claro que lo haré bien —respondió David, con tono arrogante—. No es que me queje, pero todo esto de las bodas no es lo mío y no me apetece en lo más mínimo encargarme de según qué tonterías. Espero que la madrina de

Adela sea una de esas chaladas obsesionadas con las ceremonias y cargue con casi todo el trabajo.

—No cuentes con ello. No parece la clase de persona que disfruta con la responsabilidad de ser madrina. Lo que me recuerda que es una chica muy tímida. No seas capullo con ella —le advirtió Charles.

—¿Capullo yo? —preguntó David, con falsa indignación y un poco de malicia.

—David... que nos conocemos —se puso serio su amigo—. Lo haces por sistema con toda la gente nueva que conoces y, aunque estoy convencido de que querrá darte la réplica que te mereces, su timidez le impedirá hacerlo.

—No será para tanto —rió el joven.

—Sí que es para tanto —le aseguró Charles—. Me costó más de tres días conseguir que me contestara sin enrojecer y ponerse a tartamudear. Lo pasa fatal cuando alguien le presta atención, así que...

—¿En serio? —le interrumpió David, con una carcajada, y señaló a la joven que había entrado al recinto junto a Adela y otra pareja. Llevaba un peinado de lo más estafalario acompañado de un vestido sin marca reconocible que resultaba bastante original—. Pues cualquiera lo diría, vistas las pintas que lleva. ¿O estamos hablando de otra persona?

Por supuesto, la falta de discreción de David al hablar de ella no pudo sino ser percibida por Clara, que de pronto se sintió el centro de todas las miradas.

—Adela, creo que lo mejor es que me vaya. Voy fatal —susurró, sonrojada. Había tenido que cambiarse el arrugado vestido, lo que había ayudado a mejorar su aspecto. Además, su amiga había hecho un apaño en su peinado justo a tiempo para salir, recoger a Jazz y Marcella, que habían decidido alojarse en un hotel para tener intimidad, y llegar sin retraso a la reunión. Sin embargo, el resultado seguía estando terriblemente alejado de la imagen discreta y sencilla que había pretendido dar. Tampoco ayudaba que, durante el trayecto, sus nervios hubieran hecho que se llevara la mano al pelo en más de una ocasión y, sin darse cuenta, retorciera algunos mechones, con lo que volvió a estropearse parte del peinado.

—Tonterías. He visto a mi madre vistiendo cosas mucho más particulares en nombre de la moda. Y tienes que reconocer que te sienta bien —respondió ella con tranquilidad.

—Ya lo creo que te sienta bien. Me alegro que te hayas olvidado de ese empeño por ponerte prendas feas e insulsas y te hayas atrevido a ponerte algo que pega con tu verdadera personalidad—añadió Jazz.

—Mi aspecto no es intencionado. —Clara le fulminó con la mirada—. Yo pretendía camuflarme un poco, pero los nervios se cargaron mi peinado y arrugaron tanto mi vestido que no podía salir a la calle sin sentir vergüenza ajena.

—Eso es que tu subconsciente te estaba mandando un mensaje muy claro: ¡deja salir a tu verdadera yo! —exclamó Jazz. El joven siempre llevaba un vestuario bastante estrafalario, consistente, en su mayor parte, en trajes que imitaban a los que usaban los músicos de jazz de los años veinte, y siempre se peleaba con sus amigas por la ropa aburrida que vestían—. Además, apuesto a que tu vestido desechado no era ni la mitad de la mitad de interesante que este.

—Es que esto no es ni siquiera un vestido. Es un proyecto de *cosplay* que salió mal —suspiró Clara.

—Pues es espectacular —intervino Marcella.

—Por eso la he obligado a ponérselo —afirmó Adela—. Nunca me había dado por mirar lo que había dentro de su armario, pero tiene un montón de ropa preciosa que se hace por diversión para llevarla en las convenciones de cómics y luego, en un rincón, una docena de prendas feas que le hacen pasar desapercibida y que, lamentablemente, son lo único que se pone para el día a día. Es una pena que no haya habido tiempo de mirar más a fondo...

—Nota mental: no dejar que Adela se acerque a mi armario —gruñó la aludida.

—Nota mental —dio su contrarréplica Jazz—: tomar la casa de Clara por asalto y revisar su armario de arriba a abajo.

Tanto su pareja como la futura novia asintieron con una sonrisa, pero no hubo tiempo para que Clara se pusiera firme en su negativa, porque Charles y David se les estaban acercando para saludar. En cuanto comenzaron las presentaciones, la rojez de la informática se intensificó y, como de costumbre, se bloqueó. Apenas pudo articular un tartamudeante «hola» cuando el padrino le dio dos besos aunque, por suerte, su grupo estaba acostumbrado a este comportamiento por su parte e hicieron lo posible para que pasara el trago y se relajara un poco.

David, sin embargo, no podía estar más desconcertado: no acababa de comprender a esa mujer. A pesar de lo que había dicho Charles, su forma de vestir indicaba que era muy lanzada y abierta, cosa que parecía confirmarse con los gestos que le había visto hacer en el breve espacio de tiempo en que habló con sus amigos, antes de que se acercaran.

Sin embargo, la aparente seguridad de la madrina se evaporó en cuanto les tuvo delante y de pronto se había convertido en una criatura balbuceante. Lo seguro era que no estaba actuando: parecía a punto de sufrir un ataque de histeria y, desde luego, nadie podía ponerse rojo, tartamudear y sufrir un tembleque semejante de mentira.

Semejante dualidad despertó la curiosidad de David, que decidió poner a prueba a la joven de la mejor forma que se le ocurría: chinchándola. Por lo tanto, ignoró las miradas de advertencia de Charles y Leo, que llegó poco después junto a Ana, y se centró en la joven para aprovechar la más mínima oportunidad de asediarla con preguntas y comentarios sarcásticos, sin conseguir más respuesta que vagos movimientos de cabeza y monosílabos, además de varios estremecimientos cuando, curiosamente, la llamaba por su nombre.

El resto del grupo se cerró en banda en torno a Clara, como para protegerla de sus comentarios, y David no pudo sino percibir la hostilidad creciente hacia él. Así pues, renunció y se giró hacia Ana, que se había puesto a su lado y le había dado un golpecito de advertencia en el hombro.

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño? —le espetó ella, con un susurro.

David se encogió de hombros con una sonrisa, pero la novia de su amigo no iba a dejarlo pasar. Incluso parecía dispuesta a llevárselo de allí a rastras, lo cual le resultaba de lo más divertido. No obstante, por el rabillo del ojo, pudo apreciar cómo la tímida madrina suspiraba y sonreía agradecida a Ana por la intervención.

«Vale, definitivamente, tengo que cambiar de táctica», pensó.

Clara, por su parte, se sintió de lo más aliviada cuando Ana le echó un cable monopolizando la atención de David. Estaba segura de que, si existía un infierno, sin duda tendría que ser parecido a esa reunión. Nunca había considerado a David un mal tipo. No le conocía en persona, a pesar de lo cual había averiguado muchas cosas sobre él a través de internet cuando investigó el entorno de Charles (solo brevemente, y a

petición de su amiga, para ver dónde se metía cuando todavía desconfiaba de las intenciones de su actual prometido). Incluso había fantaseado con él más de una vez, porque había en sus fotos un cierto magnetismo irresistible. Sin embargo, ahora solo podía estar convencida de que era tan capullo como su imagen pública daba a entender.

«O no. En realidad, lo es mucho más; en los comentarios que leí nunca se mencionaba lo mucho que se ceba con la persona que ha elegido como víctima. Y, además, cambiarle el nombre a la gente indica que es de lo más maleducado», pensó la programadora, a la que había llamado Sara, en vez de Clara, en más de una ocasión. Había tenido mil réplicas en la punta de la lengua para todos y cada uno de sus comentarios, todos perfectamente corteses pero con un tono mordaz que no daba lugar a equívoco. No obstante, su timidez impedía que de su boca salieran más que monosílabos agónicos y frases tartamudeantes. «Espero que no vuelva a dirigirme la palabra».

Por desgracia, la tregua que le había dado Ana con David dio paso a algo peor: los padres de Adela y de Charles, que habían estado aparte un buen rato, se unieron al grupo y, en cuanto acabaron de interrogar a Jazz y a Marcella, decidieron que era buen momento para dirigir sus atenciones a la madrina. Para su calvario, eran gente de la vieja escuela y no tenían ningún interés en la informática, más allá del hecho de que le permitía ganarse bien la vida. Así pues, tuvo que sacar fuerzas de quién sabía dónde para responder con tacto y sin ser maleducada a la infinidad de preguntas con las que la asediaron, la mayoría de las cuales eran demasiado personales, aunque sin ninguna maldad y fruto de una genuina curiosidad.

Cuando los futuros consuegros maniobraron para que David interviniera en la conversación, Clara no tardó en sentirse realmente mal y se disculpó en cuanto encontró ocasión, antes de que empezara la cena. Cuando se estaba alejando, escuchó a David, que no quería que se le escapara la madrina, sugerir a los anfitriones que les sentaran juntos, lo que acabó de desatar sus nervios.

Nada más entrar en el aseo, donde ya no estaba delante de todo el mundo y podía desahogarse, dio varios puñetazos al aire de pura rabia por no ser capaz de superar las barreras de su timidez. Luego, intentó llevar a cabo sus ejercicios de respiración pero, apenas unos segundos después de adoptar la pose para empezar, la puerta se abrió y apareció Jazz.

—¿Pero qué diablos haces? —le preguntó. Los baños estaban perfectamente diferenciados, así que estaba claro que había entrado a ese para pillarla a solas, pero lo que le faltaba era que los anfitriones se dieran cuenta y pensarán cosas extrañas.

—Ejercer de Pepito Grillo maligno —respondió Jazz, sin remilgos—. Me estás poniendo de los malditos nervios. Haz el favor de no comportarte como si estuvieras en un juicio en el que te juegas la vida. Por favor, ¡si hasta has dejado que te cambie el nombre!

—¿Es que crees que no lo intento? —gimió Clara.

—Pues no lo parece —se mantuvo firme su amigo—. Y no me vengas con que eres tímida, eso no cuela. Solo te pones así cuando te da la gana. Te he acompañado a las expos del cómic, ¡si hasta te subes al escenario! Y allí hay mucha más gente que aquí.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no es, ni de lejos, lo mismo? —respondió la joven, exasperada—. Son situaciones extraordinarias. Allí soy anónima, y además voy disfrazada.

—Pues mejor me lo pones. ¿Qué situación es más extraordinaria que una boda? Además, aunque aquí no seas del todo anónima da lo mismo, porque no vas a volver a ver a esta gente después de la ceremonia. —De pronto, a Jazz pareció iluminársele la bombilla—. Según tú, ese vestido era un cosplay que desechaste, así que técnicamente estás disfrazada...

—No es lo mismo —le cortó Clara.

—¡Claro que sí! Cuando diseñaste el vestido no estabas pensando en un personaje que se quedaba callado cuando le dirigen comentarios sarcásticos, ¿verdad? ¡Pues métete en el papel y enfréntate a ese imbécil! Seguro que tienes pensadas mil frases que le darían justo donde más le duele y no te has atrevido a decirle ninguna —se entusiasmó el joven—. Y no te muestres tan dócil con los padres de Adela. ¿O es que no la escuchabas cuando dijo que se te suben a la chepa en cuanto tienen oportunidad?

—No creo que pueda.

—Muy bien. Tú lo has querido. —La cara de Jazz no auguraba nada bueno y Clara contuvo un estremecimiento—. Como no salgas ahí y le hagas a ese ricachón pedante de David un desaire que le deje sin palabras, no te ayudaré con tus funciones de representante de la novia y te dejaré sola para que lidies con esa pandilla de buitres.

—¡No puedes hacerme eso! —protestó Clara. Hacía un rato, en el coche, Jazz había prometido ser su apoyo a pesar de la distancia para descargarla, en la medida de lo posible, de las funciones que sin duda intentarían asignarle.

—Ya lo creo que sí —se empeñó Jazz. No le gustaba incumplir sus promesas, y menos cuando acababa de hacerlas pero, si conseguía que su amiga reaccionara con esa amenaza, que así fuera—. No pienso estar viniendo desde Italia cada dos por tres para verte agachar la cabeza sin defenderte todo el rato, así que elige: te vengas o te abandono.

—Maldito seas. —Clara apretó mucho los dientes, se apoyó en la pared un rato con los ojos cerrados y, tras un rato de desesperación, tomó una decisión.

Fuera, los comensales ya se habían dirigido a la mesa, donde David, que había triunfado en sus maniobras para sentarse al lado de Clara, se enfrentaba a las muecas de enfado de sus amigos y a las miradas virulentas de Adela y una de sus acompañantes, Marcella. Del otro tipo estafalario, Jazz, no había ni rastro, al igual que de Clara, cuyo sitio, a su lado, estaba vacío.

Sintió un escalofrío. ¿Y si la había hecho llorar? Nada más lejos de su intención, nunca había soportado el llanto de una mujer. Además, sus pullas no habían sido, ni de lejos, motivo suficiente para provocar una reacción tan excesiva: no había sido ofensivo y, aunque sus comentarios eran sarcásticos, tampoco había cruzado ninguna línea. Aunque, si la chica realmente lo pasaba tan mal cuando estaba con desconocidos, quizás sus comentarios habían sido suficientes para desencadenar sus lágrimas.

Completamente decidido a disculparse, estaba haciendo amago de levantarse para ir en su busca cuando ella apareció por fin, seguida de su amigo. Estaba rígida como una estatua y se movía con paso marcial, esbozando una mueca de decisión en el rostro. Se acercó a su sitio y se quedó plantada frente a él, abriendo y cerrando la boca pero, al parecer, incapaz de decir palabra. David, caballeroso, se levantó para ayudarla a sentarse y aprovechó para comenzar con su disculpa:

—Oye, precisamente iba a...

No pudo acabar la frase: con un movimiento repentino y brusco, la madrina agarró la copa de agua que tenía más cerca y se la lanzó a la cara.

—Im... Im... ¡Imbécil! —dijo a trompicones, tras lo cual salió disparada hacia la puerta. Más desconcertado que humillado, echó un vistazo a la sala. Los Castelli y los Bianchi estaban en estado de shock, pero el resto del

grupo había estallado en carcajadas, e incluso aplaudían. Lo peor era que incluso Leo y Charles asentían con aprobación.

«Demonios, ¿realmente soy tan capullo?», se preguntó internamente, algo preocupado. Volvió a repasar todo lo ocurrido durante la velada sin acabar de comprender cuándo había cruzado el límite pero, vista la actitud de los presentes, tuvo que responderse a sí mismo que sí. Y lo peor era que no podía echarle la culpa al alcohol, porque hacía apenas unos meses había prometido a Charles dejar de fingir que bebía y se emborrachaba en su presencia.

Pasado el caos inicial, Adela intercambió un par de comentarios con Charles para que se encargara de tranquilizar a los futuros consuegros y poner un poco de orden, tras lo cual fue en busca de Clara al aparcamiento. Con ella estaban ya Jazz y Marcella.

—Qué vergüenza, por Cthulhu, me voy a morir de la vergüenza —repetía la joven como un mantra. De pronto, se giró hacia Jazz—. ¡Y todo por culpa tuya!

—¡Pero si lo has hecho genial! —respondió él, orgulloso—. Lo de tirarle el agua fue un poco melodramático, vale, la idea era que le soltaras alguna de tus frases lapidarias o algo...

—¡Las palabras se atascaban en mi boca y no se me ocurrió otra cosa que no implicara agredirle! —Justo en ese momento, se dio cuenta de que Adela estaba presente—. Lo siento mucho, Adela, de verdad, qué vergüenza...

—Yo también creo que lo has hecho genial, el momento no ha sido del todo conveniente, pero el que hayas sido capaz de hacerlo lo compensa por completo —la interrumpió su amiga. A sabiendas de que, a pesar de ello, Clara estaba al borde de sufrir un ataque de nervios, añadió—: Creo que mejor será, eso sí, que lo dejemos por esta noche. No te preocupes por mis padres, me disculparé en tu nombre con ellos. —Dicho esto, a sabiendas de que Clara lo último que necesitaba en esos momentos era a su amigo artista metiendo cizaña, se giró hacia Jazz y Marcella para evitar que acompañaran a su amiga—: Diría que lo mejor es que os quedéis y me ayudéis a salvar la noche, ¿te importa irte sola en un taxi, Clara?

La joven, que ya había pedido uno a través de una app, se sintió tan aliviada que solo contestó con un asentimiento. El taxi no tardó en aparecer y Adela, tras un «Hablaemos mañana» a su amiga, condujo a

Jazz y Marcella de vuelta a la cena, donde sus padres y los Castelli estaban ya algo más calmados. David había asumido con elegancia, pero sin dar detalles, toda la culpa por el comportamiento de Clara, y se mostraba de lo más zalamero con los futuros consuegros. Estos, pronto fingieron olvidarse del incidente y desarrollaron el resto de la velada como los perfectos anfitriones que eran.

Por suerte, decidieron finalizar la cena lo más pronto posible, dentro de los límites de la cortesía, con la excusa de que de todas formas faltaba uno de los miembros fundamentales de la ceremonia y que por tanto no se podía avanzar mucho. Así pues, el grupo se dispersó pronto y David aprovechó la oportunidad para hacer un aparte con Charles y Adela, que estaban de lo más molestos con él y no parecían tener muchas ganas de hablarle.

—Estáis cabreados, lo sé —se anticipó el joven

—¿Y acaso no sabes por qué? —le interrumpió Adela.

—Pues claro que sí, quiero disculparme y...

—No es con nosotros con quienes te tienes que disculpar —volvió a cortarle la futura novia, combativa.

—Ya. Pero lamentablemente no tengo ningún otro medio de contactar con Sara...

—Querrás decir con Clara —siseó Adela, furiosa. Le había cambiado el nombre a su amiga varias veces durante la velada y no había tenido oportunidad de corregirle sin ser maleducada ni hacer que Clara se sintiera aún más avergonzada, pero ahora que no estaba presente no iba a cortarse un pelo.

—¿Clara? —repitió David, desconcertado. Ahora entendía los estremecimientos de la joven cada vez que la llamaba por su nombre. Rojo como la grana, exclamó—: ¡Pero si la he estado llamando Sara toda velada! ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

—A lo mejor porque estábamos demasiado ocupados intentando que dejaras de decir otras cosas mucho peores —replicó Adela, a la que el evidente azoramiento de David, que indicaba a las claras que al menos eso no lo había hecho adrede, no conmovió en absoluto.

—Mierda —suspiró David.

—Eso digo yo. Mierda —repitió Adela con un tono bastante extraño.

—Razón de más para que lo enmiende cuanto antes —dijo el joven, decidido—. Dame su teléfono y la llamaré de inmediato para disculparme.

—No cuentes con ello —se negó la futura novia—. ¿Cómo sé que

durante tu llamada no vas a seguir chinchándola?—David abrió la boca, sorprendido por ser considerado capaz de hacer semejante cosa, y miró a Charles en busca de apoyo

—Te advertí de que no fueras un capullo —se encogió de hombros su amigo.

—Venga ya. A veces soy un tanto molesto, pero desde luego no tanto como para que nadie me considere dispuesto a acosar por teléfono a esa chica después de haber cometido un error tan garrafal con ella. — Sus interlocutores alzaron la ceja al unísono—. ¡No será en serio! Solo quería ver si era capaz de cabrearla un poco, para ver si así reaccionaba. ¡Se la veía tan segura antes de que nos acercáramos a saludar!

—A ver, recapitulemos. A pesar de los codazos, los intentos por llamar tu atención y las miradas de advertencia, te has pasado toda la conversación lanzando indirectas sobre cada detalle de su aspecto, haciéndole preguntas que tuviera que responder con frases largas a pesar de su tartamudez y aprovechando cualquier comentario que consiguiera articular para seguir comportándote sin el más mínimo resquicio de empatía —resumió Charles—. Me atrevería a decir que, si cualquiera no ha reaccionado a los cinco minutos de aguantarte, es que ya no lo hará.

—Bueno, al final acabó tirándome la copa y llamándome imbécil. Y con razón —respondió débilmente David.

—Solo porque Jazz la obligó. —El cabreo de Adela, lejos de disminuir, parecía crecer—. Y créeme si te digo que nos hubiera gustado que su reacción fuera mucho más destructiva.

—¿Que la obligasteis? —preguntó desconcertado David.

—Sí. ¿Tienes algún problema con eso? —replicó la joven, con los brazos en jarras.

—Esto... No. —Alzó las manos, en un claro gesto de rendición—. Entonces, ¿me das su teléfono para que me disculpe?

Adela le miró fijamente durante lo que pareció una eternidad y luego hizo lo que parecía un asentimiento de satisfacción.

—Te daré su email. —La joven sacó una minilibreta de su bolso, arrancó una página donde apuntó su correo electrónico y se la tendió—. Y ahora nos vamos.

—Muchas gracias, Adela, Charles, os juro que la compensaré por lo

de esta noche —les dijo, antes de despedirse y salir corriendo para coger su coche, ir a su casa y escribirle el mejor email de disculpas que pudiera esbozar.

En cuanto se quedaron solos, el futuro novio miró a su amada con una ceja arqueada.

—Te das cuenta de que ahora no podemos contenerlo si le da por ponerse tonto, ¿verdad?

—¿Estás de broma? —contestó ella con una sonrisa pícar—. Internet es el territorio de Clara. Se lo va a comer vivo.

Capítulo 2

La horma de su zapato

La furia impedía dormir a Clara cada vez que pensaba en el ridículo tan espantoso que había hecho al lanzarle la copa a David y en lo vergonzoso que sería reencontrarse con los padres de Adela, y el resto de invitados, la siguiente ocasión que tuviera que asistir a un acto relacionado con la boda.

Hacía un rato se había desahogado bastante imprimiendo una foto de David y disparándole flechas desde la otra punta de la casa. Desde luego, comprarse un apartamento tan alargado era sin duda la mejor idea que había tenido nunca. Si hubiera colocado la foto en una de las dianas del polideportivo donde practicaba tiro con arco, la habrían tomado por una psicópata.

Luego había intentado dormir un poco, pero la frustración y la impotencia continuaban ahí. Se odiaba a sí misma por ser incapaz de comportarse con cierta normalidad cuando estaba frente a extraños pero, por más que se esforzaba, era incapaz de mejorar en ese aspecto. Era ponerse frente a frente con un desconocido y quedar su verdadera personalidad enterrada bajo un muro de timidez que le impedía hasta articular palabra. Lo pasaba fatal cuanto estaba frente a alguien que no fuera Jazz, al que conocía desde que tenía uso de razón; Marcella, a quien había tardado en hablar con normalidad casi un año; o Adela, cuya amistad había crecido a raíz de las numerosas veces que la joven empresaria había contactado con ella para contratarla en algún proyecto.

Con un suspiro de frustración se rindió a la evidencia: si se quedaba en la cama solo conseguiría dar vueltas a lo mismo. Así pues, apartó las sábanas con furia, como si tuvieran la culpa de sus problemas, se levantó y encendió su ordenador, para ver si hacía algo productivo. Pero ni siquiera estaba de humor para eso, así que se puso a hacer el tonto. Estaba jugando a mezclar la cara de David con la de un orco cuando recibió el mensaje.

«No tengo perdón.

Estimada, Clara. Soy David. Solo quería disculparme por mi lamentable comportamiento de esta noche. No tengo excusa. Un saludo».

«Re: No tengo perdón.

Te habrás herniado», escribió rápidamente en la casilla de respuesta rápida.

«¿Perdón?», le llegó la respuesta casi inmediatamente, esta vez a través de la aplicación de chat.

«¿Cómo que perdón?». Clara le dio a enter y siguió escribiendo: «¿De veras esperas que acepte una disculpa tan cutre?», le dio a enviar de nuevo y continuó con una retahíla de insultos. No obstante, el efecto quedó amortiguado cuando el servidor censuró todas las palabras con símbolos ridículos. «¿Cómo has conseguido mi correo, \$%&\$%&\$%&?». Aunque estaba sola, Clara soltó una maldición en voz alta al leer esa nueva censura.

«Adela me lo proporcionó para que me disculpara».

«Farsante», escribió, y se alegró de que al menos esa palabra no fuera censurada. «Ella nunca obligaría a nadie a hacer algo así».

«Yo soy quien quiso disculparse, no me obligó».

«Seguro».

«Escucha...»

«No puedo escucharte, \$%&\$%&\$, estamos conversando por chat», volvió a insultarle Clara. A pesar de la censura, se quedó satisfecha.

«Vaya, la gatita tiene sus uñas O_O», fue la insatisfactoria respuesta de David, que renovó todo su cabreo.

«Suelta otra impertinencia y te meto un virus en el ordenador, pedazo de \$%&\$%&\$%&\$», le amenazó esta vez. Nunca haría tal cosa, lo cual no quería decir que no fuera capaz.

«Lo siento», respondió él rápidamente.

«Eso ya lo has escrito. Tendrás que hacerlo mejor».

«No sé qué más puedo decir».

Escribir», se autocorrigió David. No estaba acostumbrado a que le dieran tanta caña.

«¿Ah no?», respondió Clara, sin piedad. «Pues tenía entendido que eras famoso precisamente por tener mucha labia».

«De acuerdo. ¿Qué te parece si te compenso por cada vez que te he chinchado?», propuso David. «Empezando por lo de cambiarte el nombre. De veras pensaba que te llamabas Sara». David observó impaciente, a la espera de que la joven decidiera aceptar su propuesta. Aunque no hubiera aceptado sus disculpas, sin duda no le exigiría nada especialmente

desagradable. Quizás que la invitara a comer, que le comprara algún detallito o que pidiera perdón delante de todos. Pero ella no respondió de inmediato y refrescó la pantalla varias veces, por si había algún problema de conexión. «Lo que tú quieras», insistió.

Al otro lado de la pantalla, Clara se quedó mirando el último mensaje, incrédula. Pero pronto se sobrepuso y su mente comenzó a trabajar a toda velocidad, ideando todo tipo de maldades por las que hacerle pasar. Finalmente, fijó la vista en las aplicaciones que había minimizadas en su escritorio y sonrió.

«Ok», respondió finalmente.

«Genial, piensa en algo?», David sonrió al leerlo. Nunca fallaba.

«Esta va por todas las veces que lanzaste una indirecta sobre mi estilista y mi peinado»

—Ya está —dijo David para sí—. Querrá un día de lujo en un spa, un día de compras o una sesión con un estilista profesional.

«Conté veintidós insinuaciones de ese tipo, así que durará veintidós días».

«No tengo demasiado tiempo libre», se apresuró a contestar David. No le gustaba demasiado cómo había sonado eso.

«No te preocupes por el tiempo. Solo te llevará cinco minutos ahora y otros cinco al finalizar el día veintidós».

«Entonces de acuerdo», aceptó David, entre aliviado y desconcertado. Su sonrisa y su alivio duraron poco, porque el siguiente mensaje llegó con un archivo de imagen. Más concretamente, con una foto de un monstruo que claramente estaba basado en su cara con un bocadillo de texto brillante que decía «En el fondo yo soy así». El mensaje que seguía le dejó en estado de shock:

«Pon esta bonita foto tuya en todos tus perfiles sociales. Solo te perdono las redes sociales de empleo y profesionales Y no se te ocurra poner dichos perfiles privados. Si no lo haces, olvídate de mandarme más mensajitos de disculpa».

«Es coña, ¿verdad?», escribió David, desconcertado.

«El tiempo empezará a contar desde que actualices la foto en tus perfiles principales. No se te ocurra inventarte excusas falsas para explicarlo. Si intentas engañarme, lo sabré», fue lo último que ella escribió. De inmediato, el usuario de Clara pasó de «Conectado» a «Desconectado», lo que indicó a David que no daba lugar a discusión.

Ni siquiera se molestó en intentar engatusarla con un correo. Había dicho que estaba de acuerdo antes de saber de qué se trataba y ahora tenía que hacer frente a las consecuencias.

Lo más preocupante no era eso, sino que había chinchado a Clara de muchas maneras, y no solo porque su aspecto era bastante estrafalario. Casi le daba miedo pensar en lo que exigiría como compensación por todo lo demás.

Al día siguiente, Clara despertó con una sonrisa radiante, más tarde de lo habitual, y comenzó a sacar dulces para prepararse un banquete como desayuno, postergando en lo posible encender el ordenador para ver si él había cedido a sus exigencias. Su teléfono la sacó de sus ensoñaciones.

—Dime, ¿has puesto tú esa horrible foto en los perfiles de David? —preguntó Adela, nada más saludarla y preguntarle qué tal se encontraba después de lo de la noche anterior.

—¿Yo? —La sonrisa de la informática se ensanchó—. Sabes que nunca hago esa clase de cosas, aunque pueda. Él se ofreció a compensarme. Yo me limité a sugerirle la manera. Veintidós días. Uno por cada indirecta que lanzó sobre mi aspecto.

Adela se echó a reír a carcajadas:

—Me encanta. ¿Y el resto de las veces que se metió contigo?

—Aún no lo he decidido —reconoció Clara, de lo más satisfecha consigo misma—. Pero serán justas y en proporción a la falta de empatía que mostró.

—De acuerdo... si tú lo dices... —dijo Adela, entre risas—. No es que no se lo merezca, aunque reconozco que me da un poco de pena.

—Pues que no te la dé. Puede que sea incapaz de contestar en el momento pero, si alguien me hace algo, te aseguro que se lo acabo devolviendo. Así aprenderá a no pasarse tanto con la gente indefensa. Además... —en ese momento, Clara escuchó el sonido de la puerta de su apartamento al abrirse.

—¡Olé, olé y olé! —Jazz, que tenía las llaves desde hacía años y las usaba sin remilgos aun cuando no se alojaba temporalmente en su casa, irrumpió en el salón con una sonriente Marcella, cargada de bollos, tras él—. No sé cómo lo has hecho, pero esa foto es un millón de veces mejor que echarle la copa en la cabeza.

—¿Significa eso que no me vas a abandonar? —preguntó Clara, que

puso el manos libres para que lo escuchara Adela y despejó la mesa del desayuno. Por suerte, todavía no había comenzado el atracón, porque los bollos de Marcella siempre eran mucho más ricos que los que tomaba de forma habitual.

—Solo si me cuentas cómo lo has hecho.

Mientras desayunaban, Clara explicó a sus amigos cómo David se había puesto en contacto con ella y la conversación que habían tenido.

—O sea, que la última vez que te conectaste aún no había hecho el cambio y te has enterado por Adela —dijo Jazz, impaciente con saber cómo continuaría todo—. ¿A qué esperas para encender el ordenador? ¡A lo mejor te ha estado suplicando toda la noche!

Ella cruzó una mirada con Marcella, que se encogió de hombros y le hizo un gesto para que lo hiciera mientras ella recogía un poco los restos del banquete. Ambas sabían que no pararía hasta que no se enterara de todas las posibles novedades y se hubiera leído la conversación completa dos o tres veces, así que Clara fue a su habitación a por el ordenador. Mientras el portátil de la joven se encendía, Jazz casi daba saltos por la impaciencia. Cuando por fin abrió el servidor de correo, había un mensaje de David en la ventana del chat.

«¿Contenta?»

Clara sonrió y tecleó rápidamente:

«Por el momento». Aprovechó para adjuntar un archivo de audio con la risa siniestra de un villano de película antigua. Así, la espera hasta que se le ocurriera una nueva petición se le haría más angustiada.

—Clarita, realmente tenemos que encontrar una forma de sacar a la superficie más a menudo esta faceta tuya tan genial —dijo con admiración Jazz.

—Amén —estuvo de acuerdo Marcella, que ya había acabado de despejar la cocina.

—Cualquiera diría que ya te habías rendido. Llevamos intentándolo desde los seis años, pero ya sabes que es como si, cuando hay gente a mi alrededor, mi mala leche no tuviera forma de salir —dijo Clara, deprimida. Ella y Jazz habían probado todo tipo de soluciones, incluso ir a clases de teatro, para vencer su mal llamada timidez, que, sospechaba Jazz, escondía algo más grave: la fobia social. No obstante, Clara se había resignado demasiado pronto a su situación y se

había negado a buscar ayuda profesional, con la excusa de que, por su trabajo, tampoco era imprescindible el contacto cara a cara.

—Bueno, pero ahora he decidido que nos vamos a poner en serio con tu problema y me ronda una idea en la cabeza... —respondió Jazz—. Verás, sé un poco de psicología.

—¿Tú? ¿Desde cuándo? ¡Si estudiaste historia del arte! —rió Clara.

—Se ha apuntado a un cursillo on-line —explicó Marcella—. No pierde oportunidad de mencionárselo a todo el mundo, aunque ni siquiera han llegado a la mitad del temario.

—¿Y qué importa eso? La cuestión es que estoy aprendiendo cosas —fulminó con la mirada a su mujer y, tras darle la espalda con un gesto airado, se dirigió a Clara—. Tenemos que empezar por tu armario.

—¿Qué tendrá que ver mi armario?

—Necesitas ropa que te dé seguridad, no esas horrendas prendas que llevas siempre. Así que vamos a ver esos *cosplays* que mencionó ayer Adela y, si no te vale nada, iremos de compras —afirmó Jazz, que veía una llama de esperanza en esa vía.

—Ayer llevaba ropa ostentosa y no se produjo el milagro —objetó Clara.

—Ayer le tiraste la copa encima a ese payaso. Y no llevabas ni complementos. Yo diría que es un gran primer paso —replicó Jazz. Aunque pareciera poca cosa, era el mayor avance que había hecho su amiga en años y solo había una diferencia con respecto al resto de situaciones sociales a las que se había enfrentado: el *cosplay*.

—Así que pretendes que vaya disfrazada a todas partes —dijo Clara, con total sarcasmo—. Lo mejor para superar la timidez, sí señor, convertirme en el centro de atención.

—No a todas partes. Con que practiquemos con esta boda será suficiente para empezar a soltarte —insistió Jazz, e intentó buscar argumentos con los que tentarla para que probara su propuesta—. Piensa en todos esos actos sociales como un juego de rol en vivo. Puedes crearte un personaje, digamos Clara 3.0, y actuar conforme a ese personaje. Después de todo, una vez que pase la ceremonia, no volverás a ver a esa gente.

—No me convence —se empeñó Clara.

—Pues a mí sí. Es una idea estupenda —la contradujo Marcella que, por otro lado, también sentía curiosidad por lo que había en el armario

de su amiga y en lo que este podía hacer para ayudarla a vencer su miedo a la gente.

—¿Ves, ignorante? Pues todo eso se me ha ocurrido gracias a una teoría psicológica que sugiere que la vida es un teatro y que cada cual cambia sus roles según el contexto —dijo Jazz, muy pagado de sí mismo—. Adela, ¿cuánto tardas en plantarte aquí para empezar con la operación «Clara 3.0»?

—Ya estoy de camino al garaje, dame un cuarto de hora —respondió ella.

—Nosotros vamos empezando, de todas formas —dijo Jazz, impaciente. Iba a agarrar a Clara para llevarla al cuarto cuando esta pegó un bote y exclamó:

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué tienes? —preguntaron los tres amigos al unísono.

—El resto de cosas que hará David para compensarme —respondió y, agarrando su ordenador, se puso a teclear el mensaje. Jazz, que por supuesto miró por encima de su hombro para ver qué escribía, soltó una carcajada e hizo alguna sugerencia. Antes de enviarlo, sin embargo, decidieron esperar a que llegara Adela, por si tenía algo que añadir.

A varias manzanas de allí, en casa de Leo, David había encendido su portátil y reproducía una y otra vez la risa siniestra que acompañaba al último mensaje de Clara.

—¿En qué momento se me ocurrió ofender a ese demonio? —preguntó a su amigo.

—Está en tu naturaleza. —David volvió a poner en pantalla la foto de su álgter ego monstruoso y Leo no pudo evitar sonreír al mirarla. Giró la cabeza para que su amigo no le viera. Sin éxito.

—Ríete, sí. Muy divertido —bufó el joven—. Tanto que más de la mitad de mis contactos y de mis seguidores me han preguntado que a qué viene, y yo no puedo responderles porque esa chalada dejó muy claro que no podía hacer tal cosa. Tengo una reputación y se está yendo al traste.

—Lo que no entiendo es por qué has aceptado compensarla de esa forma —quiso saber Leo, extrañado—. O cómo es que no intentaste negociar.

—Porque, tonto de mí, acepté antes de saber de qué se trataba —le explicó su amigo. No paraba de preguntarse por qué había sido tan tonto y confiado; la había subestimado tanto que, en el fondo, se lo merecía por bajar la guardia—. Pensé que querría que le comprara algo bonito, o una

cita, o alguna tontería similar, como suelen hacer las pánfilas a las que he ofendido pero cuyos favores me interesan.

—¿Te das cuenta de lo machista que ha sonado eso? Tienes suerte de que Ana se haya ido a trabajar y no te haya oído.

—Qué tontería —replicó David—. Sería machista si solo esperara ese comportamiento de las mujeres. Con los idiotas a los que ofendo pasa igual: les compras un reloj, o les invitas a jugar al golf, y les tienes comiendo de la palma de tu mano, con la ofensa totalmente olvidada. Un par de zalamerías y punto, acaban pensando que ha sido un malentendido y que el alcohol hablaba por mí.

—Tú no te emborrachas —apuntó Leo.

—Ya imaginaba que Charles te había puesto al corriente de las observaciones de Adela —dijo el joven, con una media sonrisa.

—Adela hizo su observación delante de todos, no hacía falta que Charles me pusiera al corriente. Aunque, tras un primer momento de desconcierto, me di cuenta de que era una buena forma de pillar a la gente desprevenida y de que pudieras hacer tus comentarios sin que nadie te lo tuviera demasiado en cuenta, así que no me extrañó nada. —Leo sonrió—. A Charles sí que le afectó un poco más. Imagino que fue un golpe que se diera cuenta alguien que se pasaba las fiestas evitándole y, por extensión, a nosotros, antes que él mismo.

—¡Y pensar que ahora van a casarse! —David soltó una carcajada, aunque en sus siguientes palabras se intuía un tono melancólico que no pudo esconder del todo—. Con lo bien que se está soltero y a los dos os han pescado. A ver ahora dónde encuentro yo otro compinche a estas alturas. He cabreado o levantado el ligue a todos los posibles candidatos. Por no hablar de que me caen fatal.

—Ya te llegará el turno, ya —dijo Leo con expresión ensimismada.

—Lagarto, lagarto. —El signo supersticioso y la cara de pánico del joven hicieron reír a su amigo—. Prefiero la libertad. Además, no hay mujer capaz de lidiar conmigo mucho tiempo sin acabar desquiciada o revelar una faceta psicópata que me haga poner pies en polvorosa.

Antes de que Leo pudiera contestar, la bandeja de correo de David sonó y se apresuró a mirarlo.

—¿No te estás obsesionando un poco?

—¿Obsesionando? —repitió el joven, sin prestar mucha atención porque estaba centrado en la lectura del siguiente mensaje de Clara—. ¡La

madre que la parió! —exclamó cuando finalizó, tras lo cual le tendió el portátil a su amigo para que lo leyera.

«Ocho veces hiciste insinuaciones respecto a mi timidez y a mi tartamudez. Me gustaría que supieras lo que se siente cuando no puedes decir lo que te gustaría ni responder a las provocaciones. Estas son las reglas:

1. Ocho pullas, ocho acontecimientos, empezando por la fiesta de compromiso.

2. Solo hablarás para saludar. Dichos saludos se limitarán a los típicos “Hola, encantado” y todas las modalidades que usáis los pijos, sin comentarios adicionales.

3. El resto de la velada, solo hablarás si alguien te pregunta, con respuestas lo más cortas posible. Preferiblemente monosílabos.

4. Si la conversación impidiera las respuestas cortas, te ceñirás al tema. Prohibidos los desvíos.

5. Si las personas con las que hablas se ponen a criticar a alguien, o defiendes a esa persona o te alejas del grupo. Excepción: si alguien habla mal de Cristina de la Fuente.

6. Prohibido explicar tu cambio de actitud. Nada de carraspeos, llevarse las manos a la garganta o cualquier cosa que lleve al resto a pensar que es todo por un dolor de garganta o algo similar.

7. Cada infracción significa que tendrás que seguir estas normas otro día más. Ten la certeza de que me enteraré si no acatas estas normas».

«PD: Soy benevolente, así que, si llevas zapatillas de deporte blancas durante dichos acontecimientos, te perdono el resto de ofensas».

—¿Qué? ¿Qué te parece? —preguntó David a Leo, cuando este acabó de leer. El joven no pudo contenerse y estalló en carcajadas. Cuando se sobrepuso, dijo entre risas:

—Que has encontrado a la horma de tu zapato y que, como aceptes estas condiciones, vas a destrozar tu reputación de lengua viperina.

—Tonterías —dijo David, algo ofendido—. Solo son ocho fiestas.

—Ocho, si eres capaz de cumplir —puntualizó Leo, que le conocía lo suficiente como para saber que no lo iba a tener fácil—. Pero como no vas a lograrlo, pasará mucho tiempo antes de que puedas hablar libremente en una fiesta. Y más si está Adela en el ajo. Esa referencia a Cristina de la

Fuente es inconfundible.

—¿Qué te apuestas a que lo cumplo a la primera? —reaccionó el joven a la predicción de su amigo, mientras tecleaba «Trato hecho» y pulsaba el botón de enviar.

—Y de nuevo no intentaste negociar —se extrañó Leo.

—Soy un hombre de palabra, y le dije que lo que quisiera. Todavía no ha sobrepasado el límite y sigo diciendo que no será para tanto, así que, ¿a santo de qué voy a negociar? —respondió David, confiado, y Leo decidió dejar el tema.

Cuando Clara recibió el mensaje de respuesta, hizo una especie de danza triunfal y sus amigos la vitorearon, aunque Jazz no se había quedado del todo conforme con lo de que le perdonara el resto de los insultos e insistió machaconamente sobre el tema mientras la joven se probaba una prenda tras otra de la parte de su armario dedicada al *cosplay*.

A la enésima vez que Jazz volvió a mencionar el asunto, Clara, que ya necesitaba un descanso de tanto cambio de vestuario, puso los ojos en blanco y se tiró sobre el montón de prendas que ocultaba su cama.

—Le perdonaré el resto de insultos porque ese idiota será incapaz de cumplir y esto se va a alargar. Además, bastante tiempo voy a perder controlando lo que hace para comprobar que no se salta mis condiciones, y no se merece el esfuerzo. La idea es castigarle a él, no castigarme yo.

—Pero deberías haber sido más dura —se quejó Jazz.

—He sido justa. Cuando hizo más daño le he puesto condiciones más duras. Como el resto de pullas no me afectaron tanto, le pongo condiciones más modestas —volvió a explicarle la joven.

—Y tan modestas —bufó Jazz—. Es una estupidez.

—Zapatillas de deporte blancas con traje de etiqueta... Yo diría que no tanto, aunque a ti te parezca una bobada —intervino Adela en favor de Clara—. Una vez, un tipo tuvo la genial idea de ponerse calcetines azul marino con un frac negro y estuvieron mofándose de él a sus espaldas unas cuantas semanas.

—Pero apuesto a que con David no pasará. Es la clase de hombre que crea tendencias, no importa lo ridículas que estas sean. Dentro de poco, verás a todos los snobs llevando lo mismo —afirmó Marcella, que era la única que seguía prestando atención al armario, aunque estaba lo

bastante pendiente como para recordar una de las anécdotas de Adela—: ¿Acaso no empezaron todos a llevar parche cuando su otro amigo se lo puso para taparse la cicatriz?

—Bueno, eso me da igual. No lo he hecho para que se mofen de él, sino por mí. —Los tres la miraron de forma rara y Clara se vio obligada a explicarse—. Hay algo en las playeras blancas. No puedo tomar en serio a la gente que las lleva puestas, así que supongo que no me amedrentaré tanto en su presencia...

—¡Bien dicho! Ya era hora de que empezaras a luchar contra la timidez —exclamó Jazz, sin dejar que acabara la frase.

—... Además, si él llama mucho la atención, yo pasaré más desapercibida —finalizó Clara, chafando el entusiasmo de su amigo.

—No tienes remedio —dijo el joven, dispuesto a empezar otra discusión.

—Mamma mía, Clara, no me puedo creer lo que tienes aquí —le interrumpió Marcella de pronto, sin poder evitar una carcajada estupefacta. Sostenía una funda para trajes y observaba atónita su interior.

—Ah, no, ese sí que no pienso probármelo en vuestra presencia. ¡Devuélvelo a su sitio! —ordenó ella en tono histérico. Por supuesto, eso solo sirvió para que Jazz se apresurara a llegar hasta Marcella y le arrebatara lo que sostenía.

—Qué fuerte —rió. Sacó el traje de la funda y se lo mostró a Adela, que también se quedó con la boca abierta—. No sabía que te fueran estas cosas, qué calladito te lo tenías, *dominatrix*.

—No es un disfraz de *dominatrix*, sino de superheroína. ¿Es que no ves la máscara? —Clara, sonrojada, le arrebató el sensual traje de cuero negro de una pieza, que mostraba más de lo que ocultaba, y agitó el antifaz.

—Sí, veo la máscara. Y el látigo —dijo Jazz entre risas—. El otro día vi uno exactamente igual en un *sex shop*.

—¿Cuándo has ido tú a un *sex shop* sin mí? —preguntó indignada Marcella.

—Es una forma de hablar, *amore*. Quien dice el otro día dice hace meses. Contigo —Se apresuró a responder él. Luego, se giró hacia Clara, que había aprovechado la distracción para meter de nuevo su traje en el armario—. De eso nada, amiguita. Quiero ver cómo te queda.

—Pues te vas a quedar con las ganas —se puso firme la joven, abochornada—. Bastante que he aceptado pasar por esto y que me

obliguéis a probarme todos los *cosplays* para ver si alguno vale para que lo lleve de fiesta...

—Y valen casi todos, incluso los que has desechado tan a la ligera, porque son divinos. En serio, deberías plantearte convertirte en diseñadora —la interrumpió Jazz.

—Ya soy diseñadora. A veces, cuando me aburro de programar.

—Me refería a diseñadora de moda, no a tus geniales montajes en Photoshop —replicó su amigo.

—Yo te contrataría —apuntó Adela, y no bromeaba en absoluto.

—Gracias, pero no. Prefiero seguir con mis ordenadores —dijo Clara, con convicción—. Además, el encanto de todo esto es que son únicos y que me relaja hacerlos. Si fuera un trabajo, dejarían de ser únicos y ya no me relajaría tanto.

—Interesante razonamiento, pero no nos desviemos. Pruébate el traje de superheroína *dominatrix* —insistió Jazz.

—No me da la gana. Estamos aquí para elegir ropa que me dé seguridad en mí misma y con la que pueda salir de casa sin morirme de vergüenza. Ese disfraz no me he atrevido a ponérmelo ni en las exposiciones de cómic, así que olvídalo —siguió en sus trece Clara, que estaba cada vez más roja.

—Si no te atreves a ponértelo, ¿por qué lo compraste? —se interesó Adela.

—No lo compré. —Clara suspiró, exasperada—. Fue uno de los regalos ridículos de mi hermana para reírse de mí por lo *friki* y lo tímida que soy. Y, aunque no sea de mi estilo, es demasiado bonito para tirarlo.

—¿Sabes? Creo que secretamente estás deseando ponértelo. Apuesto a que más de una vez te lo has probado a solas... Y quiero verlo, así que te lo vas a poner en nuestra presencia —prácticamente ordenó Jazz.

—¿Ah, sí? ¿Acaso vas a obligarme? —Clara se puso en actitud de combate—. Porque te recuerdo que puedo contigo.

—Ya, pero yo puedo llegar a ser muy pesado...

—No lo sabes tú bien —dijo Marcella por lo bajinis, aunque su marido la oyó y le lanzó una mirada hostil antes de continuar:

—Te daré el coñazo día sí, día también, hasta que te lo pongas. —Dicho esto, se le ocurrió una forma mejor de convencerla—: Y no dejaré pasar la ocasión de mencionarlo, en público o en privado.

Clara, enfadada, le arrebató el disfraz con brusquedad y se encerró en el baño. Al rato, abrió la puerta y salió, con el sonrojo claramente visible tras la máscara.

—¡Me encanta! —se entusiasmó Jazz. El traje era mucho más elegante de lo que parecía en el perchero, no se veía para nada vulgar una vez puesto—. Te queda como un guante, solo te faltan unos tacones negros altos de aguja. No me digas que no te sientes poderosa llevándolo.

—Mucho. Pero sigo sin querer salir a la calle con esto puesto —respondió ella, y se volvió a encerrar en el baño para quitárselo.

—Vale, pero tienes que prometernos que la próxima vez que venzas la timidez lo suficiente como para acostarte con un tío te lo pondrás cuando estéis en el dormitorio —gritó Jazz a través de la puerta.

—¡Ni lo sueñes! —replicó ella.

Cuando, unos minutos después, salió del baño todavía colorada y enterró el traje en lo más profundo de su armario, sus amigos fueron lo bastante listos como para dejar el tema. Volvieron a centrarse en lo que les ocupaba, lo que les llevó hasta bien entrada la tarde, con una breve pausa para comer unas pizzas. Al finalizar la sesión, tenían localizados unos cuantos vestidos de cosplay que podía usar tal cual y otros tantos que, con pequeñas adaptaciones, podrían servir también. Y, lo mejor de todo, tanta insistencia por parte de sus amigos había hecho que Clara estuviera deseando volver a ponérselos, aunque fuera en un ambiente distinto a las convenciones de cómics.

Más o menos a la vez que ellos comenzaban a recoger las prendas y devolverlas al armario de Clara, David buscó a Charles en el club de campo.

—Si lo que pretendes es que te ayude a evadirte de lo que has prometido, ya puedes ir olvidándote —fue lo primero que dijo su amigo, informado ya de las condiciones de Clara tanto por Adela como por Leo a través de una llamada y una conversación de mensajería instantánea, respectivamente.

—Qué mal pensado eres, Charles—se hizo el ofendido David, y decidió aprovechar para dejarle claro que sabía que Adela había intervenido en su castigo, así que añadió—: Nunca me atrevería a pedirte tal cosa, y menos sabiendo que tu prometida está en el ajo. No quiero meterte en líos con Adela

—¿Entonces qué pretendes? —quiso saber Charles.

—¿Por qué tengo que pretender algo? —se hizo el interesante David

—Vamos, suéltalo de una vez. Ambos sabemos que tu empresa está

a punto de cerrar una operación importante y que tendrás todos los defectos del mundo, pero cuidas tus negocios con celo. Y no estaríamos aquí si no quisieras algo, sé que odias el club de campo. Lo único que se me ocurre que puede motivarte a venir aquí a buscarme es que no quieres que Adela, o Leo, se enteren de la conversación —argumentó su amigo, que le conocía demasiado bien.

—Para que lo sepas, he cerrado el trato esta misma mañana. —Charles le dirigió una mirada de aburrimento, acostumbrado a que se fuera por las ramas antes de llegar al meollo del asunto—. Vale, vale. Solo necesito un poco de información, para saber a lo que me enfrento.

—Ni hablar —fue la escueta respuesta de su amigo.

—Ella tiene ventaja. No es justo, merezco jugar a este juego en igualdad de condiciones —protestó David.

—No hay juego, David. O cumples y compensas tu comportamiento, o no. Y no tiene ventaja, como dices, porque Adela le haya hablado de ti —le aseguró el joven.

—No me dio esa impresión. Sabía que yo suelo tener un piquito de oro —empezó a enumerar David—. Sabía que, si me engañaba para que aceptara compensarla, conseguiría que yo entrara en su jueguito. Y sabía cómo atacar donde más duele, pero con una intensidad lo bastante baja como para que yo no me pudiera negar. Eso, por no hablar que las referencias a la archienemiga de tu prometida, que delatan su participación en este asunto.

—Adela solo leyó lo que había escrito y añadió lo de Cristina. —David puso su mejor mirada de súplica y su amigo cedió—: Está bien, ¿qué quieres saber?

—¿Es bipolar, o algo así?

—Por supuesto que no —exclamó Charles—. ¿Qué te lleva a preguntar semejante majadería?

—Venga, primero es incapaz de hablar correctamente, ya ni te digo contestar con una frase de más de tres palabras, y al rato me tira una copa de agua encima y se venga de la forma más creativa y maquiavélica posible —respondió David, como si fuera obvio.

—Es complicado. —El joven dudó sobre cómo explicárselo—. Por lo que he hablado con Adela, es una chica con mucho carácter, pero, cuando se trata de interactuar con gente cara a cara, es incapaz de exteriorizarlo. No puedo decirte nada de primera mano porque,

aunque ya no tartamudea y enrojece en mi presencia, sigue estando muy cohibida. Sin embargo, cuando se trata de una comunicación indirecta, como por mensajes, parece que no tiene ese problema y es ella misma por completo. Desde luego, las pocas veces que hemos charlado por esa vía mostraba más confianza en sí misma.

—De acuerdo. Así que su punto débil es la fobia social. —No hizo falta que Charles le advirtiera, porque su mirada fue suficiente. David alzó las manos y añadió—: No temas, no lo usaré en su contra, lo prometo. Se dedica a la informática, ¿no? ¿Páginas web, escuché?

—Diseña alguna web de vez en cuando, pero a lo que realmente se dedica es a desarrollar programas de *Big Data* adaptados a necesidades muy concretas —le explicó Charles.

—*Big Data* —repitió él, impresionado. Su amigo, no obstante, pensó que no sabía nada del tema, porque comenzó a explicárselo:

—Digamos que, en términos sencillos, y en función de lo que necesita su cliente, se dedica a recopilar ingentes cantidades de información, organizarla y sacar conclusiones muy rentables sobre tendencias emergentes, predicciones y todo tipo de cosas que no se ven a simple vista pero que afectan a la cuenta de resultados.

—Sé lo que es el Big Data —dijo David, poniendo los ojos en blanco—. Y me interesa... —añadió en tono especulativo. Tenía un problema que, creía, se podía solucionar con herramientas de Big Data, pero los datos que se tendrían que tratar eran tan sensibles que no se atrevía a confiarle el proyecto a cualquiera.

—Ya. Te lo hubieras pensado antes de comportarte como un capullo —le cortó el entusiasmo su amigo—. Está muy solicitada, tanto que se puede permitir el lujo de aceptar los trabajos que le apetecen, que generalmente son los que le suponen un reto.

—Oh, te aseguro que lo mío es complejo de narices... En cualquier caso, otra razón más para ganarme su perdón. —El tono inocente de David no engañó a Charles, que volvió a lanzarle una mirada de advertencia—. No me mires así, ¿qué piensas que voy a hacer con esa información?

—No sé qué piensas hacer, pero no cuentes con que te diga una palabra más sobre Clara. Es la mejor amiga de la mujer a la que amo. Como le hagas algo y Adela pague el pato conmigo, no respondo —le amenazó el joven—. Prométeme que no te vas a enredar con ella.

—No puedo prometerte eso. Esa mujer ha despertado mi interés y serán unos meses interesantes —respondió con sinceridad David, aunque se apresuró a tranquilizar al futuro novio—: Pero somos amigos y sabes que no quiero causarte ningún perjuicio, así que, para que veas que voy a ser legal en este juego, te juro que, pase lo que pase, ni la insultaré, ni la perjudicaré, ni le haré daño de ninguna forma. Es más, la trataré como a una reina.

—No sé si eso me convence...

—Pues tendrá que convencerte; sabes que no juro en vano —dijo el joven, con firmeza, tras lo cual cambió su tono a uno más travieso—. Además, somos el padrino y la madrina de tu boda. ¿No crees que es mejor que nos llevemos bien y no que estemos de morros todo el tiempo?

Capítulo 3

Esa panda de cretinos

—Estás divina —dijo Jazz, cuando Clara acabó de arreglarse bajo la atenta mirada de Adela y salió al salón.

—Estoy ridícula —gruñó ella, un poco roja. La idea le había parecido buena en su momento, pero ahora que estaban a punto de salir ya no estaba tan convencida—. Nadie va a las fiestas vestida con el traje ceremonial de guerrera de las llanuras

—Tonterías. El vestido bien podría haber sido hecho por una firma de alta costura. Además, dado que es un personaje totalmente inventado por ti y que llevas unos complementos de lujo y unos taconazos que ninguna guerrera de las llanuras se pondría, nadie se va a dar cuenta de nada —la tranquilizó Jazz.

—Chorradas. —Clara se cruzó de brazos y fulminó con la mirada a sus amigos por haberla convencido para hacer eso.

—¿Ves como va a funcionar, *amore*? —se dirigió Jazz a Marcella—. Ya antes de salir de casa le va saliendo la vena peleona. Soy un genio.

Clara puso los ojos en blanco, pero no se resistió ni se quejó demasiado cuando Adela le puso un chal y la condujo hasta la calle, escoltada por el matrimonio. Lo cierto era que, a pesar de sus objeciones, el traje le quedaba como un guante y se sentía más segura de sí misma llevándolo, cosa que continuaría así a menos que alguien se diera cuenta de que era en realidad un disfraz. Si eso ocurría, había jurado ante los tres no volver a pisar una fiesta de esas en la vida, ni siquiera la ceremonia de boda de su mejor amiga.

Se metieron en la ostentadamente ridícula limusina que se habían empeñado en enviar los padres de Adela hacía casi una hora y, en el corto trayecto, Clara tuvo que escuchar de nuevo los consejos de los tres para que controlara su respiración y se metiera en el papel.

«Como si no me supiera ya la teoría, ¡el problema es llevarla a la práctica!», pensaba mientras le daban la brasa.

—Ante todo, recuerda que esto es como una convención y que no vas a volver a ver a esta gente, salvo en contadas ocasiones, como fiestas de bebés o algo así —dijo Jazz, cuando ya estaban acercándose al lugar de la fiesta.

—¿Bebés? —preguntó Adela, horrorizada—. ¿Quién ha hablado de

bebés?

—Bueno, alguna vez pensaréis tenerlos —respondió él con un encogimiento de hombros.

—¡Ni siquiera hemos hablado de semejante cosa todavía! Somos demasiado jóvenes para eso...

—Lo mismo da. Hay que empezar a mentalizar a Clarita, no sea que cuando pase le dé un patatús porque va a tener que volver a interactuar con los invitados —afirmó Jazz con tranquilidad mientras la limusina aparcaba. Luego, como si para él hubiera supuesto un esfuerzo de lo más desagradable, añadió—: No queremos tener que volver a pasar por esto otra vez.

—Pero bueno, ¿tú de qué vas? —se cabreó la aludida—. ¡A ver quién ha tenido que aguantar que asaltaran mi armario, perder horas de mi valioso tiempo probándome cosas y ser arrastrada a una fiesta vestida con un disfraz!

Clara salió del vehículo dando un portazo y se dirigió a la entrada con paso decidido. Jazz sonrió y, al ver las miradas interrogantes de Adela y Marcella, se explicó:

—La conozco desde hace años. Si está cabreada conmigo, no perderá el tiempo poniéndose nerviosa o preocupándose. Aunque será mejor que la alcancemos antes de que entre, no sea que pierda ímpetu.

Dentro de la mansión donde se celebraba la fiesta, David adoptó una pose relajada, apoyado en una columna, mientras esperaban a que llegara el grupo de Adela. En principio, debían llegar antes de que comenzaran a aparecer los invitados, pero se estaban retrasando. Debido a esto, los padres de los futuros novios comenzaron a removerse nerviosos y los Bianchi decidieron ir a la cocina para comprobar que todo era perfecto.

Los Castelli aprovecharon la oportunidad para pedirle que esa noche se comportara. David estaba acostumbrado a estas charlas, al haber pasado casi toda su infancia con Leo y Charles en la casa de este último, donde sus amigos siempre tenían abiertas las puertas y recibían la atención y el cariño que no les daban en sus respectivas casas. Así pues, puso cara de bueno y prometió, por enésima vez, que esa noche iba a ser la virtud personificada.

Los Castelli, que le conocían mucho mejor que sus propios padres, siempre ausentes, le miraron con escepticismo y no pudieron evitar

señalar esas horribles zapatillas blancas, que se saltaban con todo descaro el protocolo.

—De veras que lo siento pero, por motivos que no puedo revelar, debo llevarlas —dijo David en tono contrito—. Pero os aseguro que no abriré la boca a menos que sea necesario —prometió.

El matrimonio no se quedó demasiado tranquilo, pero aun así dejaron de insistir y se fueron en busca de sus futuros consuegros.

—Eso es trampa —señaló Leo. Ana, que estaba al lado, asintió.

—¿Por qué? —preguntó él, entre pícaro e inocente—. No he dicho por qué llevo las zapatillas. Y en ningún momento escribí en sus ridículas normas que yo no pudiera prometer a otras personas que me iba a comportar de forma ejemplar. Después de todo, lo voy a hacer y no pierdo nada por quedar bien con los padres de Charles, para variar.

—Mis padres están acostumbrados a tu lengua viperina —intervino Charles—. Por eso, en sus fiestas siempre te ponen en los extremos o, en su defecto, al lado de gente que está medio sorda, charlatanes y personas a las que resulta difícil ofender.

—Ya me he dado cuenta. —Soltó una carcajada—. Por desgracia para ellos, el padrino tiene una posición que le obliga a socializar y a charlar con todos.

—¡Al fin! —escucharon exclamar a coro los organizadores de la fiesta antes de que nadie pudiera replicar a ese comentario.

Adela y su séquito no tardaron en entrar en el enorme vestíbulo y fueron saludados un poco demasiado efusivamente por los dos matrimonios, a pesar de que segundos después recibieron una breve reprimenda por demorarse tanto. Clara, que ese día también llevaba un vestido interesante, intentaba mantenerse en segundo plano pero, cuando David se acercó, escuchó decir a la señora Bianchi:

—Señorita Ramírez, confío en que nadie acabe hoy con su bebida en la cabeza.

Por supuesto, David no pudo contener del todo la carcajada, que llamó la atención de todo el mundo.

—Zapatillas de deporte blancas con traje —dijo el amigo charlatán de Adela, y profirió unos molestos chasquidos con la lengua en señal de desaprobación.

—Pronto serán sensación —respondió a modo de saludo él, sin amedrentarse. Inmediatamente después, se calló para cumplir su

penitencia, sin perder su sonrisa más despreocupada.

Pronto tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por contener la lengua, sin embargo, porque tanto Jazz como Marcella se pegaron a él como lapas y no paró de recibir pullas magistralmente disfrazadas de comentarios corteses.

«Casi alcanzan mi nivel de retorcimiento», pensó David, admirado a su pesar. «Y eso que, en lo que a practicar en fiestas se refiere, yo les llevo años de ventaja».

Para colmo, la mala suerte quiso que las personas a las que más tirria tenía se acercaran ese día a hablar con él. Al verle más cortés de lo habitual, decidieron mantenerse cerca para intentar sacarle desde invitaciones a comer hasta promesas de que estudiaría hacer absurdos negocios con ellos. Algunos incluso intentaron que se citara con sus hijas o le quisieron convencer para que participara en una subasta de solteros luciendo un bañador hortera.

Aun así, David se las arregló estupendamente y evitó añadir a sus negativas las pullas habituales. No obstante, el goteo de interesados no parecía tener fin y mucho antes de la medianoche ya se sentía a punto de reventar, por lo que se disculpó usando el mínimo de palabras posible y se refugió en los servicios. Una vez a salvo, pegó una patada a la pared para descargar su frustración. Por supuesto, se hizo daño.

—Maldición, mierda, que les den por saco a todos. La madre que los parió. Al final, me cargo a alguien antes de que acabe la velada —empezó a rezongar en voz baja, mientras cojeaba y se frotaba el pie dolorido.

—Chico, la verdad, visto lo visto, entiendo que seas tan capullo —dijo una voz a sus espaldas.

—¿Y tú qué diablos quieres? —respondió groseramente a Jazz, que le había seguido hasta los aseos.

—Eh, cuidadín, que yo no te he hecho nada. —David le fulminó con la mirada—. Bueno, sí, pero solo lo que te merecías por meterte con mi mejor amiga. Pero en el fondo no me caes mal, así que voy a interceder por ti.

—¿A cambio de qué? —preguntó con desconfianza.

—Realmente entiendo que seas tan capullo, si piensas que lo hago a cambio de algo. —Jazz acompañó su comentario negando levemente con la cabeza—. Creo en el karma. Y pensábamos que tu castigo estaba planteado en proporción al daño pero, si lo que veo en esta velada es

un ejemplo de lo que pasa en todas... Esto no hay quien lo aguante, y la verdad es que ellos sí se merecen tus comentarios hirientes. ¿Siempre son así?

—Entienden la falta de insultos como una predisposición a escuchar y aceptar sus sandeces —asintió David.

—Lo dicho. Voy a hablar con Clara. —No había terminado de decir eso cuando otro de los pesados entró en el baño para fingir un encuentro casual y hablarle maravillas de su hijo, que casualmente trabajaba en una de las empresas de la familia de David y llevaba meses esperando un ascenso que nunca llegaba. Probablemente con razón.

Ante la mirada de súplica del joven, Jazz asintió y salió en busca de Clara, a la que no tardó en encontrar, para su alegría, enfrascada en una conversación con una pareja de desconocidos.

—Clarita... —susurró Jazz cuando se acercó—. ¿Podemos hablar un momento a solas? Es muy, muy importante.

Clara, aunque había logrado hablar sin tartamudear desde que comenzó la velada, seguía sin sentirse cómoda. Además, no estaba nada interesada en la conversación, así que se disculpó con la pareja y acompañó a su amigo a la terraza, donde encontraron a Marcella, que había salido a tomar el aire ante la tardanza de su marido.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara, preocupada.

—Vamos a tener que levantarle el castigo —dijo Jazz. Marcella, aunque no había hablado directamente con David, estuvo de acuerdo.

—¿Podéis decirme cómo os ha comido el tarro para que me vengáis diciendo que hay que levantarle el castigo? —Clara puso los brazos en jarras, algo molesta.

—Al pobre bambino se lo van a comer vivo —afirmó Marcella, tras lo cual Jazz se puso a hablarle con pelos y señales de la larga lista de peticionarios que había asediado a David durante toda la noche.

—Al cabo de media hora aguantando cansinos, hasta yo me desanimé y dejé de meterme con el pobrecillo, y eso que venía con material para toda la noche —finalizó.

—Doy fe —dijo Marcella—. Tiene dos hojas impresas en casa con posibles comentarios educados pero ofensivos y se los ha estudiado religiosamente. Ensayó entre el desayuno y el almuerzo. Me aburrí mucho.

—Perdona, pero si hubieras aceptado echarme una mano y lanzarle aunque

fuera unas poquitas pullas más no hubiera tenido que aprenderme todo el material —replicó Jazz. Su pareja se limitó a poner los ojos en blanco.

—Jazz, te dije que no te pasaras con él. Solo tenías que quedarte cerca para vigilarle —suspiró Clara, que se asomó al interior. David se había colocado al lado de Leo y Ana, que parecían hacer la función de barrera. Cerca de esa zona, había unos cuantos individuos cuya actitud solo se podía definir como acechante—. Mierda, de verdad parece desquiciado.

—Ya te lo habíamos dicho —indicó Marcella.

—Pero, ¿y si todo es una pantomima? Es la clase de persona con los recursos y la inventiva suficientes para que una treta de este tipo salga bien —dijo Clara, incapaz de ocultar un cierto tono admirativo.

—Clara, se ha destrozado el pie dando una patada a una pared —le aseguró Jazz—. Nadie hace semejante memez si no está muy frustrado.

—Sí, si puede ahorrarse siete fiestas haciendo alarde de autocontrol —replicó Clara, que no se fiaba un pelo. Siguió mirando a través de la cortina mientras mandaba un breve mensaje de texto a Adela. Poco después, su amiga se escabulló de la fiesta y se unió a ellos en la terraza.

—Clara, creo que lo de David se está descontrolando un poco —fue lo primero que afirmó, en voz baja y les hizo una seña a todos para que la acompañaran al rincón más apartado del interior cuando vio a un pequeño grupo dirigirse a la terraza.

—Entonces, ¿no crees que se trate de una pantomima? —preguntó Clara, todavía no del todo convencida.

—Cielos, no. Según Charles, ha venido seguro de que podría llevar a cabo tus condiciones sin demasiado esfuerzo. Pero ninguno hemos tenido en cuenta algunas circunstancias...

—¿Como por ejemplo...?

—David es muy rico —dijo simplemente Adela, con un encogimiento de hombros.

—Vosotros también lo sois y no os asalta esa panda de cretinos a cada paso —respondió Jazz, sin entender.

—No, cuando digo que es muy rico me refiero a que es rico incluso en comparación con el resto. Y, lo que es más importante, su familia tiene muchísimo poder. Poder en el sentido de «hago cuatro llamadas y hundo una multinacional», ¿comprendéis? —explicó Adela—. Esa panda de cretinos,

como dice Jazz, tienen grandes fortunas comparables a la de mi familia, pero David está en un nivel superior.

—Y, al notar su cambio de comportamiento, han interpretado su supuesta docilidad como un momento perfecto para acercarse —concluyó Clara.

—Eso parece —asintió Adela—. Él siempre ha sido así, despectivo y algo maleducado, como si instintivamente supiera que lo mejor era mantener a la gente alejada. Imagino que no todos los que se le acercan le piden algo de forma directa o con descaro, sino que intentan ganarse su amistad para manipularle. Por eso también, imagino, siempre fingía sus borracheras: porque era la mejor forma de que los demás pensaran que había bajado la guardia, se relajaran, y mostraran su verdadera cara.

—Y si a eso le añadimos que es el último macizorro de los Tres Ángeles que queda soltero... —Todos se quedaron mirando a Marcella con cierto aire de estupefacción, Jazz el que más—. ¿Qué? ¿Es que yo no puedo decir esas cosas?

—Mujer, por poder... pero no te pega nada, que conste —dijo su marido algo celosón aunque, en un intento de que no se le notara, cambió de tema—: ¿Le levantas entonces el castigo, Clara?

Clara dudó un poco y buscó a David con la mirada, a la caza de indicios de mentira. Este, en la otra punta de la fiesta, tenía una expresión de derrota en el rostro y dijo apesadumbrado a Leo y Ana:

—Creo que me voy a ir. Antes de que me salga un tic, o le pegue un puñetazo a alguien. Pensándolo bien, la brujita no dijo nada de que no pudiera romperle la nariz a algún pesado. He contado al menos tres que se lo merecen especialmente, aunque a la loca esa del vótox no puedo darle su parte, porque soy un caballero.

—David, aunque aprecio mucho tu compañía creo que tienes razón —suspiró Leo, cansado de espantar peticionarios por él. Su amigo alzó una ceja—. Razón en lo de irte, no en lo de pegarle un puñetazo a alguien.

—En tal caso, será mejor que lo haga antes de que lleguen otros que inclinen la balanza hacia mi lado violento. Ni siquiera sabía que tuviera uno hasta hoy.

—Te escoltaremos hasta nuestros anfitriones para que puedas despedirte —propuso Ana.

—Dudo que pueda llegar hasta ellos sin ser interceptado si no lo hacéis —

dijo David, con un resoplido hastiado.

El trío se encaminó hacia la posición de los Bianchi y los Castelli, con los que David se disculpó por abandonar la fiesta tan pronto.

—No te preocupes. Te despediré de Adela cuando aparezca. Nos ha abandonado hace un rato —dijo Charles, mirándole con lástima. Llevaba toda la velada deseando echarle una mano, pero al ser el co-protagonista de la fiesta, no había tenido un segundo libre.

—Sí, mucho me temo que no puedo permitirme el lujo de pasearme por la sala para encontrarla —respondió él, con nerviosismo.

—David, querido, ¿seguro que te encuentras bien? Estás desconocido —preguntó la señora Castelli. Que insistiera tanto en que se comportara no significaba que no se preocupara cuando lo hacía, tanto más cuando se le veía tan agobiado e inseguro.

—Sí, Mabel, no te preocupes —la tranquilizó el joven—. Solo necesito que me dé un poco el aire y descansar para volver a encontrarme en plena forma.

En ese momento atisbó entre la multitud a Adela y su corte de honor. Cuando se unieron al grupo, Jazz le guiñó un ojo, lo que le dio cierta esperanza. Aun así, no se precipitó y esperó paciente a que Clara fuera quien le dijera qué decisión había tomado.

—¿David? —dijo ella en voz muy baja al recibir un codazo impaciente de su amigo.

—¿Sí?

—En lo referente a nuestro... acuerdo —empezó la joven, sin querer revelar nada delante de los futuros consuegros—. Acepto su anulación... salvo en la cláusula de vestuario y la digital.

David suspiró aliviado y dio un rápido abrazo a Clara, algo demasiado espontáneo incluso para él.

—¿Me podéis explicar qué está pasando, chicos? —preguntó Mabel, sorprendida por su reacción. Tanto su marido como los Bianchi también esperaron intrigados la respuesta.

—¿Eh? Nada, nada —respondió el joven, quitándole importancia al gesto—. ¿Sabéis? Creo que me quedaré un ratito más después de todo. Hay ciertas cosas que tengo que aclarar con ciertas personas, y es mejor no dejarles pensando equivocadamente. Si me disculpáis... —añadió alegre. Leo soltó una carcajada:

—No seas demasiado malo.

—¿Yo? Para nada. Doy a cada cual su justa compensación. —David se giró para guiñar un ojo a Clara—. Y si me equivoco, rectifico.

Capítulo 4

Mandar a la mierda

Clara, agotada, se desplomó sobre la cama casi al amanecer sin desvestirse siquiera. La fiesta se había alargado demasiado y, aunque Jazz tenía razón cuando decía que sería todo más fácil para ella llevando su *cosplay*, la tensión y los nervios no se habían desvanecido en lo más mínimo. Motivo por el cual, en esos momentos, en los que por fin su cuerpo se relajaba, se sentía como si la hubieran atropellado.

Estaba a punto de dormirse cuando sonó su móvil desde la otra punta de la casa. Se sintió tentada de ignorarlo, pero sabía que, como no lo pusiera en modo noche, no pararía de sonar y no podría dormir tranquila. Con sus últimas fuerzas, prácticamente se arrastró hasta el smartphone para configurarlo. Justo entonces, se dio cuenta de que lo que había sonado era una notificación por un mensaje de David y no pudo resistir la curiosidad.

«Deberíamos renegociar lo de las zapatillas».

Muerta de sueño e incapaz de pensar en una respuesta ingeniosa, simplemente contestó «Vete a la mierda, David» antes de desconectarse por completo e irse a dormir.

Él, por su parte, se quedó con la mirada fija en la pantalla de su portátil, incapaz de procesar la respuesta de Clara. Quizás era el cansancio por la fiesta, pero la respuesta se le antojó demasiado ambigua. Aunque en sus pocos intercambios no habían usado emoticonos, consideraba que por primera vez el mensaje hacía necesario su uso. Empezó a escribir posibles emoticonos asociados.

«¿Vete a la mierda ☹ ?

¿Vete a la mierda ;-) ?

¿Vete a la mierda ^^ ?»

Por desgracia, no se dio cuenta hasta la tercera línea de que tenía activada la opción de enviar cada vez que se pulsaba la tecla *enter*.

—Oh, no, se va a pensar que soy un *friki* —murmuró para sí, a la espera, casi aterrorizado, de la reacción de Clara. Cuando no se produjo, ni apareció aviso de que lo había leído, comenzó a buscar por la red si había alguna forma de borrar los mensajes antes de que el destinatario entrara en su bandeja de correo. Por supuesto, no encontró una forma fiable de hacerlo, así que llamó a Leo.

—Hola, Leo, ¿qué tal habéis llegado a casa? ¿Bien? Oye, ¿no sabrás por algún casual cómo se borra un mensaje que no deberías haber enviado? —le preguntó nada más descolgar.

—¿Mmm? —respondió la voz adormilada de su amigo.

—Que cómo evito que alguien lea un texto que he mandado sin querer —repitió—. Verás, le mandé un mensaje a Clara para negociar lo de las deportivas y va y me responde, sin emoticonos ni nada...

—Vete a la mierda, David —le interrumpió Leo.

—Exacto.

—¿Estás borracho? —quiso saber su amigo, un poco enfadado.

—Leo, hoy ni siquiera he hecho amago de beber, ¿cómo iba a estarlo? Pero realmente necesito...

—A no ser que te estés muriendo, David, vete a la mierda. O mejor, a dormir —dijo la voz de Ana de fondo.

—¿Interrumpo? —preguntó el joven.

—¡Qué va, nadie puede querer dormir tras una larga y agotadora noche de fiesta a estas horas de la madrugada! —exclamó Ana con sarcasmo evidente.

—Tienes esa tendencia —suspiró Leo a la vez que su pareja—. Escucha, no sé qué le has enviado pero, si no es algo ofensivo, te recomiendo que lo dejes estar. Aunque lo lograras, te recuerdo que ella se dedica a los ordenadores, se daría cuenta. Seguro que el sueño y el cansancio piensan por ti y que no será tan grave una vez que hayas dormido un poco.

—Se va a pensar que soy un rarito —protestó David.

—Una persona normal no llama a sus amigos al amanecer tras una larga noche de fiesta para esta clase de cosas. Y menos si está sobrio. Vete a dormir antes de que cometas otro error y, en vez de pensar que eres raro, se crea que necesitas tratamiento.

David se disculpó, se despidió y colgó sintiéndose como un imbécil. Aunque no se sentía somnoliento, tuvo que reconocer que lo mejor era hacerle caso a Leo. Entre el trato que había cerrado la mañana anterior (para el que había pasado toda la noche ultimando los preparativos y reunido por videoconferencia con varios colaboradores ubicados en la otra punta del planeta), que luego había ido en busca de Charles en vez de echarse una siesta y la fiesta, llevaba casi cuarenta y ocho horas sin pegar ojo.

Así pues, se fue a dormir y cayó en un sueño muy profundo en cuanto su cabeza se posó sobre la almohada. Cuando despertó, casi a

media tarde, ni siquiera se acordó de su absurdo mensaje hasta que vio la respuesta de Clara:

«No serás uno de esos que se pasan horas eligiendo el emoticono más adecuado para cada mensaje y se desesperan cuando el resto no lo hace, ¿verdad?»

—Oh, maldición. De verdad que debo parecer un tío raro —dijo para sí aunque, al contrario que la noche anterior, tenía la mente lo bastante despejada como para no hacer un mundo de ello—. ¿Qué demonios? De perdidos al río.

«Superé esa fase hace mucho. Ahora los elijo de forma automática. Pero sí que me molesta que los demás no los usen si sus frases son ambiguas».

«¿Ambiguas? Que yo sepa, uses el tono que uses, mandar a la mierda es mandar a la mierda», respondió ella.

«Pero así no sé si me odias o no :(», escribió David. «Hablando de eso, sigo sin saber si era un “vete a la mierda” de “no es el momento” o un vete a la mierda de “no vuelvas a sacar el tema, capullo”. Realmente, creo que deberíamos negociarlo. Se te fue un poco de las manos».

«Por eso te perdoné lo que quedaba de noche y todas las siguientes». Clara pensó que David tenía mucho morro. Aunque en el fondo se lo esperaba y le hacía hasta gracia.

«Pero las consecuencias de esta noche me perseguirán durante un tiempo. Seguro que en eso no has pensado».

«Puede ser». David sonrió ante la respuesta de Clara, victorioso, pero la sonrisa se le borró con las siguientes líneas: «Pero tú no has tenido en cuenta la intención. La mía era tener un poco de justicia kármica. La tuya era dar por saco. Así que no vuelvas a mencionarlo. La foto del orco y las zapatillas siguen en pie».

«Oh, lo del perfil no me molesta ya. Empieza a ser algo así como una moda. Y las zapatillas blancas con traje formal pronto lo serán también», envió David y de nuevo se arrepintió de haber mandado el texto justo cuando ya no había vuelta atrás. No quería parecer pretencioso, aunque lo escrito fuera verdad. Hacía años que Leo, Charles y él se habían percatado de que cualquier cosa que hicieran, por hortera o ridícula que pareciera, acababa por convertirse en una moda entre los jóvenes de su clase.

«No quiero volver a oír hablar del tema. :[¬¬ :# >_< ¿Hacen falta

más emoticonos?», replicó Clara, que sin embargo sonreía.

«Captado. Zapatillas de deporte blancas y cara de orco, jefa». David se daba cuenta de que esa negociación estaba perdida desde el principio, de modo que decidió apartar el asunto por el momento. «Cambiando de tema. Me he enterado de que eres una magnífica profesional del *Big Data* y yo estoy buscando a alguien de ese campo para un proyecto. ¿Podemos vernos en persona para hablar de ello?»

No hubo respuesta inmediata, pero tampoco le preocupó porque imaginó que, estando tan solicitada, se lo estaría pensando. Así pues, se dedicó a revisar su correo, con el sonido de la notificación conectado por si ella le contestaba. Estuvo con ello un buen rato, hasta que recibió un frío e-mail de su padre instándole a que contactara con una serie de personas en su nombre. Eso le dio otros motivos para preocuparse.

Clara, por su parte, leyó el mensaje una y otra vez en busca de alguna intención oculta pero, como no sacó nada en claro, decidió llamar a Adela.

—¿Interrumpo? —preguntó cuando ella descolgó, con tono impaciente. En cuanto Adela, que estaba leyendo un libro con la cabeza apoyada en el regazo de Charles, le dijo que no, Clara preguntó—: ¿De qué va David?

—Oh, por favor, ¿qué ha hecho esta vez? —Miró instintivamente a su prometido, que le preguntó con la mirada. «David», vocalizó, mientras Clara le hablaba de su última conversación electrónica con él.

—Al principio me pareció adorable con lo de los emoticonos, y me hizo gracia que luego intentara camelarme para no volver a llevar zapatillas... ¡Si hasta se puso un poco arrogante! —acabó de contarle la programadora, tras lo cual se puso a divagar sobre el verdadero motivo de su llamada—: Pero no puedo evitar pensar que me ha pedido un encuentro en persona porque sabe que, si me lleva a su terreno, tendrá ventaja. ¿Crees que intentará seducirme? Tiene fama de *playboy*.

Adela puso un marcapáginas en el libro y se incorporó, al notar que la conversación se iba a alargar. En ese momento, le sonó el teléfono a Charles y este vocalizó «David» para que supiera quién era antes de irse a otra habitación para descolgar.

—Oye, no le conozco demasiado a fondo pero, aunque parezca increíble, tiene fama de tomarse en serio los negocios —dijo Adela—. Si te ha dicho que quiere quedar por eso, lo más probable es que sea

verdad. Aunque, que tenga la cara dura de contactarte a ti después de todo...

—¿De veras crees que solo quiere hablar de negocios? —buscó su confirmación Clara.

—Lo que creo es que deberías preguntárselo directamente —le propuso Adela, que no quería arriesgarse a equivocarse con ese tema.

—¿Qué? No pienso hacer eso —contestó su amiga, horrorizada.

—¿Por qué no? Ni siquiera tienes que mirarlo a la cara mientras lo haces, simplemente preguntárselo por chat —insistió Adela, convencida de que, con David, ir por lo directo era la mejor opción—. Parece ser una de esas personas que van con la verdad por delante o callan para siempre. Si te asegura que son solo negocios, sin segundas intenciones, es cierto.

—¿Y si se va por las ramas? —El tono de Clara indicaba que ya estaba medio convencida por su argumento.

—Entonces ya tienes tu respuesta —dijo Adela.

En la otra habitación, Charles descolgó el teléfono y, nada más hacerlo, la voz David dijo:

—Hola, espero no molestarte pero... Estoy en un lío, amigo.

Dado que todavía recordaba el cabreo de Leo la noche anterior por llamarle a deshoras, aunque en esa ocasión no era por una tontería, había decidido llamar a Charles primero.

—¿Qué le has hecho a Clara? —preguntó este, con un tono cansado.

—¿Por qué deduces eso con «Estoy en un lío, amigo»? —se extrañó David, aunque de pronto se dio cuenta de que sería una conversación lo bastante interesante como para suprimir el mal rollo que le había transmitido el mensaje de su padre—. No me digas que está ahí con vosotros...

—No, pero está hablando con Adela y lo que he escuchado ha sido suficiente —replicó Charles.

—No me digas... ¿qué has oído? —Algo desconcertado por el tono cada vez más cabreado de su amigo, volvió a revisar su correo por si algo se le había pasado por alto—. De verdad que...

—David, no empieces —le cortó Charles.

—¿Que no empiece qué? ¡Si no sé de qué me hablas! —protestó David.

—Ya. Pues yo tampoco. Pero si piensas que voy a ayudarte con ella, lo llevas claro —fue la seca respuesta de su amigo.

—¿Sabes? —se cabreó David. No entendía nada, pero le molestaba lo que insinuaba Charles—. Echo de menos esos tiempos en los que no me teníais en tan mal concepto.

—No te tenemos en mal concepto, ¿de dónde diablos has sacado eso? —preguntó el futuro novio, que no esperaba una contestación así.

—¿En serio? Dime una sola vez, antes de Adela y de Ana, en la que me cogierais el teléfono con mala leche, me insinuarais constantemente que molesto, me tratarais como a un crío y dierais por sentado que he hecho una trastada sin darme la opción de explicarme antes —enumeró David, que en los últimos tiempos no podía evitar sentir que sus amigos le dejaban un poco de lado.

—Oye, David, yo...

—Déjalo —le cortó el joven—. Siento haberte molestado. ¿Sabes? Ya ni siquiera nos veríamos los tres si no fuera por esas estúpidas fiestas. Y, para que lo sepas, mi llamada no tenía nada que ver con la puñetera amiga de tu prometida.

Dicho esto, David colgó, molesto, y rechazó las tres llamadas de Charles que siguieron. Ni siquiera se molestó en volver a revisar el correo, simplemente desconectó todos los aparatos electrónicos, incluido su teléfono personal, y se encaminó a su oficina. No importaba que fuera fin de semana y estuviera anocheciendo: con tantas empresas a su cargo, resultaría bastante sencillo encontrar algo que hacer para desconectar.

Charles, por su parte, siguió insistiendo hasta que saltó el mensaje de «apagado o fuera de cobertura».

—David, coge el teléfono y hablemos. No puedes decir una cosa así y desaparecer sin más, maldita sea —dijo al contestador automático. Luego colgó, frustrado por hablar con una máquina y tener que esperar a que su amigo decidiera escucharlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Adela, que acababa de finalizar su conversación con Clara.

—David se ha enfadado —suspiró él—. Le he preguntado qué ha hecho esta vez, se ha ofendido y ahora no me coge el teléfono. A propósito, ¿qué ha hecho?

—En realidad nada. —Su prometida se despatarró en el sofá—. Le propuso que quedaran para hablar de negocios y Clara quería asegurarse de que no la estuviera engatusando.

—David es demasiado directo para eso. —Charles negó con la cabeza—. ¿Para qué andarse engatusando a una mujer, si la más leve insinuación de que podría estar interesado hace que se lance a sus pies?

—Eso mismo es lo que he pensado yo. Y es probable que Clara también, pero se aferraba a esa posibilidad para tener una excusa y no quedar con él a solas. —Adela sonrió—. Por eso le he dicho que le pregunte directamente.

—Vamos, que soy un imbécil —dijo el joven, al darse cuenta de que, en efecto, se había puesto borde con su amigo por nada.

—No será para tanto. Yo también he pensado que había hecho algo cuando he oído a Clara mencionarle, y es lógico que malinterpretaras lo que me escuchaste decir —le tranquilizó su prometida.

—No es excusa. De entrada, me dio su palabra, y la confianza es algo que se toma muy en serio. Pero eso es solo la punta del iceberg, me parece —suspiró—. Le he descuidado un poco últimamente, y creo que Leo también. Así que será mejor que aclaremos las cosas cuanto antes —añadió, y volvió a coger el teléfono, esta vez para llamar a Leo.

Su amigo estuvo de acuerdo en que debían arreglar las cosas con David cuanto antes, de modo que, tras una primera llamada tan poco exitosa como la de Charles, se organizaron para buscarle por todos los sitios donde podía estar: desde fiestas hasta locales de moda. No obstante, ninguno de sus intentos les permitió localizarle o les dio la más mínima pista sobre su paradero.

Estaban a punto de dar las seis de la mañana cuando por fin localizaron a David en su oficina. Sin embargo, su amigo no parecía nada contento de verles y, en cuanto les vio, les gruñó:

—Estoy ocupado.

—No es excusa —dijo Leo.

—¿Ah, no? Pues creo recordar que tanto tú como Charles lo habéis usado mucho últimamente —replicó David, amargado.

—La situación es distinta —intentó excusarse Leo.

—Exacto. Yo estoy intentando evitar que medio centenar de personas se quede sin trabajo. Vosotros solo queríais estar con vuestras novias sin la interrupción de un amigo pesado. Así que, si me disculpáis, tengo que seguir haciendo unas cuantas llamadas. —David hizo amago de coger el teléfono fijo, pero Leo puso la mano sobre el mismo:

—Te estás comportando como un crío.

—¿En serio? ¿Quiénes son los que están impidiendo trabajar a los mayores para hablar de cualquier chorrada? —El tono sarcástico de David era tan cortante que hasta dolía.

—¿Nuestra amistad es una chorrada para ti? —preguntó Charles.

—Dado vuestro comportamiento últimamente, empiezo a pensar que soy el único que se la ha tomado en serio —respondió él, y se encogió de hombros sin apartar la vista de su ordenador.

—Maldita sea, David, eso no es justo. —Leo se dejó caer en uno de los sillones frente al de su amigo—. ¿Qué quieres? ¿Que todo sea igual que antes?

—¿Acaso he pedido yo eso? —replicó David.

—¿Qué pides, entonces? —preguntó desesperado Charles.

—¿Ahora mismo? Que me dejéis trabajar tranquilo. —El joven hizo amago de volver a coger el teléfono, pero esta vez fue Charles el que se lo impidió:

—No nos lo pongas tan difícil, David. Ya resulta bastante complicado comprenderte a veces pero, si no hablas con nosotros, es imposible.

—Esta bien, ¿quieres que hable? —Fijó la vista en sus amigos con seriedad y dijo—: En menos de dos años, mis dos únicos amigos han pasado de estar a mi lado en lo bueno y en lo malo a ignorarme, y de ignorarme a sentirse molestos con mi presencia. Y ahora invaden mi único refugio y se comportan como si el problema fuera mío. No hay que tener mucha empatía para entender qué me pasa.

Charles y Leo intercambiaron una mirada de culpabilidad, a sabiendas de que tenía toda la razón.

—No era nuestra intención... —intentó argumentar Leo.

—¿Acaso importa? No me vengas con gilipolleces kantianas —le cortó David, con dureza—. Que no tengas intención de hacer algo no suaviza el hecho en sí. Más bien lo empeora, porque ni siquiera tuvisteis la consideración de poneros en mi pellejo y pensar cómo podía estar sintiéndome yo.

—Tampoco es que tú nos hayas dado ninguna pista —intervino Charles.

—A lo mejor es que no sois lo bastante buenos amigos para verlas — fue la respuesta de David, que añadió con amargura—: Como todas las demás lapas que tengo a mi alrededor.

Nada más acabar de decir esto, Charles se inclinó sobre el escritorio

y su puño se estrelló contra la cara de David, haciéndole caer al suelo.

—Eso sí que no te lo consiento. Puedes acusarme de haber descuidado nuestra amistad, pero nunca de que yo sea tu amigo por interés —le gritó enfadado.

David se levantó, saltó el escritorio con un grácil movimiento y le devolvió el golpe a Charles, dándole otro más antes de que su amigo pudiera reaccionar. Leo intentó agarrarle desde detrás para evitar que siguiera golpeando, pero solo logró que le diera un cabezazo y un codazo.

Luego, David se alejó de ambos y les miró desafiante, aunque se sentía bastante mejor. En ese momento, el guardia de seguridad, alertado por el estruendo, irrumpió en el despacho con el arma en alto y los tres, sin saber muy bien por qué, se echaron a reír. Así, de la forma más extraña, su amistad superó ese escollo. Sin embargo, aún seguía sin ser todo lo estable que debería y David, tras tranquilizar a su empleado con una excusa improvisada, decidió dar el paso para volver a restablecer los cimientos:

—Mi padre me ha mandado una lista de gente con la que debo relacionarme en su nombre.

—¿En serio? —preguntaron algo sorprendidos ambos.

—Oh, sí. Y, qué casualidad, todos tienen parientes cercanas solteras con las que aprobaría que me casara —añadió, con una sonrisa triste.

—¡No habrás aceptado! —exclamó Charles, horrorizado.

—Le he respondido que, dado que me ha regalado tantas empresas que controlo más del cuarenta por ciento del imperio familiar, ahora tiene suficiente tiempo libre para hacer contactos sin mi ayuda. Y me he permitido recordarle que no tiene ningún derecho a disponer de mi tiempo libre, tanto menos para obligarme a relacionarme con gente que no es de mi agrado —les explicó a sus amigos David.

—Vaya. Nunca te habías enfrentado a él tan directamente —dijo Leo, con un cabeceo de aprobación.

La familia de David era aún peor que la suya y, que él supiera, su amigo, criado entre internados y niñeras, solo había estado cara a cara con sus progenitores una docena de veces. Todas ellas, por supuesto, acontecimientos en los que les interesaba que se les viera con su hijo y heredero. La mayor parte de las veces, ni siquiera se molestaban en llamarle en persona para felicitarle por su cumpleaños o por año nuevo, sino que se limitaban a mandar un regalo, seguramente

comprado por sus respectivas secretarias, y una nota impersonal escrita por ordenador y firmada a toda prisa. Lo cual no impedía que se creyeran con derecho a organizar su vida.

—He tenido una mala semana. —Aunque no lo decía con segundas, sus dos amigos acusaron el golpe y dieron un respingo, de modo que decidió cambiar de tema—: Y ahora, ¿me puedes explicar qué le pasa a la brujita de Clara, por favor?

Charles se sintió obligado a contarle a qué se debió su confusión y en qué consistió la llamada de Clara con Adela, lo que en principio divirtió muchísimo a David, aunque consiguió que la idea de acostarse con ella comenzara a rondarle la cabeza. Tenía pinta de ser una compañera de cama con la que no se aburriría y, para qué engañarse, le parecía bastante atractiva, a pesar de que no había en su aspecto nada especialmente destacable.

Por otro lado, había algunos puntos en contra para empezar una relación de ese tipo con ella, la primera de todas, que de veras quería que trabajara para él en su proyecto. Así pues, aparcó el tema con sus amigos sospechosamente rápido para ellos y, tras un breve desayuno, se despidió de Charles y Leo. Luego, se puso a trabajar para no tener que pensar en ello en ese momento, pues el cansancio tras haber trabajado toda la noche le podía hacer actuar de forma precipitada. De hecho, cuando se acordó de que aún estaba desconectado su teléfono personal y se encontró con un mensaje de Clara diciendo: «Lo de “Vernos en persona para hablar de ello” no será una excusa para intentar convencerme llevándome al huerto, ¿verdad?», casi respondió de inmediato, pero se controló y no respondió hasta después de comer y haber dormido una larga y reparadora siesta.

Así pues, sin saberlo, mantuvo a Clara pendiente del correo electrónico más tiempo del que debería. Por suerte, en esos momentos no estaba en medio de un proyecto que requiriera especial concentración porque, aparte de haberse disparado su imaginación hasta límites insospechados, había pasado todo el día cavilando sobre la reacción más adecuada para cada posible respuesta. De poco le sirvió esto último, porque el mensaje no pudo desconcertarla más.

«Sinceramente, ni se me había pasado por la cabeza a nada más que contratarte. Pero ahora que lo has mencionado, he pensado en ello y me da la sensación de que eres la clase de mujer lo bastante interesante

como para plantearme el asunto, de modo que podríamos hablar de ello siempre que:

A) Lo mantengamos en un plano separado y al margen de cualquier relación profesional que pueda surgir entre nosotros.

B) No te vaya el BDSM o tengas parafilias raras.

C) Te apetezca tener una relación informal, abierta y puramente sexual

Si te animas, ya sabes dónde encontrarme. ;-) ».

—Ay, madre —susurró Clara al leerlo, roja como un tomate y, para qué negarlo, un poquito cachonda. Era evidente que, tal y como dijo Adela, ese hombre no se andaba por las ramas. Y lo peor era que había sido ella la que había sacado el tema. Tras suspirar y dar gracias por no estar cara a cara con él, se dispuso a escribir una educada negativa, pero algo dentro de sí detuvo sus manos.

«¿Por qué no?», se preguntó. «¿Qué demonios me pasa? Un tipo sexy e interesante, con el que llevo fantaseando desde antes de conocerle en persona, se siente lo bastante atraído por mí como para proponerme que seamos amantes y ¡yo voy a decirle que no sin ni siquiera pensarlo porque me da pánico!»

Se quedó un rato con las manos sobre el teclado, debatiendo consigo misma y con la esperanza de no quedar mal si tardaba en responder. Casi como si le leyera el pensamiento, le llegó otro mensaje de David.

«PD: Tómate todo el tiempo que quieras para pensarlo.

PPD: En cuanto a lo de hacer negocios, me vendría bien que te decidieras cuanto antes. O, si no puedes o no quieres tú, que me hagas el favor de proponerme una alternativa fiable».

Clara suspiró de alivio por el cambio de tema y decidió continuar la conversación en el terreno más seguro:

«Solo acepto hacer trabajos si me parecen lo suficientemente interesantes. Y por supuesto no hago nada ilegal».

«Define interesante», le pidió David.

«Que supongan un reto, que no se pueda conseguir mediante programas sencillos, que no se haya hecho antes...».

«Créeme, si se pudiera conseguir la información que necesito de forma convencional no estaría planteándome contratar a una experta tan cara como supongo que serás tú. En cuanto a si supone un reto, júzgalo tú misma. ¿Estás libre mañana a la hora de comer?», propuso él.

Y Clara, armándose de valor, aceptó acudir a su despacho a las dos del día siguiente.

Capítulo 5

Una elección excelente

Poco después de aceptar comer con David al día siguiente, Clara llamó a Jazz, al que puso al corriente de la situación.

—Di. Que. Sí. —fue su inmediata respuesta en cuanto mencionó la posibilidad de convertirse en amante del tercer Ángel.

—¿Por qué no me sorprende que digas eso? —bufó Clara, molesta porque, para variar, su amigo no había tenido en cuenta todas las implicaciones del asunto.

—¿Porque cualquier ser humano en sus cabales sería estúpido si dijera otra cosa?

—Lo que sería estúpido sería aceptar sin pensárselo antes, Jazz —afirmó la joven, con una lista de pros y contras, recién empezada, en la mano.

—Vamos a ver, Clarita, cariño —respondió Jazz, con tono paciente, como si hablara con una niña cabezona—. Un tío que, según se dice por ahí, es una verdadera bomba sexual, y que te atrae muchísimo, te propone una relación sana y sin complicaciones. ¿Qué hay que pensarse?

—Pues...

—Y más —la cortó su amigo—, si tenemos en cuenta que llevas meses sin tener una relación satisfactoria con un tío porque eres tan pavisosa que no consigues salir a ligar por ahí sin sufrir una crisis nerviosa y solo quedas con la gente rara que conoces por internet o los payasos que esas agencias de citas dicen que son compatibles contigo.

—¡Tampoco son tan malos! —protesto ella, con tono poco convincente. Lo cierto era que llevaba tantos desastres acumulados en terreno de las citas que había perdido la cuenta. De hecho, cada vez tenía menos porque, ya antes de empezar, sabía lo mal que iban a acabar y ni siquiera les daba una oportunidad.

—Oh, por favor, Clara, que nos conocemos. ¿Cuánto hace que no tienes un orgasmo? —preguntó Jazz y, como la conocía, añadió—: ¡Y no valen los que te provocas tú solita o con tus juguetitos!

—Vale, hace bastante —tuvo que admitir Clara, aunque con vaguedad. No era necesario decir que los pocos con los que había considerado aceptable ir más allá de una relación intelectual no habían pasado, en

muchos casos, de un primer y último beso desastroso.

—Si ni siquiera eres capaz de darme un número, es que hace una eternidad. Así que ponte tu disfraz de superheroína dominatrix y date una alegría —ordenó él.

—Nada me asegura que con él vaya a ser diferente —protestó Clara, aunque esa frase no se la creía ni ella. Desde luego, aunque solo fuera por lo atraída que se sentía por él y cómo reaccionaba su cuerpo a su mera presencia, tenía que ser muy malo en la cama para que ella no disfrutara. Y, por lo que se oía por ahí, no era el caso.

—Venga ya, ambos sabemos la fama que tiene —bufó Jazz, como leyéndole la mente—. Y además, si no fuera bueno, o te cansas de juegucitos, simplemente dejas de acostarte con él y punto. Eso es lo que significa una relación abierta e informal.

—¿Y cómo iba a tratar con él después de eso? —expresó por fin ella su mayor miedo.

—Dios, Clara, pues como si nada. ¿Qué importancia tiene que te haya visto desnuda, o lo que hayas hecho en la cama con él? —Jazz estaba un poco harto de insistir sobre lo mismo una y otra vez, pero no pensaba dejar de hacerlo hasta que ella se convenciera—. Ese es tu problema, querida, quieres un romance fantástico pero eres incapaz de tratar con cualquiera con el que te acuestes una vez pasado el calentón. Así nunca vas a conseguirlo, no estamos al principio del siglo pasado, así que lo normal es que el sexo entre en la ecuación mucho antes de que ambos estéis enamoradísimos y decidáis pasar el resto de vuestra vida juntos.

—No puedo evitar ser tímida —se excusó ella.

—Eso no es timidez, Clara, es algo mucho más grave. Y ahora tienes la ocasión perfecta para superarlo. Piénsalo bien. Pase lo que pase, es improbable que tengas que volver a verle después de la boda y de acabar el encargo, si es que lo aceptas... salvo que los dos queráis, por supuesto. Apuesto a que Adela te ha dicho algo similar.

—No se lo he comentado todavía. Quiero tomar una decisión antes de hablar con ella, o se pensará que soy una histérica insegura —dijo Clara. Ya le había dado la brasa el día anterior con lo de David, no quería volver a hacerlo hasta tener las cosas algo más claras.

—Eres una insegura que alcanza considerables niveles de histeria cuando tiene que tratar con otras personas fuera de su zona de confort—puntualizó Jazz—. Pero te queremos.

—Ya. Me aguantáis demasiadas tonterías como para no quererme.

—Bah, tú también nos las aguantas a nosotros. Así que, ¿qué vas a hacer? —se interesó su amigo.

—No lo sé. De momento, veremos cómo va todo en la comida de mañana —dijo ella

Postergaba así la decisión unas cuantas horas más. Y tampoco tuvo tiempo que volver a pensar en sus dudas en un buen rato, porque su amigo se puso a divagar sobre lo que tenía que ponerse y pronto la elección de su atuendo, que debía ser profesional pero darle seguridad y resultar al menos un poco *sexy*, ocupó todos sus pensamientos.

Al día siguiente, David repasaba unos informes por videoconferencia con el equipo directivo de uno de sus hoteles en Haway cuando su secretario, Tobías, le indicó que Clara había llegado. Le pidió que la hiciera pasar y, mientras lo hacía, acabó con rapidez su conversación y despejó un poco su mesa, que a lo largo de la mañana se había cubierto de papeles.

—Buenas tardes, Clara. Hemos tenido dos o tres crisis esta mañana y se me acumula el trabajo. ¿Te importa que comamos en el despacho? —preguntó, bastante agobiado. Había reservado mesa para ambos en un restaurante cercano, pero sabía que, si salían, era probable que coincidiera con alguien y que no pudiera volver al trabajo hasta varias horas después. No obstante, al ver que ella estaba bastante cortada y que aún no había abierto la boca, rectificó —: Aunque, si te vas a sentir incómoda, estamos a tiempo. Tenía una reserva, de modo que no será problema si decidimos salir.

—No, no es necesario. En el despacho está bien —dijo Clara al fin. David suspiró de alivio.

—Fantástico. ¿Qué te apetece tomar? —Abrió uno de los cajones de su inmensa mesa de despacho, de la que sacó un taco de menús de todo tipo de locales—. Tengo cartas de restaurantes comida asiática, vegetariana o mediterránea. Y, por supuesto, de otros más tradicionales.

—Pues... no tengo ni idea. Lo que tú pidas estará bien —respondió ella. Miró los menús que le ofrecía como si no supiera qué hacer con ellos.

—¿Seguro que no tienes ninguna preferencia? —David se encogió de

hombros—. Generalmente pido mi plato favorito de la primera carta que pillo al azar.

—¿Es que haces esto a menudo? —se interesó Clara.

—Solo cuando no tengo una comida ineludible y estoy muy ocupado. —Dicho esto, David soltó una carcajada—. Aunque claro, eso pasa al menos una vez a la semana.

—Si.. si quieres lo dejamos para otro día —le ofreció Clara, tartamudeando un poco.

—¿Qué? ¡No! No tiene importancia, y nada asegura que la próxima vez no pase lo mismo —se apresuró a contestar David, que se dio una bofetada mental por espantarla—. Además, una de las crisis tiene relación con la empresa que necesita de tus servicios. Pero antes será mejor que pidamos la comida.

Como no parecía que ella fuera a tomar la iniciativa, escogió una de las cartas al azar y se la tendió.

—No sabía que este restaurante diera comidas a domicilio —dijo ella. Miró con los ojos como platos el menú, que pertenecía a uno de los sitios más exclusivos de la zona.

—No lo hacen. —David enrojeció un poco y se encogió de hombros—. Una de las ventajas de ser yo es que muchos están dispuestos a hacer excepciones conmigo.

—Pero seguro que quieren algo a cambio.

—En este caso, con que no deje de ir de vez en cuando al restaurante en persona es suficiente —respondió David, algo sorprendido porque se hubiera dado cuenta a la primera en vez de decir que tenía mucha suerte por ese trato de favor.

—Aun así tendrás que tener cuidado con esa clase de cosas, ¿no?

—Sí. Supongo que todo está en valorar si me compensa o no aceptar favores. Por ejemplo, a este restaurante iba a ir de todos modos, porque es el sitio favorito de algunos de mis clientes y socios, así que me interesa.

—Debe ser un asco tener que estar en guardia y calcular todo el rato lo que otros pueden querer a cambio de actos supuestamente desinteresados.

—Estoy acostumbrado. —David soltó una carcajada, algo forzada, y cambió de tema—: ¿Te has decidido ya?

Clara le hizo preguntas sobre qué eran algunos de los platos que aparecían en el menú y David asintió con aprobación al ver que pedía

lo que le apetecía de verdad, en vez de lo más barato o lo más caro. Una vez eligieron, mandaron a Tobías a recoger el pedido y se quedaron mirándose en silencio el uno a la otra.

—Bueno, tardará una media hora, más o menos, y entre tanto puedo ponerte al corriente de lo que necesito de ti —cortó el hielo él por fin—. Básicamente, lo que ocurre es que alguien está saboteando una de mis empresas más prometedoras, Natutel, y quiero saber quién es.

—¿Qué te hace pensar en un sabotaje? —preguntó Clara. En alguna ocasión, se había encontrado con clientes que creían que sus malas decisiones empresariales o la mala suerte eran un intento de otros por hundirles, así que su primera reacción era siempre dudar de esa afirmación.

—Cada vez que hace amago de despegar ocurre algún desastre que lo impide —explicó David.

—¿Y no puede ser que simplemente se deba a la mala suerte? —insistió ella, no muy convencida y sin decir la otra posibilidad más probable para no ofenderle.

—Clara, llevo desde los dieciocho años dirigiendo empresas, me formo para dirigirlas desde los dieciséis y he estado aprendiendo cómo funcionan desde que tengo uso de razón. Si algo he interiorizado en todo este tiempo es que la suerte es algo marginal —respondió él, serio—. Una catástrofe significa que has tenido mala suerte. Dos, que tienes una mala racha. Pero tres huelen a chamusquina, y esa empresa en concreto ya ha sufrido cuatro.

»El problema es que son situaciones muy diferentes entre sí, desde filtraciones de datos hasta políticas desfavorables. Aunque sé que hay un hilo conductor, que es evitar que Natutel crezca al ritmo que debería crecer, no soy capaz de ir más allá. Simplemente, no tengo las herramientas ni el tiempo necesario para investigarlo a fondo. Pero el asunto me escama porque, más allá de la pérdida de beneficios, estoy seguro de que mi saboteador tiene un topo infiltrado entre mis empleados.

—¿Dices que a pesar de todo la empresa sigue creciendo? —quiso aclarar Clara. El proyecto le empezaba a sonar mejor y más interesante.

—Muchos puntos porcentuales por debajo de lo esperado, me temo. Es un crecimiento que, expresado en porcentajes, resulta hasta ridículo,

cuando debería aumentar su tamaño a cosa del veinte por ciento anual, según las estimaciones más conservadoras. Lo que me da mucha información —continuó explicándole David—. De entrada, que el saboteador tiene bastante poder, pero no forma parte de un lobby o no hace uso de su influencia para este asunto, quizás porque no le interesa hacer nada drástico que llame mi atención. Después de todo, como tú misma has dicho, todo se puede deber a la mala suerte y, si usara la influencia de un grupo, no sería tan sencillo ocultar su rastro. Además, si tenemos en cuenta que sus acciones no son nunca tan malas como para acabar con mi empresa, o incluso para que tenga pérdidas, una de dos, o es un estratega pésimo con muy mala suerte o tenemos un pequeño misterio a la vista.

—Es muy extraño, sí —reflexionó Clara. No tenía mucho sentido que alguien intentara sabotearle, pero no demasiado. Como tampoco que un saboteador tuviera mala suerte tantas veces seguidas.

—Supongo que lo entenderemos cuando descubras su identidad —dijo David con tono despreocupado mientras se encogía de hombros y le guiñaba un ojo.

—Das por sentado que he aceptado el trabajo —se mosqueó ella.

—Venga ya, Clara. He despertado tu interés y estoy dispuesto a pagarte muy bien. Claro que aceptas el trabajo.

Ante su tono confiado, ella no pudo sino rendirse:

—Me has calado. Ahora mis condiciones. Quiero acceso a todos los datos que te pida, desde informes de personal hasta los correos electrónicos internos y externos, quién accede a qué información y cuándo... ese tipo de cosas. Firmaré un acuerdo de confidencialidad, por supuesto.

—Ya me lo imaginaba. Mis abogados tendrán la documentación en breve, pero me fío de ti y creo que deberíamos ir empezando. —David le tendió un dispositivo de memoria—. Con esto tendrás lo suficiente para arrancar, espero. Son todos los informes que manejamos, además de la narración detallada de los sabotajes, con toda la información que he podido reunir... —explicó, aunque él también tenía condiciones que imponer—: Solo hay un pequeño inconveniente. No hay problema con proporcionarte los datos que pidas, pero si son sensibles tendrás que acceder a ellos y tratarlos desde aquí. Aunque sea el jefe, hay ciertas normas que no me puedo saltar.

—No tengo inconveniente. Aunque, si no voy a poder trabajar con mi equipo, necesitaré que me proporcionéis como mínimo un despacho para mí sola, un ordenador potente y libre de virus y un par de pantallas — negoció Clara.

—Eso y cualquier otro trasto o licencia de software que necesites — le prometió él. Con la intuición de que las condiciones de Clara no se limitaban al acceso ilimitado a sus datos, preguntó—: ¿Alguna cosa más?

—Nada de meterme prisa. —Antes de que pudiera protestar, Clara añadió—: Sé que es importante tenerlo cuanto antes. Puedes estar seguro de que le daré prioridad máxima en todo momento, pero los datos tardan en procesarse lo que tardan en procesarse y la parte que está en mi mano requiere ser sistemático. Apresurarse significa dejar datos relevantes fuera, cometer errores en la clasificación y mil problemas más que harán que se pierda aún más tiempo y que el margen de confianza de mis conclusiones sea menos fiable.

—En fin, qué remedio. Tendré que fiarme de ti. —David sonrió y, aunque ya le había dado buena parte de la información en el *pendrive*, siguió dándole todo tipo de detalles sobre Natutel, su competencia, sus proveedores y todos los problemas que había tenido hasta el momento, con una breve interrupción cuando su secretario llegó con la comida. Adela había acertado cuando dijo que, si quería comer con ella para hablar de negocios, se ceñiría al tema: no se desvió del mismo ni una pizca, salvo para asegurarse de que disfrutaba de la comida.

Gracias a eso, y a que el proyecto iba a suponer un interesante reto, lo que hacía que centrara toda su atención en lo que él le estaba contando, Clara se sentía cómoda. Sorprendentemente cómoda, si se tenía en cuenta que estaba frente a un hombre que le había propuesto ser amantes, que no hacía mucho la había insultado y al que había hecho pasar una mala noche como venganza.

David acabó su exposición de los hechos poco antes de empezar con el postre y, cuando le ofreció la mejor *mousse* de chocolate que había probado nunca, Clara decidió que iba a aceptar su proposición. Sin embargo, no encontraba el momento de sacar el tema, así que siguió haciéndole algunas preguntas para cerrar todos los flecos posibles antes de presentarle un presupuesto y una propuesta formal. Acabadas sus preguntas, empezó a ponerse nerviosa porque estaba claro que la reunión

no tardaría en acabar. Por supuesto, David, que era un anfitrión intachable cuando quería, se dio cuenta y le preguntó qué ocurría.

Clara se puso roja como nunca; para variar, le asaltaba la timidez en el peor momento, pero aun así se las arregló para responder:

—Pues... es que... sobre lo otro que hablamos en el mail... me gustaría decirte que me parece bien.

—Ah. —David suspiró—. Eres una mujer complicada, Clara. ¡Ya pensaba que había hecho algo para ponerte nerviosa! Llámame cuadrulado, pero prefiero mantener mi vida privada y la profesional lo más separadas posible. ¿Qué te parece si quedamos esta noche y hablamos de ello con tranquilidad?

—¿No estás demasiado ocupado? —preguntó ella. Si habían tenido que comer en el despacho para no tener que perder tiempo si salían, no quería robarle más con una cena.

—Ahora mismo sí pero, después de que me empezara a salir un tic por trabajar demasiado, decidí que de ocho de la tarde a ocho de la mañana no existo para mis empresas salvo que haya un cataclismo irresoluble para cualquiera que no sea yo —le explicó él, omitiendo que, cuando quería huir de los problemas personales, se saltaba esa norma y se refugiaba en su trabajo—. Si te parece bien, esta noche soy todo tuyo —finalizó, con un guiño de ojo.

Su sonrisa picarona hizo que Clara se sintiera como un helado al sol en plena ola de calor, así que, dado que su timidez seguía con su ataque imparable, asintió en silencio, murmuró algo parecido a un «Entonces hasta esta noche» y salió del despacho apresuradamente, lo que dejó al joven empresario de lo más desconcertado.

Solo cuando se sintió a salvo al cerrarse las puertas del ascensor y se relajó un poco se dio cuenta del gran avance que acababa de hacer. No era como si le hubiera hecho la proposición, pero tampoco había esperado a que David volviera a sacar el tema para decirle que sí. Aunque casi no podía creerlo, había sido ella, por iniciativa propia, quien lo había mencionado.

Eso, para ella, había sido casi impensable hasta hacía bien poco, así que se apresuró a sacar su móvil para darle la noticia a Jazz. No obstante, como no cogía el teléfono, tuvo que dejarle un mensaje de voz contándoselo todo. Ya estaba a punto de llegar a casa cuando recibió la respuesta de su amigo:

«Aleluya». Segundos después, entró otro mensaje: «¿Te has depilado?».

—Mierda —gruñó ella. Sí que lo había hecho, hacía un par de días, pero solo con cuchilla y de forma superficial, en las zonas más visibles. Aunque todavía no se veían los pelos a no ser que tuvieras una vista de halcón, algo raspaba al tacto y, desde luego, si la noche iba como esperaba, quedaría al descubierto la parte que no había visto una cuchilla en mucho tiempo.

Para colmo, de pronto cayó en que su único conjunto de ropa interior bonita seguía en el cesto de la ropa sucia. Como no tenía ninguna intención de presentarse a su cita con un sujetador deportivo y unas bragas cómodas pero feas, mandó un mensaje rápido a Jazz diciéndole que se iba de compras y llamó a Adela para que se reuniera con ella de forma urgente en el centro comercial más cercano. Necesitaba contárselo todo y, de paso, ella podría asesorarla sobre qué tipo de conjunto elegir.

Su amiga llegó antes que ella y, al verla aparecer tan agitada, no pudo evitar pensar que había pasado algo grave. Al menos, hasta que Clara, de forma atropellada, le contó todo.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Adela, que observaba a Clara entre divertida y desconcertada—. David te contestó que no había pensado en acostarse contigo pero que no era mala idea, os habéis visto a la hora de comer y has decidido aceptar. —La programadora asintió—. ¿Y hemos quedado aquí por algo en particular? —preguntó la joven, que conocía la aversión de Clara por los centros comerciales y sabía que su amiga todavía tenía unos cuantos cosplays de los que habían elegido para ella en la recámara.

—Bueno... me conozco, y sé que, como no os tenga a ti o a Jazz encima, saldré de la tienda de lencería con el conjunto más cómodo, que resultará ser el menos sexy. Bastante tengo con mi estúpida timidez, me gustaría compensarlo con algo... atrevido —se explicó ella.

—Vaya, estás avanzando —se sorprendió Adela—. Al final va a tener razón Jazz, vas a superar tu problemilla a base de cambios en tu vestuario.

—El otro día funcionó. Y hace un rato también. —Señaló el traje que se había puesto ese mismo día, sacado de un disfraz de *woman in black*, y que aún no se había cambiado—. No sería de extrañar que funcionara también con la ropa interior.

—Ya, bueno, pero en algún momento tendrás que desnudarte, ¿no te parece? —dijo Adela, preocupada por la posibilidad de que, en ese momento crucial, su amiga perdiera todo el empuje—. Y no creo que David sea de los que apagan la luz.

—Eh, bueno... —Clara se sonrojó algo más—. Espero que, para cuando llegue ese momento, estaré centrada en otras cosas más interesantes.

Adela soltó una carcajada y pegó un rápido achuchón a su amiga.

—Me encanta esa nueva actitud.

Ambas se encaminaron a la tienda de lencería fina más prestigiosa del recinto y Clara se puso en manos de la dependienta, que de inmediato empezó a sacar decenas de modelos de su talla, instándole a que se pusiera los sujetadores para ver qué tal le quedaban. La joven, saturada, los miró al borde del pánico, pero por suerte Adela se hizo cargo de la situación.

—¿Qué quieres, sexy inocente o sexy más tirando a *femme fatale*?

—¿No hay un término medio? —preguntó la joven, y le entregó, o más bien le lanzó, las prendas a Adela.

—Captado. Entonces podemos prescindir de estos. —Adela, divertida, miró todos los modelos y apartó todos menos tres, que fueron los que finalmente se probó su amiga.

—Me quedan todos bien —suspiró Clara una vez que acabó—. ¿Cuál cojo?

—¿Es que solo piensas acostarte con David una vez? Porque, si pretendes hacerlo más veces, yo diría que tienes que coger al menos esos tres.

—¿Estás de broma? —preguntó Clara, horrorizada, y agitó la prenda que llevaba en la mano—. Solo este sujetador cuesta más que toda la ropa interior que he comprado en los últimos cinco años junta. Y, si le añadimos la braguita a juego, mejor no hablamos.

—Clara, no me seas rúcana, que ganas una pasta gansa con tus trabajos —se exasperó Adela.

—No me malinterpretes, no es por el precio —se explicó la programadora—. Es simplemente que son un exceso consumista, y en el fondo hacen la misma función que la ropa interior normal.

—¿La ropa interior normal te hace sentir sexy y segura de ti misma? —preguntó Adela, con un alzamiento de ceja.

—No, pero...

—Pero nada —la cortó su amiga—. Considéralo una inversión en tu lucha contra la timidez. No te arrepentirás.

—Seguro —dijo Clara con sarcasmo. No obstante, entregó todas las prendas a la dependienta y le tendió su tarjeta de crédito sin una sola queja más.

—¿Te has depilado? —le preguntó Adela cuando salieron de la tienda y comenzaron a caminar por el centro comercial.

—Luego me paso la cuchilla. —Clara puso los ojos en blanco cuando Adela hizo amago de transmitirle las virtudes de la cera—. La cera duele, y a la semana te pican las piernas, por no hablar de que se tarda más. Ahora, como él no esté depilado, ten por seguro que vamos a tener que negociar ese punto. Si yo pierdo horas de mi valioso tiempo quitándome pelos más a menudo de lo normal para no pinchar, él también.

—¡No le irás a decir eso en vuestra primera cita! —se horrorizó Adela.

—Claro que no —la tranquilizó Clara—. Primero tengo que comprobar cómo es en la cama para ver si merece la pena y puede ir para largo. No tiene sentido hablar de esa clase de cosas si decido que no vamos a repetirlo.

—Menos mal —suspiró su amiga—. Por un momento pensé que ibas a caer en el autosabotaje.

—No hace falta caer en eso —afirmó la programadora, en tono resignado y pesimista, mientras salían de la tienda—. Si no salen espantados por mi timidez, generalmente se sabotean solos antes, durante o después del sexo. Lo que disminuye mis ganas de soportar una segunda cita, si es que la quieren tener. Así que les bloqueo en todas partes y evito volver a cruzarme con ellos.

—Pero a David le vas a volver a ver, eso es un avance. —Adela sonrió, contenta por su amiga—. Qué orgullosa estoy.

—Bueno... aparte de que lo de la ropa funciona... es un acto de fe. Solo espero que merezca la pena. —La última frase de Clara casi sonó como una plegaria. Luego se encogió de hombros—. De todas formas, es una relación con fecha de caducidad. Si la cosa sale mal demasiado pronto, siempre me quedará el consuelo de que, una vez acabado mi proyecto y superada la boda, no tendré que volver a verle.

—¿Y si queréis seguir una vez que esas fechas pasen? —anticipó Adela. Algo le decía que, a pesar de los caracteres de los dos, o quizás debido a ellos, la cosa podía funcionar.

—Mejor no nos vayamos con previsiones tan alejadas en el tiempo y tan optimistas. En unos pocos meses pueden ocurrir toda clase de desastres, y más si se trata de un tipo como David —dijo Clara, dispuesta a ir paso a paso y vivir al día por una vez en su vida. Con alguien como él, era mejor no esperar nada y, de todos modos, eso era lo que necesitaba ella en ese momento.

—Está bien —cedió Adela. Luego, miró el reloj y preguntó—: ¿A qué hora habéis quedado?

Clara se paró en seco y cayó en la cuenta de que, como se había marchado del despacho de David de forma tan apresurada, no habían concretado ni hora ni lugar.

—Ahora que lo dices, no tengo ni idea —confesó.

—Saliste huyendo —afirmó, más que preguntó, Adela.

—No... bueno, quizás un poco. Pero yo fui la que sacó el tema —dijo la joven, orgullosa de esa parte—. Aunque él trabaja hasta las ocho, así que imagino que debería estar lista para esa hora, por si las moscas.

—Pues, si es así y todavía tienes que pasarte la cuchilla y elegir lo que te vas a poner, vas un poquito pillada. Yo tengo una cena dentro de un rato pero, como Charles estará cubriendo el frente, puedo permitirme llegar un poco tarde y echarte un cable —le propuso la futura novia.

—No te preocupes, ya tengo más o menos claro lo que me voy a poner —mintió Clara. No quería que su amiga llegara tarde por su culpa: si ambas tenían algo en común, era que valoraban la puntualidad.

Adela no pareció muy convencida, pero la joven se mantuvo firme y no tardó en despedirse y correr a casa, dispuesta a prepararse para su cita antes de que David también cayera en la cuenta de que no habían concretado nada y se pusiera en contacto con ella.

Por desgracia, se encontró con un tremendo atasco que hizo que llegara a casa bastante más tarde de lo previsto. «Si ya iba pillada antes, ahora lo voy más», dijo para sí, resignada. Estaba empezando a quitarse pelos, descalza y con las piernas llenas de espuma, cuando él llamó.

Clara, con un ataque de pánico, contestó el teléfono con una mano mientras con la otra se pasaba la cuchilla a toda velocidad, lo que hizo que su voz sonara más nerviosa, forzada y apresurada de lo habitual.

—Hola, David, ya imagino para lo que llamas. ¡Salí disparada!

—Y tanto. —David, que había llamado nada más dar las ocho en punto aunque llevaba toda la tarde rememorando con desconcierto la huida de Clara y con ganas de llamarla, se estiró como un gato en el sillón—. Acabo de dar por finalizado el trabajo de hoy, ¿quieres que pase a recogerte o...

—¡No! —casi gritó Clara. Todavía necesitaba, por lo menos, media hora hasta estar presentable y, si iba directo desde la oficina, no tardaría más de veinte minutos en presentarse en su puerta—. He tenido que salir a hacer un par de recados... ¿te importaría que lo dejemos para dentro de una hora, o así? Aunque no quiero hacerte esperar mucho, cuarenta minutos serán suficientes... —Luego pensó en el desorden de su casa y en que no podía arriesgarse a que él subiera y lo viera todo así—. Tampoco hace falta que vengas a recogerme, podemos quedar por el centro, aunque si tienes otra cosa pensada yo podría...

—En el centro está bien —la cortó David, al notarla cada vez más nerviosa. La quería cómoda y predispuesta, así que haría lo necesario para que se calmara un poco—. Y dentro de una hora me viene casi mejor, así me da tiempo a ir a casa, darme una ducha rápida y cambiarme esta ropa tan formal —añadió. Tenía baño con ducha y ropa para cambiarse en su propio despacho, pero no era necesario decírselo, no fuera que se sintiera mal por hacerle esperar.

Algo más tranquila, aunque no del todo, Clara aceptó y concretaron el lugar exacto donde se encontrarían antes de colgar. Ella, nada más hacerlo, se apresuró a acabar con la depilación y a buscar el *cosplay* apropiado para esa noche.

David, por su parte, se dio una ducha en su despacho, se cambió de ropa e hizo tiempo llamando a Charles para informarle de lo que, esperaba, iba a ocurrir esa noche. No quería que pensara que hacía las cosas a sus espaldas, aunque le dejó claro que, por muy amigos que fueran, no tenía derecho a vetar a Clara de su lista de potenciales amantes solo porque no quería arriesgarse a un conflicto con Adela si todo salía mal

Su amigo, que ya había hablado con su prometida del tema, se abstuvo de hacerle ninguna advertencia y le deseó una buena noche. Esto dejó un

poco descolocado a David, que esperaba otra reprimenda. No obstante, no le dio muchas más vueltas, porque tenía cosas más interesantes en las que pensar.

Tras colgar el teléfono, decidió ir al centro dando un paseo y, a pesar de que llegó diez minutos antes de la hora acordada, ella ya estaba allí, apoyada en una pared mientras leía un libro electrónico. David se permitió el lujo de observarla con detenimiento. Aunque no era una belleza al uso, había en ella algo especial, acentuado quizás por la ropa que llevaba, atípica pero interesante. «Justo como ella», pensó, deseoso por descubrir el misterio de su forma de ser.

—¿Llevas aquí mucho rato? —preguntó al acercarse. Clara pegó un bote y casi tiró el dispositivo. Él observó fascinado cómo ella enrojecía, respiraba hondo y finalmente recobraba el control sobre sí misma, todo en apenas un par segundos.

—Unas diez páginas. —Clara apagó el e-reader y miró su reloj—. Llegas pronto.

—Prefiero esperar que hacer esperar.

—Yo también. —Su futura amante sonrió con timidez y añadió—: ¿Dónde vamos?

—Donde tú quieras —le ofreció David—. He pensado que quizás valorarías la posibilidad de elegir el terreno.

—Gracias. La mayoría de los hombres con los que he salido nunca tuvieron ese detalle —dijo ella, con sinceridad. David se preguntó qué clase de imbéciles no pensaban en que una persona tan tímida necesitaba estar en un entorno cómodo. No obstante, ella volvió a ponerse nerviosa—. Pero no conozco ningún sitio adecuado por la zona.

—¿Eso significa que conoces algún sitio inadecuado? Son mis preferidos —respondió él, con tono insinuante.

—Bueno... —Un gesto de picardía se combinó con su sonrisa de timidez—. Puede que tu definición de inadecuado no coincida con la mía... Pero es posible que conozca un sitio que encaja con ambas.

—Has conseguido intrigarme —dijo David.

La acompañó a través de varias calles hasta llegar a un callejón oscuro que, a pesar de que la zona no era peligrosa, no tenía muy buena pinta. Clara se acercó entonces a una puerta de metal y golpeó tres veces.

—Contraseña —ordenó una voz tenebrosa.

Si no fuera porque estaba con una mujer que no parecía de las que te llevan a sitios peligrosos y de dudosa reputación, David hubiera salido pitando en ese mismo momento.

—*Free in the dark* —dijo ella con voz firme. De inmediato, la puerta se abrió y pudieron pasar a una sala en semipenumbra, donde un hombre vestido con chaqué les recibió:

—Han tenido suerte, tenemos una mesa. Si son tan amables de ponerse cómodos, no tardaremos en preparársela —les invitó a tomar asiento en unos cómodos puffs que había en el lateral de la sala y, tras ponerse una extraña máscara, desapareció por una de las puertas.

—Esto... ¿Dónde estamos? —preguntó David, muerto de curiosidad.

—Es un restaurante clandestino —le explicó Clara—. Legal, por supuesto, pero no se anuncia y funciona a través del boca-oído.

—¿Y es inadecuado porque...

—Porque una vez atravesemos esa puerta —señaló donde había desaparecido el hombre— estaremos completamente a oscuras.

Una infinidad de posibilidades eróticas pasaron por la mente de David como un relámpago y soltó una carcajada.

—Así que a oscuras... qué pilla.

—Bueno, no se puede ser totalmente indecoroso, dado que los camareros lo pueden ver todo con sus gafas especiales... —A pesar de la casi oscuridad, pudo notar su sonrojo—. Pero aun así es toda una experiencia.

—No lo dudo —sonrió y le hizo un elegante besamanos—. Una elección excelente. Me encanta.

Justo en ese momento, reapareció el camarero que, sin quitarse la máscara, les tendió la mano. Clara cogió la de David y agarró también la del camarero, formando así una especie de trencito. Gracias a ello, pudieron avanzar por la oscura habitación hasta su mesa, donde les ayudaron a sentarse y les indicaron dónde estaba cada cosa. Tras preguntarles qué querían beber y si tenían alergia a algún alimento, les dejaron solos. David se dio cuenta de que no se habían soltado y de que estaban muy cerca.

—¿Cómo conociste este lugar? —preguntó, intrigado, mientras acariciaba las manos de Clara con pequeños círculos, sorprendido por cómo se habían intensificado todos sus sentidos por la falta de luz.

—Te sorprenderías de lo que se encuentra uno en internet cuando

busca planes que se salgan de lo típico —respondió ella, que también comenzó a acariciarle, primero titubeante pero luego de forma cada vez más atrevida—. Siempre he querido venir con alguien. Así es mucho más estimulante.

—Ya lo creo —les interrumpieron un momento para servirles el vino y el primer plato.

—Mmm... delicioso —la oyó decir. David no se pudo resistir y buscó sus labios para probarlo directamente en su boca.

—Realmente delicioso —susurró en el oído de Clara cuando se separó. La sintió estremecerse un poco, y jadear, antes de que ella volviera a besarle. No calculó bien a la primera y le acertó en la nariz, pero pronto dio con la ruta adecuada hasta sus labios. Sus lenguas se entrelazaron unos segundos, hasta que David se sintió al borde de su autocontrol—. Como no nos lo tomemos con más calma, esos camareros presenciarán una escena demasiado indecorosa.

Ambos se centraron en su comida, que estaba diseñada para explotar al máximo su sentido del gusto y del olfato. Sin embargo, no dejaron en ningún momento de tocarse. El ambiente de completa oscuridad les llevaba a ser muchísimo más atrevidos. Además, saber que los camareros podían estar observando no solo daba mucho morbo, sino que se las tenían que ingeniar para no sobrepasar ciertos límites o hacerlo sin que les pillaran, aunque no podían ver dónde estaban los posibles observadores, ni les intuían hasta que se les acercaban con los platos. En la vida habían estado tan calientes, y además era divertido.

Cuando se acabaron los postres y fueron conducidos de nuevo por el camarero a través de la sala hasta el vestíbulo, David no se pudo contener más: la besó apasionadamente y dijo:

—Por favor, dime que quieres venir a mi casa.

—Quiero ir a tu casa —respondió ella de inmediato.

No titubeó ni enrojeció al decirlo; le deseaba tanto que su timidez había quedado ahogada en un mar de pasión. Ni en sus planes más optimistas había anticipado estar tan excitada o que las caricias y besos de David fueran tan hábiles.

Debido a eso, no parecía capaz de concentrarse en otra cosa que no fuera explorar su cuerpo. Solo recuperó un poco el control cuando David quiso pagar la cena. Se hubiera sentido incómoda si lo hubiera hecho, así que insistió en pagar ella. Él supo darse cuenta de sus sentimientos,

aceptando que tendiera su tarjeta al camarero sin protestar. Clara, agradecida por su consideración, le deseó aún más y, en cuanto salieron del restaurante, volvieron a besarse.

El chófer que había pedido David mientras ella pagaba no tardó demasiado en llegar, lo que fue muy afortunado, porque de lo contrario habrían acabado dando el espectáculo en plena calle. También fue un acierto por parte de él que hubiera pedido uno con cristales tintados entre los pasajeros y el conductor, porque parecían dos adolescentes incapaces de controlarse. Ni siquiera les importó que, en el ascensor, hubiera un matrimonio de ancianos de clase alta que les clavó su mirada de desaprobación hasta que llegaron a su planta.

Pocos segundos después de entrar en el piso, estaban completamente desnudos y David, tras ponerse de rodillas, comenzó a hacer movimientos con la lengua que volvieron loca a Clara. Cuando estaba a punto de llegar al límite, él se separó de su clítoris y comenzó a ascender, besando en su camino su abdomen y sus pechos, donde se detuvo.

Clara no estaba dispuesta a esperar mucho más, de modo que comenzó a masajearle el pene y sonrió al oírle jadear. Pronto, sus caricias se volvieron más exigentes y, tras unos segundos de pausa mientras se ponía el condón, David la subió a una mesa para que estuviera más cómoda y la penetró. Comenzaron a moverse a un ritmo cada vez más frenético hasta que, primero ella y después él, llegaron a la cumbre del placer.

No obstante, eso no fue suficiente y, en cuanto estuvieron un poco más recuperados, se dirigieron a la cama y comenzaron a explorarse mutuamente, esta vez con más calma. No dejaron un rincón de sus respectivos cuerpos sin acariciar, besar o mordisquear. Esta vez, el orgasmo llegó más lentamente y fue aún más demoledor.

Al acabar, ambos se quedaron en la misma pose, saciados y tratando de recuperar el ritmo de la respiración. Sin embargo, Clara, en cuanto se le pasó un poco el calentón, comenzó a ponerse nerviosa y no tardó en enrollarse en la sábana para levantarse en busca de sus cosas.

—Si no te importa que el despertador suene a las siete de la mañana, preferiría que te quedaras —la detuvo David.

—¿En serio? —preguntó Clara. Todos los hombres con los que se había acostado, y más en la primera cita, parecían incómodos con su presencia después del sexo. Y no se podía decir que a ella no le pasara

lo mismo.

—Será mejor que nos volvamos a ver cuanto antes para que te vayas acostumbrando a mí —dijo él, estirándose de una forma muy seductora y dando dos palmaditas a su lado, en la cama King Size—. Y «cuanto antes» es por la mañana temprano.

—Qué tontería, ya estoy acostumbrada a ti —replicó ella.

—Venga ya, desde que se ha apagado tu pasión te he notado cada vez más nerviosa y ahora estás roja como un tomate otra vez. —David volvió a dar unos golpecitos en el colchón, invitándola a volver a la cama.

—No quiero ser molestia —se intentó excusar ella.

—No es molestia —respondió el joven. Como Clara aún parecía dispuesta a escapar, decidió manipularla un poco—: Al contrario. Si decides irte, me veré obligado a acompañarte hasta tu casa y perderé horas de sueño.

—No tienes que hacer tal cosa —protestó ella.

—Claro que sí —insistió David—. Puede que sea un capullo, pero soy un capullo caballeroso y no me sentiría tranquilo hasta saber que estás sana y salva.

—No eres un capullo —respondió Clara. Cuando le vio alzar una ceja, en plan sarcástico, rectificó su afirmación—: Bueno, sí, pero solo de vez en cuando y generalmente con razón.

—Contigo no tuve razón para serlo...

—Pero rectificaste a tiempo, que es lo importante.

—Entonces, ¿te quedas o me visto? —preguntó él, repentinamente cohibido, al no estar acostumbrado a que nadie le defendiera, aunque fuera ante sí mismo. Al verla dudar, añadió—: Pon todas las excusas que quieras, ya me encargo yo de refutarlas.

—Ronco —se le escapó a Clara antes de darse cuenta. Por supuesto, enrojeció aún más—. Bueno, no siempre pero...

—Tengo el sueño profundo. Y quién sabe, a lo mejor yo también ronco y formamos un coro nocturno. ¿Qué lado de la cama prefieres?

—Me da igual —cedió ella, aunque algo incómoda—. ¿Cuál prefieres tú?

—Generalmente, me despatarro en el centro, así que me adaptaré. Hay espacio más que de sobra para los dos, es una cama grande. Está pensada para hacer orgías. —Clara no sabía qué cara estaba poniendo, pero produjo una carcajada en su amante—. Es broma. Superé esa fase

antes de ser mayor de edad y te aseguro que está sobrevalorado. La compré grande porque a veces me traía el trabajo a casa y necesitaba mucho espacio para desperdigar papeles.

—Creía que no te traías el trabajo a casa —dijo ella, y decidió no discutir más, así que eligió el lado izquierdo y se metió en la cama.

—Ya no. Pero durante unos años fue una verdadera adicción. —David dio dos palmadas y la luz se apagó—. No lo digas. Ya sé que es una cutrez lo de las palmadas, pero me da pereza levantarme y el interruptor siempre acababa en un sitio incómodo y difícil de alcanzar.

—No iba a decir nada. De hecho, siempre he querido tener uno de esos, pero me da pereza buscarlos en las tiendas y siempre encuentro algo mejor que hacer cuando estoy navegando en internet —confesó Clara.

—Una de mis empresas los comercializa. Haré que te manden uno.

—Qué detalle. —Casi podía intuir su sonrisa en la oscuridad—. Pero a pesar de ello seguirás teniendo que llevar playeras blancas.

—Ya lo imaginaba. Pero pronto dejaré de llamar la atención con eso, todos lo harán —respondió David, muy seguro de sí mismo.

—Nadie va a empezar a saltarse el protocolo solo porque te vea hacerlo —bufó Clara.

—¿Apostamos? Si al menos tres personas van con zapatillas en la próxima fiesta, dejo de llevarlas —le propuso. Cuando Leo había empezado a ponerse parches para tapar la cicatriz de su cara, dos o tres idiotas le habían imitado. Generalizar las zapatillas blancas con traje de fiesta sería pan comido.

—Que sean cinco. Y no valen tus amigos. Y también está prohibido hacer campaña para que los demás las lleven —respondió ella. No sabía cómo, pero su incomodidad se había evaporado con la conversación a oscuras y pronto logró quedarse dormida.

Capítulo 6

Playeras y esmoquin

El despertador taladró los oídos de Clara. Aún sin despertar del todo, notó a David removerse e intentar pasar por encima de ella para alcanzar el aparato sin molestarla pero, de pronto, el ruido comenzó a moverse y su compañero de cama se puso a mascullar todo tipo de tacos en voz baja. Finalmente, Clara abrió los ojos y se encontró con que el joven perseguía en calzoncillos un reloj con ruedas que se movía de un lado para otro, de una forma bastante errática.

La escena resultaba tan absurda que no pudo evitar reírse y, cuando otro despertador se accionó en la otra punta de la habitación y se puso a imitar a su gemelo, sus carcajadas se hicieron más profundas. David aún tardó unos segundos más en placar los aparatos y desconectarlos, tras lo cual se la quedó mirando sentado en el suelo.

—¿Te diviertes?

—Bueno, no es la clase de escena que esperaba esta mañana —dijo ella, mientras se limpiaba las lágrimas que se le habían saltado de la risa—. No pareces la clase de persona que es incapaz de atrapar un despertador con ruedas.

—A estas horas soy incapaz de moverme sin parecer un borracho. Necesito por lo menos dos vasos de café bien cargado hasta que dejo de parecer un zombie —explicó David, con cara de sueño a pesar de la carrera—. Siento haberte despertado, pensé que el primer despertador estaba en el otro lado de la cama y lo alcanzaría a tiempo.

—No pasa nada, siempre me despierto sobre esta hora —respondió Clara. David se pasó las manos por el pelo, que estaba totalmente alborotado, en un intento de peinárselo un poco, pero solo se lo enmarañó más y sonrió con un encogimiento de hombros. Ella pensó que, al menos en el aspecto físico, David estaba lejos de parecer un zombie por las mañanas: parecía un dios hedonista recién despertado. Lo cual le recordó que ella no solía tener esa suerte—. ¿Dónde está el aseo?

Él señaló la puerta de la derecha y, envuelta en la sábana, se dirigió allí mientras recogía a su paso su ropa. Una vez dentro de ese baño que parecía sacado de una revista de decoración, se horrorizó al ver que el rímel se había corrido y parecía un mapache. Para su desgracia, el agua

solo lo empeoró.

—¿Qué te apetece desayunar? ¿Necesitas algo? —gritó David a través de la puerta.

—Supongo que es mucho pedir que tengas desmaquillador —dijo ella en voz muy baja. Sin embargo, él la oyó.

—Mira en el décimo cajón, junto a las pinturas para Halloween —le indicó, y volvió a repetir—: ¿Quieres un desayuno americano o prefieres algo dulce?

—Lo que tú tomes está bien —contestó Clara, y comenzó a rebuscar donde había dicho David. En efecto, junto al seguramente carísimo estuche de maquillaje profesional que su amante calificaba «como pinturas para Halloween», había un paquete de toallitas desmaquilladoras, de las que se apropió unas cuantas.

Una vez quedó satisfecha con su reflejo y hubo hecho sus abluciones, salió del baño y siguió el ruido hasta la cocina.

—¿Te gustan las tortitas y las tostadas? Si quieres, puedo preparar otra cosa —se ofreció él. Se había vestido ya con su traje habitual y llevaba un mandil repleto de dibujos de chefs que habían arruinado sus platos o lo habían dejado todo hecho un desastre. Casi se podía decir que era un reflejo de la realidad, porque la cocina parecía zona catastrófica a pesar de que David solo había preparado zumo de naranja, café, tostadas y tortitas.

—Así está bien, gracias —dijo algo cortada y agradecida de que se mostrara tan solícito.

—Menos mal —suspiró David—. Es lo único que sé preparar, aparte de los huevos con bacon. Y, por hacer las tortitas, se han acabado los huevos. ¿Te apetece alguna otra cosa?

—No, con esto tengo de sobra.

—¿De veras? No me cuesta nada bajar un momento a comprar algo y quiero que te sientas cómoda —insistió él, con sinceridad.

—Estoy bastante cómoda —le aseguró Clara. Sorprendentemente, era verdad. Quizás las carcajadas mañaneras le habían venido bien. Supuso que también ayudaba que él no intentara forzar una sesión de sexo matutino y que se comportara como si fuera el anfitrión de una amiga, no de una amante. Gracias a eso, ni siquiera el que la hubiera visto recién levantada y que sus ronquidos probablemente le hubieran amargado la noche le importaba demasiado en esos momentos.

David, que se había dado cuenta enseguida de que esa mañana debía descartar la seducción en favor de la comodidad de Clara, sonrió satisfecho y, mientras ponía la mesa, comenzó a contarle cómo había aprendido a cocinar:

—Charles y yo nos apuntamos a un curso de cocina para conquistar a unas chicas. Ellas abandonaron en pocos días pero, como sería una habilidad útil para conquistar a futuras parejas, decidimos continuar —rememoró él—. Charles no se saltó ni una clase, pero yo solo me molesté en aprender a preparar comidas espectaculares, llamativas... y, lo más importante, fáciles de preparar. No creí que fuera a necesitar más, pero más adelante me arrepentí.

—¿Y eso? —preguntó Clara, mientras se servía un zumo, una tortita y un café con leche.

—Hace unos años, decidí experimentar cómo vive la gente que solo cobra el sueldo base. Fue solo un mes, durante las vacaciones, pero pronto me di cuenta de que ir a restaurantes todos los días, o preparar lo poco que había aprendido en la escuela de cocina, no era una opción. Entonces me tocó aprender, como pude, a hacer comidas decentes con ingredientes más sencillos y baratos. Como estas tortitas, por ejemplo.

Ella le escuchó fascinada y probó un bocado. Entonces se percató de que había dado con uno de sus puntos flacos: puede que hubiera aprendido a hacer comidas decentes, pero no era buen cocinero. Aunque estaban tragables, eran de lejos las peores tortitas que había probado. No obstante, en vista de la capa de nata y sirope con las que las cubría David, entendía que estuvieran tan poco dulces.

—¿Y lograste pasar el mes con el sueldo base? —le preguntó Clara cuando terminó la tortita, en vez de responder a la mirada inquisitiva de David, que parecía preguntarle qué tal estaban. Por suerte, solo se había servido una y, en vez de coger otra, completó su desayuno con las tostadas.

—A duras penas, y eso que la casa es mía y no tenía que pagar hipoteca —confesó él—. Pero bueno, al menos cumplí el objetivo sin morirme de hambre ni sufrir ninguna intoxicación alimentaria, así que me doy por satisfecho.

—Es complicado vivir en la austeridad cuando estás acostumbrado a otras cosas —dijo ella, comprensiva. Cuando cumplió la mayoría de edad y decidió independizarse por completo de su madre, los primeros

meses fueron duros. Aun contando con la ayuda de su padre, acababa de empezar con sus estudios y no podía optar a ningún trabajo decente, así que tuvo que hacer malabares entre las clases y un mal pagado trabajo administrativo. Luego, cuando empezó a ganar más dinero y fue más desahogada, no volvió a los patrones anteriores; se había dado cuenta de la cantidad de gastos absurdos e innecesarios que había tenido y no quería volver a tenerlos.

—Uno no se da cuenta de la cantidad de gastos absurdos e innecesarios que tiene hasta que no se ve sin presupuesto para ellos —dijo David, como si le hubiera leído el pensamiento—. Por cierto, ¿quieres que te acerque a tu casa?

—Sí, gracias —aceptó la joven—. Si no, no me podré poner con tu presupuesto y la propuesta definitiva hasta pasadas las once.

—Entonces te haré de chófer con doble motivo.

Poco después, cuando ambos estuvieron listos, David la condujo hasta el garaje y le abrió caballerosamente la puerta del discreto coche negro —pero blindado, se fijó ella—, donde mantuvieron en todo momento una conversación cómoda y neutral que Clara agradeció, gratamente sorprendida. No hubiera esperado que él comprendiera que necesitaba algo de tiempo para procesar la noche pasada y que no deseaba que se estropeará todo hablando de ello antes de tiempo.

El trayecto hasta casa de Clara se les hizo muy corto y, cuando David aparcó en segunda fila para que ella se apeara, le pidió que le mandara la propuesta formal y el presupuesto lo antes posible para formalizarlo todo y poder empezar a trabajar en el proyecto.

—No temas, has tenido la suerte de pillarme entre encargo y encargo, así que puedo darle prioridad completa desde el principio —le aseguró ella. David, que no quería despedirse después de hablar de negocios, cambió de tema:

—A propósito. Esta noche hay una fiesta. Si quieres acompañarme, podrás comprobar de primera mano que has perdido la apuesta.

—Preferiría no ir a más fiestas snobs de las necesarias —respondió ella. Nada más decirlo, se dio cuenta de que él podía tomárselo como un insulto. Se sentía tan a gusto que ni se había percatado, y lo intentó arreglar añadiendo—: Pero gracias por la invitación.

—Te entiendo. Por desgracia, yo no tengo más opción que aceptar la mayor parte de las invitaciones. Y disfruto como un enano cuando

reparto comentarios hirientes entre esos idiotas, para qué engañarte. — David sonrió como si fuera un niño travieso y le guiñó un ojo, con complicidad—. ¿Nos vemos mañana para cenar, entonces?

—Vale —aceptó Clara, de inmediato y sin sentirse en la necesidad de darle largas, como le pasaba con otros hombres.

—¿Y cómo te demuestro que hay suficientes imitadores míos en el tema de las zapatillas? —la tanteó él, convencido de que, tras esa noche, ya no tendría que llevarlas más.

—Me fío de ti.

—De todas formas, creo que le haré alguna foto a sus pies con la cámara de mi reloj —se le ocurrió a David. No quería que dudara de su palabra.

—Como quieras. —Dicho esto, Clara sonrió e hizo amago de salir del coche, pero David la detuvo y le dio un beso suave que debería haber sido casto, pero que resultaba sugerente y terriblemente erótico. La programadora, aunque cogida por sorpresa, reaccionó de inmediato y subió la intensidad del beso, pero él le puso fin antes de que comenzaran a desmadrarse como la noche anterior.

—Hasta mañana —susurró cuando sus bocas se separaron y se removi6 en el asiento para buscar una posición que aliviara un poco la erección que le había provocado la reacción de Clara. Ella enrojeció, tartamudeó una despedida y salió del coche lo más rápido que pudo.

«También, menudo momento más absurdo elige mi timidez para salir», pensó mientras metía la llave en el portal y se apresuraba a entrar en él como si le persiguieran los jinetes del apocalipsis.

David, en cuanto vio que Clara entraba en el edificio sin incidentes, condujo a su oficina con una sonrisa de colegial. Esa noche había disfrutado más de lo que recordaba en mucho tiempo, y era incapaz de dejar de evocarle una y otra vez. Las reacciones de Clara eran interesantes y sorprendentes cuando luchaba contra la timidez, pero cuando la pasión la dominaba eran absolutamente deliciosas. Estaba claro que su principal reto mientras durara esa relación sería mantenerla en ese estado todo el tiempo posible, pero sin forzar las cosas, y procurar que se sintiera cómoda el resto. No tenía muy claro cómo iba a conservar ese equilibrio todo el rato, pero parecía que iba por buen camino y que ella estaba más que dispuesta a dejarse llevar.

Ese pensamiento le llevó a imaginar qué habría pasado si no se

hubiera detenido a tiempo en el coche, pero entonces llegó al garaje de su despacho y se dio cuenta de que tenía que pensar en otra cosa y hacer que su erección bajara antes de que alguno de sus empleados le viera de esa guisa.

Cuando recuperó su autocontrol, subió al despacho y se centró en el trabajo. Como siempre, tenía tanto que consiguió no volver a pensar en Clara hasta que ella le envió toda la documentación y él, sin salirse de lo profesional, le mandó un escueto mensaje para agradecerle su rapidez. También le puso en contacto con los responsables de las distintas áreas, desde los responsables de los contratos hasta los que se encargaban de comprar los materiales, para que hablara directamente con ellos y pudieran agilizar la puesta en marcha oficial del proyecto. Tras eso, sin dejar a su mente comenzar a divagar sobre todo lo que quería hacer con ella, volvió a centrarse en la montaña de papeleo y la maratón de reuniones que tenía pendiente.

No obstante, una vez dio por finalizada su jornada, le fue imposible quitársela de la cabeza. Incluso se sintió tentado de cancelar su compromiso y no asistir a la fiesta de esa noche, pero luego recordó que lo último que quería era agobiarla. Además, tenía una apuesta que ganar.

Clara, por su parte, encendió el ordenador nada más entrar en su casa y se dispuso a ponerse a trabajar, a pesar de que, por supuesto, tenía dos mensajes idénticos de Adela y Jazz:

«CUÉNTAMELO TODO».

Aunque sabía que sus amigos estaban deseando saber lo ocurrido la noche anterior, decidió que antes estudiaría el material que le había pasado David y le mandaría todo lo que hacía falta para poder empezar a ponerse a trabajar. No tardó en hacer una estimación de las horas que le llevaría el proyecto y en mandarle su propuesta y el presupuesto, que aceptó agradecido o antes de delegar el resto de la burocracia en sus empleados. Por suerte, estos, a sabiendas de que el proyecto era muy importante para su jefe, aun sin saber en detalle en qué consistía, fueron eficientes y no tardaron en dejarlo todo cerrado.

Hecho esto, Clara mandó un mensaje a sus amigos, como si acabara de ver los suyos, en el que les contaba brevemente lo que había pasado esa noche, sin ahondar en detalles. Por supuesto, Jazz no quedó conforme con el, según sus palabras, «birrioso mensaje», que no le parecía, ni de

lejos, suficiente para satisfacer su curiosidad. Así pues, no tardaron en programar una videoconferencia para unas horas más tarde, a eso de las nueve, porque Adela estaba ocupada con un asunto ineludible hasta poco antes de esa hora. Cuando Adela llegó a casa de Clara y se conectaron con Jazz y Marcella, la joven les explicó, un poco menos por encima, qué había pasado desde que se había despedido de Adela en el centro comercial.

—La verdad, volviendo la vista atrás, ni siquiera me reconozco —les confesó—. Me sentí segura en todo momento, hasta por la mañana. Casi como si estuviera con un amigo.

—Ah, no —le advirtió Jazz. Clara, desde luego, no había entrado en muchos detalles, pero sabía, por experiencia, que no conseguiría que contara más que lo que ya había dicho. No obstante, esa afirmación, sin tener muchos más datos, le parecía preocupante—. No caigas en el error de considerar amigo a tu amante. En el momento en que lo haces, corres el riesgo de enamorarte hasta las trancas, y no me parece que sea la clase de hombre adecuado para eso. Para tener sexo alucinante sí, para algo más no.

—He dicho que sentí casi como si estuviera con un amigo, no que le considere mi amigo —protestó ella.

—De una afirmación a otra solo hay un paso —insistió Jazz.

—Completamente de acuerdo —le reafirmó Adela.

—Bueno, entonces es una suerte que no sea mi tipo —replicó Clara, a la que le resultaba inconcebible enamorarse de alguien como David. Su hombre ideal, de hecho, era todo lo contrario a él... una persona más como ella misma.

—Tú no tienes tipo, Clarita —respondió Jazz, con un tono exageradamente exasperado.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó la joven programadora—. Tengo una larga lista desde hace años con todo lo que tiene que tener mi hombre perfecto. Y con David el único punto que se cumple es el de cuerpazo de dios griego.

—¿Y cómo es que nunca he visto ni oído hablar de esa lista? —preguntó Jazz, sospechoso.

—Porque es privada.

—¿Y cómo es que, teniendo una lista, acabas siempre saliendo con esos... individuos? —siguió con el interrogatorio su amigo, con un

fruncimiento de ceño.

—Bueno... —Clara dudó y se puso roja como un tomate—. Si no hubiera bajado un poco el listón, todavía sería virgen.

—Clara, por lo que me has contado de los tíos con los que te has acostado, casi hubiera sido mejor que hubieras seguido siendo virgen —dijo Adela, con una mano en el hombro de su amiga y lanzando una mirada de advertencia a Jazz, que sin duda estaba a punto de decir lo mismo, pero de una forma más cruda—. ¿No te han dicho que más vale sola que mal acompañada?

—Sí... pero en esos momentos me pareció buena idea acostarme con ellos. No puedes culparme por tener la esperanza de que quizás no fueran tan malos —suspiró Clara.

—Pero bueno, ¿con David estuvo bien? —aprovechó Jazz para colocar la pregunta que llevaba deseando hacer todo el día.

—Alucinante —respondió Clara, con una sonrisa de satisfacción y un asentimiento—. Y no pienso decir más.

—Como siempre, aguafiestas —dijo Jazz, que tenía más que asumido que ella no iba a dar más detalles—. ¿Cuándo vuelves a verle?

—Mañana por la noche. —Justo entonces, le llegó un mensaje de David, en el que simplemente ponía «Mis pies» con una foto adjunta de él de cintura para abajo, con las zapatillas blancas y el traje de etiqueta—. Tiene que ir a una fiesta hoy —añadió, giró el móvil para enseñárselo a Adela y lo enfocó como pudo en la *webcam* para que Jazz también pudiera verlo.

Inmediatamente después, le llegó otro mensaje con la foto de los pies de Leo, que llevaba calzado adecuado —aunque seguramente se había puesto uno de sus famosos parches—, y un pequeño texto en el que advertía que Charles no estaba.

—¿Y, si hay una fiesta, por qué no te ha invitado? —preguntó su amigo, algo mosqueado.

—Lo hizo, pero preferí no acompañarle.

—Haces bien. Esa fiesta es terriblemente aburrida. Charles y yo tenemos suerte de que ninguna de nuestras familias haga negocios con el anfitrión. —Adela miró por encima del hombro de Clara lo que había recibido—. A propósito, entiendo que te mande la foto de sus pies, pero ¿por qué también te enseña los zapatos de Leo?

—Es por lo de las zapatillas blancas. Hemos apostado que, si hay

suficiente gente que las lleva, dejará de estar obligado a ponérselas —explicó la joven programadora—. Pero le advertí que no valían sus amigos.

—Pues vas a perder la apuesta —predijo Adela—. Cuando Leo Donovan empezó a ponerse parche en el ojo para ocultar su cicatriz, una decena de idiotas no tardó en imitarle. Algunos todavía los llevan, de vez en cuando.

—Bah, no será para tanto —le quitó importancia Clara, incrédula. Justo en ese momento le llegó otra foto de tres niños con deportivas y esmoquin—. *Mecagüen*.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Acerca el móvil a la cámara, narices —se quejó Jazz.

—No es nada —le tranquilizó Adela—. Simplemente se ha dado cuenta de que ha perdido la apuesta.

—Necesitará más que un trío de bobos para dejar de llevar... —Otro mensaje con la foto de un cutre que intentaba disimular las deportivas blancas con un traje del mismo color la interrumpió—. Bueno, ya tiene cuatro. Necesita uno más. —No había acabado de decirlo y ya tenía una foto de otras dos personas, estas con deportivas de colores fosforitos—. Oh, me rindo. ¿Quién iba a decir que entre los pijos hay semejantes cutres?

—Tener dinero no significa tener buen gusto —rió Adela, acostumbrada a las extravagancias y gustos dudosos de algunos miembros de la élite—. Y demasiados se creen que su fortuna les sitúa por encima de la estética.

—Amén —sentenció Jazz.

—¿Ese amén tan tajante iba por mí? —preguntó Adela, desconfiada.

—No. Al menos, no cuando te vistes como es debido, que a veces vas como una zarrapastrosa —comenzó Jazz, empezando con la misma discusión de siempre. El joven siempre había preferido las vestimentas coloridas, mientras que Adela, siempre que podía, que era en contadas ocasiones, vestía con ropa cómoda o con atuendos originales de colores oscuros que se acercaban al look gótico.

Clara, por lo general, se ponía del lado de su amiga en estas discusiones, porque su ropa le parecía preciosa. De no haber sido porque, hasta que empezaron con el experimento de los *cosplays*, siempre intentaba llevar el look más discreto posible, no le habría importado ponerse de vez en cuando algo parecido. No obstante, esta vez les dejó discutir sin intervenir, porque estaba pendiente del teléfono. Seguía recibiendo

mensajes con los pies de la gente. Luego, cuando ya parecía que David había acabado o de immortalizar el reguero de asistentes que combinaba playeras y esmoquin, comenzó a mandarle mensajes citando a los que no tenían bastante con ir así vestidos, sino que además pregonaban lo mucho que les encantaba esa nueva moda en un intento de ganarse su favor.

«Vale, vale. Tú ganas. Ya no tienes que llevarlas», le escribió.

« :) Hablamos en otro momento, no quiero ofender a mi anfitrión con tantas miraditas al teléfono. Estoy deseando volver a quitarte la ropa», fue la respuesta de David. Aunque él no estaba presente, Clara se puso un poco nerviosa.

—¿Qué nos estamos perdiendo? —se interesó entonces Jazz, con lo que dejó a medias, al verle la cara, uno de sus discursos sobre lo importante que era rodearse de color—. O es cosa de la *webcam* o te estás poniendo roja.

—Se está poniendo roja —confirmó Adela.

—*Top secret* —se apresuró a decir Clara, y se metió el móvil en el bolsillo para evitar que su amiga le echara un vistazo—. Cambiando de tema, Adela, tenías razón. Voy a necesitar más ropa interior sexy.

Capítulo 7

Juegos de mesa interesantes

Al día siguiente, Clara se dirigió al edificio de la empresa de David y se encontró con que, tal y como había pedido, tenía su propio despacho... Que era mucho más grande de lo que esperaba o necesitaba. David se había encargado también de que sus empleados no repararan en gastos para ese proyecto y estaba equipado con los ordenadores más potentes e innovadores del mercado. Para su sorpresa, también se encontró con todos los programas que necesitaba instalados y configurados, de modo que no tuvo que perder el tiempo en eso y pudo ponerse a trabajar de inmediato adaptando un código que tenía preprogramado a los objetivos de ese proyecto concreto.

A media mañana, Tobías, el secretario de David, bajó con un sobre para ella, que contenía una nota escrita de su puño y letra que decía:

«Iba a pasarme para darte la bienvenida, pero ha surgido un asunto urgente y no podré escaparme hasta dentro de unas horas. Te llamo más tarde para fijar lo de esta noche».

A Clara la nota le pareció un bonito detalle, pero recordó que él prefería mantener separada su vida profesional de la personal. «¿Hubiera tenido intención de bajar a darme la bienvenida si no nos hubiéramos acostado juntos?», se preguntó, un poco incómoda. «No quiero que él se sienta obligado a darme un trato distinto que al del resto de sus asalariados solo porque hemos empezado... algo».

Siguió dándole vueltas a eso hasta que, a media mañana, salió del despacho en busca de un café. En la máquina coincidió con otros empleados y se enteró de que David siempre procuraba pasarse en persona para asegurarse de que las nuevas incorporaciones tenían lo necesario y se sentían a gusto, lo que descartaba un trato de favor por su parte.

Saber esto la tranquilizó un poco y pudo centrarse mejor en su trabajo, que solo interrumpió para lo más imprescindible hasta que sonó el teléfono que había en su escritorio. Estaba tan inmersa en el código que al principio no lo escuchó y, cuando se dio cuenta, dio un bote y se apresuró a cogerlo.

—¿Te llamo en mal momento? —preguntó la voz de David, al percibir el tono con el que había contestado.

—¿Eh? No, para nada. Estaba muy concentrada y el sonido me ha

descolocado—le tranquilizó ella.

—¿Algún fruto gracias a esa concentración?

—David, soy buena, pero no hago milagros —respondió Clara, muy seria, ya que era la mejor forma de tratar con los clientes impacientes—. Llevo aquí apenas un día, por si no te has dado cuenta. Si esperas tener resultados tan inmediatos...

—Vale, vale, lo sé, la pregunta la ha formulado mi impaciencia natural —la cortó David—. Pero no temas, comprendo que, si fuera tan fácil como para lograrlo de un día para otro, ya habría dado yo mismo con mi saboteador.

—No temo. Ya te expliqué cómo funciona esto cuando me contrataste. Aunque no está de más recordártelo cada vez que tu impaciencia natural haga acto de presencia —replicó Clara con una sonrisa.

—Sé que harás un gran trabajo y que acabarás por dar con ello —afirmó David—. En realidad, llamaba para preguntarte qué tal tu primer día.

—Bueno, no he salido mucho del despacho, pero tus empleados son un encanto. Como te has encargado de que todo estuviera a punto, me he podido poner nada más llegar. Lo primero en lo que he pensado es que podía ser cosa de la competencia, tanto directa como indirecta, y crucé todos los datos disponibles sobre su crecimiento, ingresos, cotizaciones... antes y después de los incidentes. El programa sigue corriendo, pero en el primer tanteo que he hecho no vi cambios demasiado significativos en las tendencias... Y uno no se pone a hacer sabotaje a un competidor a no ser que tenga algo significativo que ganar de forma inmediata —resumió Clara. Cuando el análisis gordo que estaba corriendo hubiera finalizado, le mandaría un informe más detallado, así que pasó a contarle su descubrimiento del día—: Mientras cruzaba esos datos, se me ocurrió que podía tratarse de alguien al que has ofendido o que esté descontento contigo. Me he pasado el resto del tiempo escaneando algunas redes sociales y haciendo un análisis de sentimientos asociado a las publicaciones en las que aparece tu nombre. Aunque no hay nadie con el perfil de tu saboteador...

—Has llegado exactamente al mismo punto en el que me quedé yo y por el que decidí contratarte —la interrumpió David, con un suspiro.

—Bueno, digamos que no del todo —replicó Clara, y sonrió porque sabía que la bomba que iba a soltar le haría olvidarse de la inevitable

falta de progresos—. Probablemente buscaste tu nombre sin profundizar demasiado. Lo que te iba a decir es que, aunque no he dado con tu saboteador, me he topado con un grupo de chaladas que se han dado cuenta de que ya no te emborrachas tanto y creen que ese es el motivo por el que no te has acostado todavía con ellas. Están considerando echarle algo en la copa para seducirte fácilmente.

—¿Qué demonios? ¿Quiénes? —preguntó indignado.

—Te pasaré todos los detalles —le aseguró ella, con tono profesional—. El tono era más bien guasón. Además, aunque no lo fuera, no creo que sean tan idiotas como para hacerlo, teniendo en cuenta que lo han comentado en un sitio donde cualquiera puede verlo, porque la configuración de la privacidad de esa publicación estaba en modo público. En cualquier caso, no está de más avisarte.

—Me encargaré de que no se les vuelva a pasar por la cabeza. —Algo en el tono de David dejaba claro que iban a pagar caros sus comentarios, por muy en broma que fueran—. Sean quienes sean, me han dado la excusa perfecta para que les pueda retirar la palabra sin levantar ampollas en mi relación con sus familias. Muchas gracias

—Me alegra haber sido de ayuda. —dijo Clara, satisfecha—. De momento este análisis, como el inicial que hice de la competencia, era más bien un tanteo. Si encuentro alguna cosa más, que seguro que la encuentro, te mantendré informado. Y, cuando acabe con eso, si no hay avances, me pondré con los datos internos de la compañía.

—Mmm... puede que sea mejor que te pongas con eso ya. Aunque de veras me interesa saber lo que te encontrarás cuando ahondes en las redes sociales y agradezco que hayas detectado a esas locas, estoy convencido de que localizaremos más fácilmente al saboteador a través del topo que tiene infiltrado, sea quien sea —sugirió David.

—Déjame hacerlo a mi manera, David. Te recuerdo que me has contratado porque soy experta en estos temas —le respondió ella, molesta, aunque acostumbrada a lidiar con clientes que pretendían decirle cómo tenía que hacer su trabajo—. Pues bien, como experta te digo que, en la mayor parte de las ocasiones, descubro más cosas al irme a lo obvio y detectando cosas que al que me contrata se le han pasado por alto que mediante un análisis profundo, complejo y largo. No se trata simplemente de los datos que encuentras, sino de cómo los combinas, los analizas y los interpretas para detectar patrones que no

se perciben a simple vista...

—Captado. Siento haberme metido en la manera en que vas a abordar el proyecto —dijo él, en tono contrito por lo poco acostumbrado que estaba a que sus asalariados le echaran la bronca por decirles cuál debía ser su forma de trabajar—. Aunque voy aprendiendo a delegar porque, si no, no doy a basto, aún me cuesta no meterme en todo.

—No pasa nada. Simplemente recuerda que iré más rápido si no te tengo encima cuestionando todo lo que hago —le advirtió Clara.

—No volveré a olvidarlo —le prometió David, a sabiendas de que, si mantenía esa actitud, su relación profesional no prosperaría. Había apostado por ella y, para ganar, debería confiar en su capacidad ciegamente y sin intervenir—. Cambiando de tema, quiero asegurarme de que sigues disponible esta noche. Y de que te apetece pasar un buen rato conmigo.

—Claro. ¿Por qué iba a cambiar de idea?

—¿Te sonaría prepotente si te dijera que estoy acostumbrado a que sean las mujeres las que me llamen para pedirme más? —David soltó una carcajada y ella sonrió. Desde el breve intercambio de mensajes en el que le confirmó que ya no tenía que llevar las zapatillas, no había tenido más comunicación con él.

—No suena prepotente, sino sincero. Y no te lo tomes a mal, soy incapaz de contactar con otra persona por iniciativa propia salvo que sea una urgencia o tenga mucha confianza —le aseguró. Lo cierto era que se había sentido tentada de mandarle algún mensaje esa mañana, pero al escribirlo le había dado un poco de vergüenza y no había llegado a enviarlo.

—Algún día tendrás mucha confianza conmigo —afirmó él, con convicción—. Hasta entonces, disfrutaré con el cambio de rol.

—Eso sí ha sonado un poco prepotente —bromeó Clara.

—Es que en el fondo me lo tengo muy creído —siguió con la broma él, aunque por un momento dudó. «¿Y si a ella esta actitud la echa para atrás?», se preguntó, así que añadió—: Pero forma parte de mi encanto, ¿no?

—Supongo que según como se mire —respondió Clara, que no lo tenía muy claro.

—A mí lo que me interesa es cómo lo miras tú —insistió él.

—Pues... por el momento tiene su morbo. —Aunque David no podía verla, la programadora enrojeció un poco.

—Mmm... eso significa que puede que en un futuro no lo tenga — reflexionó él—. Pero ya nos preocuparemos por eso más adelante. De momento me gustaría invitarte a cenar.

—Y a mí me gustaría aceptar la invitación —contestó ella; esperaba sonar tan sexy como se sentía.

—¿Algún otro sitio sorprendente que conozcas? —preguntó David, contento por la rápida respuesta de Clara.

—Esta vez, mejor me sorprendes tú a mí —respondió ella, a la que, a bote pronto, no se le ocurría ninguno.

—¿Prefieres algo íntimo o un sitio de moda? —la tanteó él, que no quería equivocarse con la elección, aunque se imaginaba su respuesta.

—Íntimo —dijo ella, tal y como esperaba.

—Lo imaginaba. —David sonrió e hizo un gesto a su secretario, que acababa de entrar, para decirle que esperara unos segundos—. Además, así es mucho mejor, porque no tendremos que preocuparnos por la prensa.

—¿La prensa? ¿Cómo que la prensa? —preguntó Clara, con un fruncimiento de ceño por la preocupación.

—Nada, nada, no hay que preocuparse —le aseguró David. Tobías le estaba indicando, mediante gestos, que le reclamaba para un asunto urgente, así que tuvo que cortar—: Oye, Clara, ha surgido una emergencia y tengo que colgar. ¿Qué te parece si nos vemos a las ocho en el garaje y vamos directos desde aquí?

—De acuerdo —aceptó ella, aunque se quedó con la mosca tras la oreja con lo de la prensa y, en cuanto dieron las ocho y se encontraron en el garaje, volvió a sacar el tema.

—Bueno, tienes que entender, Clara, que soy algo así como un personaje notorio —le explicó él entonces—. Por supuesto, conozco a todos los propietarios de revistas y agencias de paparazzi, algunas de los cuales me pertenecen, por no hablar de que tengo acciones de casi todos los anunciantes potentes que financian esos medios pero, aunque por lo general no se atreven a invadir mi intimidad, prefiero ser discreto desde el principio y ahorrarme la molestia de mover hilos para que despidan a este o aquel por hacer su trabajo.

—O sea, que lo has hecho en alguna ocasión —afirmó, más que

preguntó, la joven. Por su tono, estaba claro que no le hacía ni pizca de gracia la idea.

—Un par de veces —contestó David, con la intención inicial de ser evasivo. No obstante, al ver la mueca de Clara, se dio cuenta de que era mejor explicarle los motivos que había tenido para actuar así—: Una vez, intentaron publicar fotos mías con una escandalosa rubia que resultaba ser la directora de una empresa con la que estaba negociando una fusión en secreto. —Sonrió con picardía—. Me hubiera costado unos cuantos millones que las fotos salieran a la luz, pero el muy imbécil no quiso la más que justa cantidad que le ofrecí por los originales, más de lo que le hubiera pagado cualquier medio por ellos. Me tenía puro odio, aunque yo no había tratado jamás con él ni le había hecho daño alguno. Así que no tuve más elección que hacerle la vida tan imposible que no solo no le compraron esas fotos en ningún medio, sino que dejaron de adquirir todas sus instantáneas hasta que no accedió a vendérmelas a mí. Por supuesto, esta vez le pagué un precio muy inferior al que le ofrecí la primera vez.

—¿No te pasaste un poco? —preguntó Clara, no muy convencida por la explicación. Seguía sonando a abuso de poder y eso no le gustaba un pelo.

—Aparte de los millones que me hubiera costado, probablemente la otra empresa hubiera acabado cerrando y centenares de trabajadores se hubieran ido a la calle —se encogió de hombros—. Fue un mal menor.

—Si nos paráramos a pensar en la de barbaridades que se hacen en nombre del mal menor...

—Vale, vale. —David soltó una carcajada—. Pero lo hecho, hecho está, y no estás teniendo en cuenta que él tampoco consiguió hacernos las fotos de una forma legítima: invadió nuestra intimidad colándose en una propiedad privada. En cualquier caso, no estoy orgulloso de haber tenido que llegar a esos extremos, y no voy fardando.

—¿Por qué me lo has contado, entonces? —quiso saber ella.

—Porque, vista tu habilidad para estas cosas, no te habría costado nada enterarte de todas formas y, además de tomarme por un mentiroso, habrías leído una versión de la historia que no se ajusta del todo a la realidad —respondió él, simplemente. Ya estaban llegando al restaurante, un local retirado del bullicio de la zona más turística que, sin embargo, tenía una comida excelente.

—*Touché*. —Clara se sonrojó. En eso la había calado. En cuanto dijo lo de mover hilos para despedir a alguien, su primer impulso había sido buscarlo en la red en cuanto tuviera ocasión—. Has dicho un par de veces. ¿Qué hay de la otra?

—Una periodista deslenguada que insultó a la novia de Leo en una revista rosa. Lo hubiera pasado por alto de no ser porque todos sus artículos insultaban a alguien. Dado que es una revista que apenas da beneficios, y de la que yo tengo acciones, no nos interesaba tener una máquina de demandas en potencia.

—A lo mejor solo hacía lo que le ordenaban —dijo Clara.

—Lo dudo. Si así fuera, hubiera pedido disculpas cuando Leo habló con los peces gordos y estos se lo exigieron, en vez de escudarse en la libertad de prensa, y todo hubiera quedado en un aviso. De todas formas, tras hablar con Leo ya estaban pensando en echarla y yo solo les di un último empujoncito —explicó David. Entonces encontró un sitio donde aparcar y, mientras lo hacía, añadió, con convicción—: Tengo derecho a proteger a los míos, y a mí mismo.

—Eso lo respeto —aceptó Clara por fin—. Pero ¿no te preocupa que ellos decidan vengarse?

—¿Y qué iban a hacer? No me meto en asuntos turbios y no tienen forma de hacer que parezca lo contrario. El paparazzi conserva su empleo y parece haberse dado cuenta de que no le interesa tenerme como enemigo. En cuanto a esa bruja que no sabe hacer otra cosa que insultar, ni siquiera sabe que yo soy el responsable directo. Ahora ataca a todo el que tiene relación con la empresa, lo cual le va a salir caro, porque varios han reaccionado a su basura con demandas. — David se encogió de hombros y, aprovechando la pausa mientras salían del coche y entraban en el restaurante, decidió entablar una conversación más apropiada para la velada que tenía pensada—: Cambiemos de tema. Quiero saber más cosas sobre ti.

—¿Por qué? —Clara se sonrojó. Nada más entrar en el local, el maitre les saludó efusivamente y les condujo a un reservado donde ya estaba la mesa preparada. David no respondió a su pregunta hasta que, tras dejarles las cartas, les dejaron solos para decidir:

—Porque casi no te conozco y me pareces una mujer interesante.

—¡Interesante! —se sorprendió ella. No se consideraba así bajo ningún concepto, tanto menos para un hombre como él—. Para nada.

Salvo unos cuantos días al año en los que me vuelvo un poco loca y las veces en que Adela o Jazz me arrastran a algún sitio, lo más emocionante que ocurre en mi vida, fuera de mi trabajo, son unas cuantas maratones de cine y series, o noches de juegos de mesa diversos. ¡Y a veces eso me aburre hasta a mí!

—Mmmm. —La voz de David se volvió más grave—. Me gustaría acompañarte en tu próximo día de locura.

—Créeme —se horrorizó Clara al recordar su última exposición de cómics, donde acabó en uno de los escenarios, en el que bailó para-para con uno de sus *cosplays* más excéntricos—, no te gustaría en lo más mínimo.

—¿Sabes que eso solo despierta aún más mi curiosidad? —preguntó él, intrigado y con la actitud de un depredador al acecho.

—Pues lo siento, pero tu curiosidad va a quedar insatisfecha —se plantó Clara. Simplemente era incapaz de imaginar al elegante y formal David en medio del caos de una convención de cómics o de videojuegos. Si no salía disparado antes de llegar a entrar siquiera, seguro que verla a ella mientras hacía la cabra por todo el recinto, o cantaba en el karaoke, le acababa de ahuyentar definitivamente. Por no hablar de que descubriría que la ropa que llevaba a sus citas eran en realidad disfraces.

—Bueno, ya intentaré convencerte más adelante. —David sonrió y le dedicó una sonrisa de lo más pícaro—. En cuanto a los juegos de mesa, tengo un armario en casa lleno y me encantan. Hace tiempo que encontré la forma de hacer que se volvieran... más interesantes.

—¿Cómo? —preguntó ella, curiosa.

—Cuando acabemos de comer, ven a mi casa y te lo demuestro.

Clara solo tuvo tiempo de contestar que sí antes de que entrara una camarera para preguntarles si se habían decidido ya. Ambos pidieron y, aunque ella intentó sonsacarle más información, David siempre se encargaba de desviar la conversación e interrogarla, de forma sutil, para saber más cosas sobre sus gustos y aficiones. A cambio, él también revelaba bastante sobre los suyos, y así descubrieron que tenían en común más cosas de las que parecía a simple vista. Les gustaba más o menos el mismo tipo de series, películas, libros y música, aunque Clara era más abierta a la hora de acercarse a géneros nuevos, en especial si venían del mercado asiático, lo que hacía que tuviera un mayor abanico de favoritos

que recomendó encarecidamente a David.

Estaban tan inmersos en la conversación que la comida se les pasó volando y el trayecto hasta la casa de David también. No obstante, cuando salieron del coche Clara ya no podía centrarse más que en una cosa: en la curiosidad, mezclada con excitación que sentía.

Nada más entrar en el apartamento de David, a mano derecha, había un discreto armario que era más bien un cuarto trastero. David lo abrió tras una graciosa floritura y Clara no pudo sino abrir la boca, impresionada por la gran cantidad de cajas de juegos que albergaba. Sería la envidia de cualquier aficionado. Por supuesto, cuando ella había hablado de juegos de mesa variados se refería más a juegos de rol o de cartas de fantasía y ciencia ficción que a tableros familiares, pero aun así le sorprendió que alguien como él tuviera semejante colección.

—Todo comenzó con una broma entre una ex-amante y yo — explicó David, antes de que a Clara se le pasara el pasmo y se le ocurriera preguntar—. Ella era muy aficionada al *strip* ajedrez, cosa que me parecía totalmente ridícula. Pero consiguió liarme y poco a poco fuimos descubriendo que todos los juegos tenían un gran potencial para convertirlos en algo más... sexual... con solo unas pocas variaciones de las reglas y algunos añadidos.

Clara se internó en el cuartito y soltó una carcajada al ver algunos clásicos de su infancia, incapaz de imaginarlos en ese contexto, y preguntó:

—¿Incluso el hundir la flota y el monopoli?

—El monopoli se eterniza bastante y mañana hay que madrugar — respondió él con un guiño—. Pero si quieres echamos una partida al hundir la flota.

—Vale —se apresuró a aceptar ella, intrigada.

—Las reglas son sencillas —comenzó David, mientras maniobraba para sacar el juego—: si tocas un barco enemigo, lanzas los dados una vez. Si lo hundes, los tiras tres veces.

—¿Dados? —repitió Clara, desconcertada—. No recuerdo que hubiera dados.

Una sonrisa traviesa apareció en el rostro de su amante, que sacó dos dados con palabras escritas.

—Este tiene la acción que tienes que realizar... —Le mostró uno de

los dados se lo lanzó a Clara—, y este la parte del cuerpo sobre la que tienes que realizar dicha acción.

—¿Y cuando ya no quedan más barcos? —preguntó ella mientras examinaba todas las caras del que le había pasado David, que tenía grabadas palabras como «LAMER» o «BESAR» y le arrebatava el otro, donde había otras como «BOCA» y «GENITALES».

—El que pierde se pone a las órdenes del vencedor —dijo David, y matizó—: Dentro de lo razonable, por supuesto. ¿Te parece bien?

—Por supuesto —respondió ella, tras lo cual se dirigió al cuarto de su amante y se sentó en un extremo de la cama. Luego, dejó los dados a un lado y empezó a sacar las cosas de la caja. Dos pañuelos de seda negros le llamaron la atención—. ¿Y esto?

—Para evitar miradas indiscretas del vencido al tablero enemigo cuando el vencedor se cobra su premio —le aclaró David, mientras comenzaba a desvestirse.

—¿Cómo, nos quitamos la ropa ahora?

—Sería un poco raro seguir las órdenes de los dados si el otro sigue con la ropa puesta —explicó él, y lanzó sus pantalones al otro lado de la habitación.

Clara, aunque estaba un poco excitada, todavía no lo estaba tanto, así que se sintió incómoda cuando comenzó a desabrocharse el vestido. No había esperado que su mecanismo para paliar la timidez, la ropa, desapareciera tan pronto. David se percató de ello y dijo:

—No sé por qué te da tanta vergüenza. Tienes un cuerpo bonito. Y además, ya te he visto desnuda antes.

—Bueno, puede que suene absurdo, pero la ropa me da seguridad —confesó ella, cada vez más roja.

—Vale, hagamos una cosa. A cada jugada te quitas una prenda, y así te vas quedando sin ropa según se vaya caldeando el ambiente —propuso él, y caminó hacia sus pantalones para volver a ponérselos—. ¿Te parece mejor?

—Sí... aunque no hace falta que tú hagas lo mismo —respondió Clara, sin pensar.

—Entonces jugaré con ventaja, y no creas que no la voy a aprovechar —bromeó David. Luego, se quitó el resto de la ropa mientras ella colocaba los tableros y repartía a partes iguales los barcos y las fichas para anotar dónde habían lanzado un misil.

Clara no entendió a qué se refería David con lo de «jugar con ventaja» hasta que se puso a colocar sus barquitos. Aunque le había dicho que podía desvestirse por no ser totalmente aguafiestas, concentrarse en la estrategia con la visión de ese hombre gloriosamente desnudo delante de sus narices hacía que la tarea fuera complicada.

—La desnudez juega un papel importante a la hora de desconcentrar al enemigo —dijo él con total desparpajo al percibir su línea de pensamiento.

La sonrisa satisfecha de David fue suficiente para que la joven, olvidada su timidez, se picara y se desprendiera de todas sus prendas. Luego, se sentó de forma que resaltaran sus formas y se disimularan sus puntos flacos.

—¿Ves? De pronto mi atención ya no está donde debería. —La voz más ronca de David y su incipiente erección eran una clara señal de que la maniobra había tenido éxito, aunque él pronto le dio un chasco —: Por suerte para mí, ya había colocado mis barcos.

Envalentonada, Clara se acercó y, tras darle un buen morreo que dejó a ambos con ganas de más, echó un vistazo al tablero contrario.

—Ups, parece que tendrás que colocarlos otra vez.

—Tramosilla. Aprendes rápido —susurró él. Luego, cambió los barcos de sitio y se recolocó también para ofrecerle una vista más interesante de su marcada tableta de chocolate. Clara se relamió inconscientemente al verla e, incapaz de concentrarse, colocó los barcos al azar—. ¿Lista? Te dejo empezar.

Ella dijo lo primero que se le ocurrió y, casualmente, acertó. David alzó una ceja. Tras tapar su tablero, Clara tiró los dados, que marcaron las palabras «LAMER» y «PIERNAS». La joven se estiró y esperó a que él hiciera lo que le mandaba la tirada, no muy convencida, ya que no creía que sus piernas fueran zonas erógenas. Al menos, no hasta que la lengua de David, perezosa, comenzó a ascender por la cara interna de sus muslos con exasperante lentitud y se detuvo antes de llegar a su zona más caliente, momento en el cual se retiró con cara de satisfacción.

Por desgracia, necesitó dos jugadas más hasta encontrar la continuación del barco, pero obtuvo su recompensa por partida triple, ya que era uno de dos huecos de ancho y lo hundió. Los dados marcaron «SOPLAR PIERNAS», «MORDER GENITALES» y «LAMER OMBLIGO». No obstante, David, lejos de seguir el orden, comenzó por la última, pasó

a soplar sus piernas donde aún quedaba algo de saliva, dándole una sensación muy placentera, y finalmente usó sus dientes con mucha suavidad hasta volverla loca, momento en el que se detuvo.

—Empiezo a pensar que, más que un premio, es una tortura —jadeó Clara cuando él se retiró. La había dejado peligrosamente cerca del orgasmo. Jamás había necesitado tan poco tiempo para ponerse tan caliente. Él se limitó a soltar una carcajada y a decir una posición, que acertó a uno de sus barcos.

No le faltó tiempo para tapar su tablero y lanzar los dados, que en esta ocasión marcaron «SOPLAR LABIOS». Ella se acercó con lentitud, insinuante, hasta quedar a unos milímetros de su boca, soplando muy flojo para volver al instante a su sitio.

Por suerte para David, acababa de tocar el barco más grande, el de cuatro, en el extremo y, en cuanto acertó por dónde continuaba, consiguió sus cinco premios restantes en rápida sucesión. Primero, Clara tuvo que besarle en el cuello, después, soplar en dirección a sus genitales y, finalmente, al hundir el barco, en los dados salió «MORDER PIERNAS», «CHUPAR LABIOS» y «SOPLAR PEZONES».

Siguió el ejemplo de David y les cambió el orden: primero sopló sobre sus pezones, luego le mordió las piernas en la misma zona que a ella tanto le había gustado y finalmente chupó sus labios. Como era inevitable, eso último se convirtió en un beso profundo y abrasador que estuvo a punto de hacerles echar a un lado los tableros y hacer el amor allí mismo. No obstante, Clara, que era mala perdedora, se separó con dificultad y dijo una posición, que resultó tocar otro de los barcos de David. Esta vez salió «ACARICIAR GENITALES», cosa que él hizo con una calma exasperante. Ella se cobró su venganza justo después, cuando David tocó otro de sus barcos y salió en los dados «CHUPAR GENITALES».

—Clara —jadeó él, al borde de perder todo atisbo de autocontrol—, ¿qué te parece si lo dejamos en tablas?

—¿En tablas? —Clara no necesitó mucho para considerarlo. Estaba extremadamente excitada y aún les quedaban cuatro barcos a cada uno, por no hablar de que algunas de las acciones de los dados eran mucho más interesantes que otras—. ¿Qué demonios? Al diablo con los barcos.

Haciendo a un lado los tableros, Clara y David se besaron y, tras una

brevísimas pausas para protegerse, se dejaron llevar. No duró mucho, sin embargo, porque el tiempo de los preliminares había pasado y solo deseaban entrar en el frenesí que les llevaría a la cumbre del placer. Cuando llegaron, ambos, agotados, quitaron las piezas de juego más molestas del medio y cayeron en brazos de Morfeo.

Capítulo 8

Carpe diem

Unos cuantos días después, Clara estaba casi segura de que el proyecto iba en buen camino. Había descartado todas las posibilidades más obvias y había comenzado a hacer lo que más le gustaba: explorar en la ingente cantidad de datos internos de la empresa en busca de anomalías y, de no encontrarlas, cruzarlos con la aún más ingente cantidad de datos externos a la que pudiera acceder legalmente.

Cuando estaba a punto de terminar su pequeña pausa para comer con el resto de los empleados de la planta, escuchó sonar el teléfono de su despacho y corrió hasta él.

—Hola, Clara, ¿te pillo en mal momento? —dijo David cuando descolgó.

—No, no, acabo de comer. ¿Ocurre algo? —preguntó ella, al percibir el tono de urgencia de David.

—Nada que quiera comentar por teléfono —respondió él con vaguedad. No obstante, Clara comprendió al instante: el joven sospechaba que alguien podía haber encontrado la forma de tener acceso a la línea interna de la compañía—. ¿Te importaría venir hasta el Club de Campo para reunirte conmigo?

—De acuerdo —aceptó ella, aunque luego echó un vistazo a su ropa. Como sabía que no iba a encontrarse con él en todo el día, se había puesto un vestido extremadamente sencillo que nunca la había convencido como disfraz pero que no llegó a tirar nunca porque le quedaba bien. Ideal para ir a trabajar, informal, a la oficina, pero no para encontrarse con su amante, y menos en un lugar tan exclusivo y elitista como el Club de Campo—. Aunque no creo que mi vestimenta sea la más adecuada...

—Eso no importa, si vas conmigo, aunque fueras como una pordiosera nadie se atrevería ni a lanzarte una mirada de desaprobación —la tranquilizó David—. De todas formas, dudo mucho que vayas tan mal como piensas, tienes un gusto excelente en el vestir.

«Si tú supieras...», pensó Clara, aunque no quiso discutirlo, así que le dijo que saldría hacia allí en unos minutos y no tardó en llegar. David estaba en una mesa apartada de la zona del bar y, al verla, se levantó y la saludó de la manera más profesional: con un apretón de manos.

—¿No es un poco paranoico pensar que han pinchado la línea interna?
—le preguntó Clara en un susurro.

—Si nuestro topo trabaja para mí y tiene unos mínimos conocimientos de cómo hacerlo, ¿por qué no? —David se encogió de hombros—. Nadie sabe exactamente para qué te he contratado; mejor que siga siendo así, de modo que toda precaución es poca. Por cierto, ¿te importa si como? He pedido un tentempié, no he tenido oportunidad de probar bocado desde el desayuno.

—Adelante, por mí no te cortes —le dijo Clara.

—Estupendo, ¿tú quieres algo? ¿El postre, un café...?

—Solo saber qué es eso tan urgente y que requiere tantas precauciones —respondió ella en tono distendido, en un intento de que él se relajara. Justo entonces, un camarero apareció con el tentempié que había pedido David.

—Menos mal que les he dicho que quería algo que se comiera rápido y con las manos —murmuró él. Aunque sin duda pretendía ser una especie de montadito, tenía tantos ingredientes tan estratégicamente colocados para que quedara bonito que era imposible tomarlo con las manos sin mancharse, así que tenía que hacer uso del cuchillo y del tenedor—. En fin. —Miró a su alrededor y, al ver que estaba despejado, comenzó a explicarle—: Alguien ha difundido un rumor perjudicial para Natutel. Es totalmente falso, pero se basa en algunos datos reales que no deberían haber salido a la luz. Hay que detenerlo antes de que suponga un varapalo más para el crecimiento de la empresa, de eso se encargará mi departamento de comunicación. Mientras, necesito que me ayudes a encontrar al que me está saboteando.

—En eso estaba cuando me has llamado para hacerme venir —replicó Clara.

—Pero ahora tenemos nuevos datos. Sé quién estaba transmitiéndolo y quién se lo transmitió a su vez. Ahora necesito que encuentres una forma de seguir la cadena hasta su origen —le pidió, mientras cargaba al máximo el tenedor. Luego se lo metió a la boca de forma sorprendentemente elegante, sin dejar traslucir el hambre que tenía por si había miradas indiscretas.

—David, no sé si te has dado cuenta de que yo me dedico a sacar información de forma digital, no soy detective y los rumores se transmiten generalmente por la vía oral. No puedes pretender que me

dedique a preguntar a cada eslabón de la cadena. Además, si el rumor ya ha llegado a ti es que está demasiado extendido para pararlo...

—Al contrario —la interrumpió él—. Nadie nos esperaba a mi cliente y a mí en el campo de golf hoy, ha sido un afortunado golpe de suerte que escuchara la conversación de esos tipos en los aseos. Y, dado que el que les transmitió el bulo es un reputado asesor de inversiones, dudo mucho que haya que irse muy lejos para llegar al origen de esto. A mí no me va a revelar sus fuentes, pero estoy seguro de que tú no tendrás problemas para colarte en su ordenador y averiguarlas.

—Eso no es legal, David —se negó Clara.

—Te pagaré el doble si sigues esta línea de investigación. El triple si le localizas antes de pasado mañana —intentó sobornarla él. Cogió el cuchillo e intentó cortar el intento de montadito por la mitad como si estuviera apuñalando a alguien, una muestra de que estaba a punto de perder su autocontrol. Estaba tan cabreado con la situación que quería encontrar al culpable ya, al precio que fuera.

—No es cuestión de dinero, sino de integridad. Si hiciera esa clase de cosas, o sería rica o estaría en la cárcel. Lo primero no me tienta lo suficiente como para compensar el riesgo de lo segundo y, aunque así fuera, no me sentiría cómoda con ello —se mantuvo firme Clara—. Además, ahora no te das cuenta, pero tú tampoco te sentirías cómodo si siguiéramos adelante en esa dirección.

—Debí imaginar que dirías algo así —dijo David. Dejó el cuchillo a un lado, volvió a pinchar los ingredientes que había entre los dos panes y, tras un bocado que masticó despacio, como dándose tiempo para calmarse, suspiró—. No creas que no lo respeto. Y tienes razón, no es mi estilo, pero ¡este asunto me tiene muy cabreado!

—Hagamos una cosa —dijo Clara en tono tranquilizador—: Yo intento encontrar la fuente de ese asesor de inversiones con todos los medios legales, y recalco lo de legales, a mi alcance. Si no encuentro nada, vuelvo al punto donde lo dejé cuando me llamaste, pero incorporando toda la información nueva que haya obtenido. ¿Te parece?

—Me parece. En cualquier caso, si todo falla, siempre puedo intentar sondearle yo mismo... Pero bueno, aclarado esto y ya que estás aquí... ¿qué tal tu día? —Mientras Clara le ponía al corriente de sus avances, lentos pero con potencial, David, que ya había quitado suficientes ingredientes de entre los panes como para poder cerrar el

montadito y comerlo con las manos, se tomó el resto.

—Bueno, así que, a pesar de todo y sin contar con lo de hoy, crees que tendrás avances pronto. Buenas noticias al fin... —dijo David, y miró el reloj—. ¿Te apetece hacer algo? No es que tenga mucho tiempo, mi próxima reunión es dentro de tres cuartos de hora pero...

—He visto un hotelito muy cuco a diez minutos de aquí —propuso ella, con una mirada seductora.

—Tentador... —respondió él, gratamente sorprendido por su iniciativa—. Pero contigo me gusta tomarme mi tiempo y un «aquí te pillo, aquí te mato» no es ni de lejos suficiente.

—Entonces, ¿qué te parece si me enseñas todo esto?

—Con mucho gusto. —David se levantó y le ofreció su brazo, como a la antigua. Clara lo cogió encantada, dejándose conducir hasta la salida mientras él le hacía de guía—. No hay mucho que ver, en realidad. Casi todo es campo de golf y...

—Vaya, menuda sorpresa. —La aguda voz hizo que Clara se tensara como un resorte y se girara bruscamente sin soltar el brazo de David, al que casi hizo perder el equilibrio. Tal y como esperaba, estaba frente a frente con su medio-hermana—. Eres la última persona con la que esperaba encontrarme en un lugar tan elegante.

—Bianca —respondió Clara, muy seca. Como siempre que se encontraba frente a alguien de su familia que no fuera su padre biológico, la invadió un tremendo sentimiento de inferioridad, que intentó suprimir estirando su ropa. No obstante, esto tuvo como consecuencia que su hermana se fijara en su atuendo.

—¿Es que ahora te disfrazas hasta para ir a la calle, hermanita? —preguntó con una risa burlona.

—No sé de qué me hablas. —Clara se sonrojó, por lo que su negación fue inútil.

—Oh, por favor. Recuerdo ese vestido. Te pasaste una semana con la máquina de coser para hacerlo a tiempo e ir con él a uno de esos estúpidos eventos de *frikis* que te gustan, pero luego fuiste con un ridículo kimono porque te parecía poco elaborado —dijo Bianca, con tono de desdén absoluto. Luego, se giró con su sonrisa más encantadora y, con descarada coquetería, le tendió la mano a David, que miraba el vestido de su amante con estupefacción tras conocer su origen—. Pero bueno, como mi hermanita no nos presenta, lo hago yo: soy Bianca.

—David —respondió él con toda educación, distraído. No obstante, a juicio del distorsionado complejo de inferioridad de Clara, parecía completamente encandilado en la beldad rubia que tenía delante.

—Sí, sé quién eres —casi canturreó Bianca en un exagerado despliegue de coquetería que intercaló con una mirada desdeñosa a su hermana—. Perdona sus modales, siempre ha sido una maleducada. ¿Cómo habéis acabado juntos, si no es indiscreción?

—Es indiscreción —contestó Clara, molesta y avergonzada, pero provista de una fuerza y una seguridad que no había esperado encontrar en sí misma—. Y no tengo por qué soportarla más.

—E... ¡espera! —exclamó David al verla salir disparada hacia la puerta sin decir siquiera adiós.

—Oh, no le hagas caso... siempre hace esta clase de cosas, es la persona más asocial que conozco. ¿Quieres una copa? —dijo Bianca, cada vez en tono más alto porque David, sin prestarle ninguna atención a esa mujer a la que había catalogado como víbora desde la primera palabra, salió tras Clara y la siguió hasta el exterior.

—¡Clara! —exclamó, para llamar su atención.

—Oh, por favor. Tómame algo con ella, no seré yo quien os lo impida. Así podréis reiros a gusto de mí —dijo Clara, conteniendo las lágrimas y sin volverse para mirarle.

—No tomaría un café con esa bruja ni aunque fuera el último ser vivo sobre la Tierra. ¿Y cómo se te puede ocurrir que yo vaya a reírme de ti? Creí que ya había quedado claro que nunca volvería a hacer algo así —le aseguró David, y con un gesto suave hizo que ella volviera la cabeza para mirarla a los ojos.

—Ya, pero eso era antes de que descubrieras que soy una *friki* asocial que se viste con los disfraces que hace para sentirse segura —respondió ella. Las lágrimas estaban a punto de escapársele, pero hizo acopio de valor y, con resolución, le mantuvo la mirada.

«Ahora que lo sabe, seguro que se acabó, pero ¡no pienso seguir escondiéndome!», pensó.

David, sin embargo, lo único que sentía era una oleada de ternura, así que la besó con dulzura.

—No eres una *friki*. Eres original e interesante, lo cual no es ni de lejos algo malo —le susurró, y le secó las lágrimas que por fin habían logrado escaparse—. Apuesto a que tienes más amigos de verdad que

todas las víboras como esa juntas, que solo saben rodearse de gente que les apuñalará por la espalda en cuanto tenga ocasión, así que de asocial no tienes nada. Y, si la ropa que llevas son disfraces que has hecho tú misma, debes ser la diseñadora con más talento que he conocido, porque siempre he pensado que lo que llevabas eran prendas customizadas por alguna casa de alta costura.

—No gano tanto dinero —respondió Clara, no del todo convencida.

—En cualquier caso, no hay nada de qué avergonzarse. Como mucho, deberías sentir vergüenza ajena por tener una hermana así. Porque es tu hermana, ¿no? —Clara asintió—. ¿Por qué no vamos dentro y charlamos con tranquilidad?

—Preferiría no volver a entrar ahí —dijo la joven, sin fuerzas para otro encontronazo con Bianca.

—Confía en mí, no volverá a molestarnos —le aseguró él, y la condujo de nuevo al lugar donde habían estado sentados. Una vez instalados, David se llevó aparte al encargado del local y le insinuó su disgusto por la presencia de Bianca, exhortándole a impedir que se les volviera a acercar. Unos minutos después, Clara soltó una carcajada al ver la cara de su hermana cuando, al salir del baño, la escoltaron con amabilidad hasta la puerta.

—Me lo hará pagar caro —suspiró Clara, al ver la mirada fulminante que les dirigió antes de ser expulsada del local—, pero tengo que reconocer que ha merecido la pena. Ojalá se me hubiera ocurrido tener el móvil a mano para sacarle una foto en este momento tan humillante.

—Te conseguiré las grabaciones de seguridad del local para que las tengas de recuerdo. En cuanto a lo de hacértelo pagar, si lo intenta se las verá conmigo —le prometió David.

—Agradezco el detalle. —Clara sonrió con tristeza—. Aunque no imagino qué podrías hacer tú para que no ponga a toda su familia en mi contra y me vengan pullas de todas partes en las escasas ocasiones en las que coincido con ellos.

—Había entendido que era tu hermana —dijo David, desconcertado por el uso de «su», en vez de «mi», al referirse a la familia de ambas.

—Solo por parte de madre —aclaró ella.

—¿Y tu padre? —se interesó el joven.

—Demasiado de clase media para que mi madre siguiera con él si

existía la posibilidad de seducir a un marido rico y subir de escalafón social. Era lo bastante guapa como para conseguir su objetivo a pesar de tener que cargar conmigo. —Clara suspiró; su relación con su madre no había sido nunca fácil, ya que siempre la había considerado un estorbo para sus ambiciones—. Bianca ha salido a ella. Son auténticas beldades pero, si la cara fuera el espejo del alma, estarían ambas en el circo de los horrores.

—No creas que no me he percatado. Tengo que lidiar con mujeres así constantemente y las reconozco al primer vistazo —dijo David, con un guiño—. Suelen ser mis víctimas favoritas cuando me toca ir a fiestas aburridas.

—Ya, bueno... Yo, además de soportarlas a ellas, tenía que aguantar a los infelices que caían en las zarpas de mi madre. Todos hombres cada vez más ricos en busca de una mujer florero que se enteraban de mi existencia cuando ya estaban demasiado enredados en su telaraña. Convivir con ellos me hacía sentirme como una mascota molesta. — Clara soltó una carcajada amarga.

—¿Por qué no se hizo cargo de ti tu padre? —preguntó David.

—Mi madre pidió mi custodia y él tenía trabajos demasiado precarios con horarios demasiado malos como para que ningún juez se decantara a su favor. Que mi madre dedicara su muchísimo tiempo libre a todo menos a estar conmigo era lo de menos: cara al exterior, era una madre abnegada.

—Eso me suena —simpatizó con ella David. Su madre era exactamente igual, y siempre se había sentido huérfano, aun cuando estaba en la misma habitación que ella.

—Por suerte, la mayoría de edad me permitió alejarme de ellas y, como no tienen el menor interés en mí salvo para eventos familiares, no tengo que ver a esa rama de la familia a menudo. —Clara hizo una mueca—. Lo malo es que, cuando mi madre dejó de ser una esposa florero válida, mi hermana comenzó a seguir sus pasos, y ya van dos bodas en cinco años.

—Míralo por el lado bueno —la consoló David—. Cada vez que las ves caen más bajo, mientras que tú acumulas éxitos sin renunciar a tus principios.

—¿Y por qué entonces consiguen hacerme sentir como basura cada vez que están cerca? —preguntó Clara, triste.

David apretó los puños con fuerza, indignado y con ganas de aporrear a alguien al ver la cara de desolación de su amante.

—Escucha, Clara, la mente de esa clase de personas funciona así. Como no son nada, se ven obligados a devaluar a los que tienen talento e inteligencia para prosperar. No debes dejar que te pisoteen, y mucho menos creerte lo que te digan.

—Hablas igual que mi padre —dijo ella, con una media sonrisa.

—Será que es verdad —aseveró David—. No puedes dejar que nada de lo que puedan decirte te afecte o que tu timidez te impida contestarles lo que se merecen.

—Aunque no te lo creas, últimamente estoy progresando bastante. — El tono de la joven indicaba que se estaba poniendo a la defensiva.

—Sin embargo, has deducido que estaba interesado en tu hermana y que los dos íbamos a pasar un buen rato riéndonos de ti —replicó David, con suavidad.

—Bueno... —Se sonrojó—. Sinceramente, no termino de entender qué haces conmigo.

—Creí que estaba claro —respondió David, sorprendido por la afirmación.

—Pero... —Clara dudó—. Ya no soy la novedad.

—¿Es que te has creído que soy uno de esos pichabravas que se acuestan con mujeres solo por cambiar y añadir una muesca más al cabecero de su cama? —se ofendió David. Ciertamente era que había tenido muchas amantes, pero ninguna simplemente por hacer colección. Necesitaba al menos cierta conexión para acostarse con una mujer y le dolía que Clara hubiera pensado que era uno de esos hombres que cambiaban de amante con la misma frialdad con la que cambiaban de corbata.

—No, pero... yo soy un poco aburrida, y tampoco es que sea una sílfide para mantener el interés de un hombre —se explicó ella.

David la miró con la boca abierta, atónito.

—Ojalá pudieras verte como te veo yo —dijo al fin.

—¿Cómo?

—Honestamente y transparente, pero sexy y sorprendente. Inteligente, ingeniosa y desinteresada. ¿Tienes idea de lo complicado que es encontrar a alguien así? ¿Cómo iba a cansarme de ti? —preguntó David.

—Es lo habitual —se limitó a responder Clara y, por su tono, se

notaba que lo pensaba de verdad.

—Sí, en los imbéciles.

David se alegró de despertar una sonrisilla en Clara con esa afirmación y decidió cambiar de tema, cosa que su amante pareció agradecer. El rato pasó en un suspiro y finalmente ella, que no quería quedar atrapada en una conversación insustancial con la persona con la que David se había citado, decidió marcharse diez minutos antes de que empezara su reunión, no sin antes prometer que se verían esa noche.

De camino a casa, Clara mandó un mensaje a Adela diciéndole que había tenido un encuentro con su hermana en el club de campo. Cuando llegó al apartamento, su amiga, que sabía lo cruel que era Bianca con Clara y lo mal que se lo hacía pasar, ya estaba allí.

—No hacía falta que vinieras —dijo la programadora, aunque agradecía de corazón que lo hubiera hecho.

—¿Estás de broma? La alternativa es revisar con mi madre una decena de dossiers de empresas de organización de banquetes. No quiero saber nada del tema, y Charles tampoco, así que hemos decidido dejarlo en manos del cuarteto diabólico y desentendernos, pero parecen querer nuestra opinión hasta para el color de los manteles. —Adela puso los ojos en blanco. Desde que habían anunciado su compromiso o, más bien, desde que se había confirmado que los dos estaban juntos, los futuros consuegros parecían haber empezado una competición para ver quién agobiaba más a los novios, y ellos no estaban dispuestos a entrar en el juego.

—Sí, tu madre me ha llamado unas cuantas veces para intentar que te anime a participar más en los preparativos —comentó Clara, sin especificar el número exacto de veces que la mujer había llamado, que eran más que unas cuantas, aunque su amiga se lo imaginaba—. Dice que sola no puede.

—¡Pues que no hubieran insistido en que fuera tan pronto! Un poco más precipitado y parecería que nos casamos de penalti —se quejó Adela. Sabía que sus padres y sus futuros suegros eran bien conscientes de esto, pero habían esperado tantos años para que ocurriera el milagro que habían ajustado los plazos al máximo, no fuera que sus hijos cambiaran de opinión entre tanto—. En cualquier caso, ¿qué importancia tienen las servilletas, la música o los invitados, en realidad? ¡Ni el

día de mi boda voy a poder librarme de poner buena cara a gente horrible a la que solo soporto por los negocios!

—Es tarde para fugarse —bromeó Clara.

—No creas que no hemos valorado esa posibilidad. Pero eso les mataría. Al final, hemos acordado que vamos a ignorar a nuestros agobiantes padres en todos los detalles insignificantes de la boda y a repartirnos el trabajo cuando no podamos escaquearnos. Así que me has hecho un favor con tu mensaje, porque me ha dado la excusa perfecta para librarme de mi madre y venir para poner a caldo a tu hermana —dijo Adela, centrando por fin la conversación en el asunto que la había traído allí.

—Tampoco será necesario. Es la primera vez que no ha salido bien parada de un encontronazo conmigo... y no gracias a mí. —Tras derrumbarse en el sofá al lado de su amiga, Clara procedió a contarle todo lo ocurrido.

—Parece que ha aprendido la lección, lo ha hecho muy bien —afirmó Adela con aprobación, en referencia a la actuación de David—. Me alegra que reaccionara así y que fuera tan considerado contigo.

—Creo que me estoy enamorando de él —soltó de pronto Clara. Si lo cómoda que se sentía en su presencia y lo bien que lo pasaban en la cama no hubiera sido suficiente para enamorarse, sin duda la conversación que habían tenido ese día lo habría sido.

—Oh, cielo...

—Sé lo que vas a decir —la cortó la joven—. Que a él no le van los compromisos y que esto tiene fecha de caducidad. Que voy a acabar sufriendo. No te creas que no lo sé. Pero he decidido que voy a ser yo misma y que no voy a preocuparme por eso hasta que pase.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —bromeó Adela.

—No, en serio, Adela. Si no salgo de estas dinámicas y dejo que me dominen el miedo y la inseguridad, seguiré tan estancada como todos estos años. Está conmigo. Le gusto. Pero si dejo que mi inseguridad me gane, lo nuestro se acabará mucho antes de lo que nos gustaría a ninguno de los dos. ¡Deberías haber visto su cara cuando dije que no entendía que siguiera conmigo porque yo ya no era la novedad!

—Creo que me lo imagino —murmuró Adela. Cuanto más conocía a David, lo que era inevitable al ser uno de los mejores amigos de Charles, más se daba cuenta de que esa apariencia de *playboy*

superficial era una pose estudiada, como lo de fingir emborracharse en público para sacar ventaja de los que pretendían aprovecharse de su supuesta debilidad. De hecho, dudaba mucho que las señoritas despampanantes pero sin cerebro que le acompañaban a las fiestas acabaran en su cama.

—Y lo peor es que me estaba halagando e interiormente estaba pensando que era un milagro que se hubiera hecho una idea tan equivocada de mí. ¿Entiendes por dónde voy? —intentó explicarse Clara—. Dice que le gustan los defectos que yo he tratado constantemente de ocultar para parecer una chica normal. En el fondo, aunque por otros motivos, me comporto como todas esas que van tras su fortuna fingiendo lo que no son. Tengo que dejar de ser así. No puedo ocultarme tras una máscara por miedo a perderle. Le perdería igualmente y además pasaría el resto de mi vida con la idea de que, si me hubiera mostrado sin máscaras, a lo mejor no se hubiera acabado. Y, lo que es peor, si no llegara a acabarse, nunca sabría si es por mí o por la persona que finjo ser.

—No podría estar más de acuerdo —dijo su amiga, con un asentimiento para reforzar su aprobación. No obstante, no le gustaba que Clara fuera tan negativa, así que añadió—: Además, ¿quién sabe? Quizás él sienta lo mismo.

—Lo dudo. Ha dejado claro todo desde el principio y no me voy a hacer ilusiones en ese sentido. No quiero ni empezar a pensar en esa posibilidad, porque me conozco. Por primera vez en mi vida, voy a dejar de preocuparme por el futuro y pensar en el día a día —le aseguró Clara. Para frenar otra frase optimista de Adela, añadió—: Y, si se produjera el milagro, bienvenido sea.

Su amiga, al reconocer la resolución de su amiga, solo acertó a decir:
—Amén.

Capítulo 9

Disfraces

El viernes siguiente, Clara esperaba a David en la plaza en la que la había citado, con mucho misterio, sin saber muy bien qué iban a hacer por esa zona. No había, que ella supiera, nada de interés por allí cerca, y se sentía intrigada.

—Siento el retraso —dijo él a su espalda. Ella miró su reloj y vio que solo llegaba un minuto tarde.

—Eres puntual. ¿Qué hacemos aquí? —preguntó, incapaz de contenerse.

—No me digas que no lo has averiguado. —David soltó una carcajada cuando ella negó con la cabeza y señaló al local de enfrente.

—¿Un *sex shop*?

—El más grande de la ciudad. He pensado que podemos sacarle un poco más de partido a tu afición a los disfraces —explicó él, con picardía y sin el menor asomo de burla.

Para sorpresa de ambos, la reacción de Clara fue darle un golpecito juguetón en el hombro en vez de sonrojarse. Sin demorarse demasiado, porque estaba refrescando, entraron en la tienda, que tenía una decoración bastante elegante y presentaba los artículos eróticos sin la menor vulgaridad. David, que parecía conocer bastante bien el sitio, cogió una cesta para meter los productos que eligieran y la condujo de la mano escaleras arriba hasta la sección de disfraces.

—¿Y bien? ¿Qué prefieres? —preguntó, como un niño a punto de comprarse un juguete nuevo—. ¿Policías y ladrones? ¿Médicos y enfermeras?

—Un poco típico, ¿no? —respondió ella, con escepticismo. Esos tópicos estaban tan explotados que cualquier cosa que se les ocurriera improvisar llevándolos sería de todo menos original.

—¿Me disfrazo de butanero? —rió él, que había encontrado ese disfraz mientras pasaba de uno a otro para ver los que había.

—Qué sexy. —Clara rió al imaginar a David con el mono naranja y la bombona de gomaespuma. Se puso a su lado y le ayudó a pasar las perchas de un lado a otro.

—¿Caperucita y el lobo? —preguntó incrédula, al ver la foto de muestra.

—¿Te va la zoofilia? —bromeó él.

—No. Pero no me importaría que me devoraras entera —respondió ella, tentadora.

—Eso me lo apunto. —La mirada de David se volvió más intensa—. Aunque prefiero llevar algo que no pique y con lo que no me ase de calor.

—Vamos, que ya lo has usado antes y no te convence —comprendió Clara.

—*Touché*.

—De acuerdo. Descartamos también el de animadora americana, si no te importa —le pidió la joven. No se veía, ni aun disfrazada, dando saltitos con esa ridícula minifalda de escolar.

—No me importa. —David hizo una mueca. En su instituto, aunque resultaba demasiado americano, o precisamente por eso, había habido un equipo de animadoras y se había hartado de esquivar sus retorcidos planes para enrollarse con él; no le ponían nada—. De hecho, lo prefiero.

—Mmm... —Clara miró con interés el disfraz de demonio sexy, que constaba solamente de unas alas de murciélago, ropa punk que no dejaba nada a la imaginación y unos colmillos de pega—. Siempre he fantaseado con que una criatura fantástica me llevaba al lado oscuro.

—Pues a ti no te quedaría mal el de vampiresa sexy —susurró David al ver el siguiente, y descolgó ambos—. Habrá que turnarse. No se me ocurre cómo un diablo podría llevar al lado oscuro a una vampiresa.

—¿En serio? Qué poca imaginación, a mí se me ocurren muchas situaciones en las que un diablo y una vampiresa pueden pasar un buen rato juntos. Por no hablar de que, con unas alas a juego, podríamos fingir que soy una súcubo. Y si te quitamos las alas podrías ser un vampiro en busca de presas y yo, sin colmillos, una inocente chica gótica que quiere experimentar un poco. Y si cogemos ese sombrero y el caldero, yo podría ser una bruja que te ha encantado con un filtro del amor...

—Me encantas. —Él la miró sonriente y Clara se sonrojó levemente—. Tú sí que sabes sacarle partido a esto. Nos lo vamos a pasar de muerte. ¡A la cesta! —exclamó, y encestó ambos disfraces y los complementos que ella había mencionado mientras Clara seguía mirando el resto de prendas. David, que ya tenía medio claro cuando entró en la tienda los que le apetecía probar, propuso—: ¿Qué tal si te lo

pongo más complicado y añadimos este de bombero, el de ángel sensual y los de la azafata y el piloto?

—¿Me estás retando? Porque te aseguro que puedo sacar decenas de combinaciones...

—Eso espero —respondió David, con aire picarón, y también los puso junto a los otros—. ¿Qué más podemos llevarnos?

Acabados de revisar todos los disfraces, y añadidos un par más a la cesta, además de algunos antifaces que podían ayudar a customizar aún más algunas prendas, recorrieron las otras secciones en busca de productos que les llamaran la atención y bromearon con los usos de algunos de los más exagerados.

Media hora después, salieron del *sex shop* con los disfraces, varios botes de body paint, un vibrador y un nuevo juego sexual que él quiso añadir a su extensa colección. Comenzaron entonces a susurrarse todo lo que pensaban hacer con esos juguetes en cuanto llegaran al piso de David, que para pesar de ambos estaba en la otra punta de la ciudad.

—Mi piso está más cerca —propuso Clara.

—¿En serio? —se extrañó él— Pensaba que era territorio vedado.

—En realidad no —medio mintió Clara. Lo cierto era que no había querido invitarle a su casa, porque no quería tener recuerdos de él en el lugar donde vivía cuando lo dejaran. Pero había decidido que no era más que otra barrera que había colocado para protegerse y que por tanto debía desaparecer.

—Entonces fantástico —aceptó David.

No tardaron mucho en llegar pero, una vez en el apartamento, la curiosidad de David pareció superar al deseo y comenzó a pasearse, mirándolo todo con atención.

—Muy graciosa —dijo, al ver la foto que le había obligado a poner en sus perfiles sociales, que colgaba en la nevera sujeta por un imán de videojuegos *arcade*.

—¿Sabes? Creo que ya puedes quitar el orco-David de tu perfil —le concedió Clara—. Pero tengo intención de mantenerlo colgado en mi nevera, tienes que reconocer es una obra de arte.

—¿Estás de broma? Siento desilusionarte, pero ha triunfado y tengo intención de conservarlo —respondió él, pavoneándose.

—Así que ha triunfado... —dijo ella, pensativa. Todos los castigos que le había puesto, menos el de la primera fiesta, parecían haberse

vuelto a su favor—. Si no fuera porque la situación ha cambiado drásticamente, eso me cabrearía un poco.

—Si te sirve de consuelo, me sentó muy mal al principio, pero ahora que me he acostumbrado y que parece que a la gente le hace gracia... Eso sí, ¿no podrías hacerme alguna imagen más con distintos monstruos para ir cambiando y no aburrirme de ella? —le pidió el joven.

—Te haré un par cuando acabe con el otro proyecto —aceptó Clara.

—Por supuesto, eso tiene prioridad. —Rápidamente cambió de tema; no era el momento de hablar de trabajo—. ¿Esa eres tú? —preguntó al fijarse en el cuadro que tenía detrás. Clara enrojeció un poco al ver el collage en que colgaban las fotos que se hacía con sus ídolos en las distintas fiestas y expos a las que asistía, pero la actitud de su amante era más que favorable—. Guau. Dime que todavía conservas estos —añadió con voz grave, y apuntó a varios de los conjuntos más provocadores que había llevado.

—Los conservo todos... —le susurró al oído Clara—, pero ahora mismo lo que me gustaría es estrenar estos.

—Sus deseos son órdenes —respondió él y, olvidados ya todos sus propósitos de curiosear las cosas de su amante, comenzó a rebuscar en la bolsa.

Durante esa noche, representaron varias escenas de lo más sugerentes con algunos de los disfraces y ambos disfrutaron de lo lindo con el juego de roles. Tanto que, a partir de entonces, los disfraces estuvieron tan presentes en sus noches de sexo como los juegos que tanto le gustaban a David.

A él le encantaba que Clara tuviera tantísima imaginación; parecía que no se le agotaran nunca las ideas de lo que podían representar y siempre encontraba la forma de darle una gran carga erótica a cualquier escena. A ella, por su parte, le resultaba de lo más refrescante la buena predisposición de David a poner en práctica hasta sus fantasías más locas sin hacer que se sintiera un bicho raro ni incomodarla en lo más mínimo. De hecho, más de una vez él la sorprendió con alguna propuesta original de su propia cosecha.

Por supuesto, este nuevo añadido a su vida sexual hizo que cambiaran algunas cosas. La más importante era que, como Clara, además de los disfraces que habían comprado, tenía muchísimos más en su armario, pronto comenzaron a verse tan a menudo en su casa

como en la de él.

Por comodidad, David fue llevando algunos artículos de higiene a su baño poco a poco, sin que eso le molestara a ella en absoluto. Sin embargo, Clara se sentía incapaz de hacer lo mismo en la casa de él y prefería llevar en su bolso un pequeño neceser de viaje con todo lo necesario. Sí que se atrevió, por otro lado, a preparar ella misma algunos desayunos y a dejar caer que le gustaba acompañar su café con algunos productos de bollería, con lo que se libró de volver a probar sus espantosas tortitas.

Así, poco a poco fueron instaurando una rutina con la que ambos se sentían a gusto y no tardaron en pasar tanto tiempo juntos como cualquier pareja. A pesar de ello, ambos se negaban a aceptar, ni siquiera ante sí mismos, esa etiqueta en su relación: David por principio y cabezonería; Clara, porque estaba convencida de que no iba a durar.

Un par de semanas después, un despertador sacó a David del fantástico sueño erótico en que se hallaba inmerso, pero no le importó demasiado cuando abrió los ojos y se encontró frente a frente con la mujer con que deseaba llevar a cabo lo que había pasado en el mismo.

—Buenos días. ¿No sabes que los fines de semana está prohibido madrugar? —preguntó. La acercó más hacia sí, haciéndole notar su marcada erección.

—Solo los fines de semana en que no tienes que someterte a los preparativos de la boda de tus mejores amigos —respondió ella con cara de sueño—. ¿O es que pensabas escaquearte?

—Maldición. No me acordaba de eso —gruñó el joven. Apartó las sábanas, hizo amago de bajarse de la cama.

—Bueno, siempre podríamos llegar tarde —le detuvo Clara. Realmente, no podía resistirse a ese hombre, tanto más cuando la alternativa era llegar pronto a un acto social que no le apetecía nada. No por Adela, sino por los padres de la misma y los de Charles.

—Me temo que no —suspiró David—. Mi puntualidad es lo único que ha impedido que yo saque de quicio completamente a los Castelli. Si pierdo eso, sin duda pensarán que soy un caso perdido.

—Te llevas muy bien con ellos, ¿verdad? —se interesó ella.

—Prácticamente me han criado. Pasaba más tiempo en casa de Charles que en la mía —explicó el joven, y luego sonrió, divertido—. Es una suerte que

Charles fuera hijo único porque, si hubiera tenido una hermana, pasando tanto tiempo en su hogar, sin duda nos habrían hecho la vida imposible a Leo y a mí para que nos casáramos con ella.

Ambos soltaron una carcajada. No era un secreto que a Charles y Adela les habían presionado para forzar un romance entre ellos desde muy jóvenes, a pesar de que no se llevaban bien. Casi parecía un milagro que, tras tanto tiempo con la guerra declarada, se hubieran acabado por enamorarse.

Apenas tres cuartos de hora más tarde, después de ducharse por turnos para evitar que la pasión les hiciera retrasarse y tomar un rápido desayuno, se dirigieron a la tienda de bodas en la que habían sido convocados. Fueron recibidos por los padres de los novios; de estos últimos y del resto de invitados convocados no había ni rastro.

«Sin duda, porque están haciendo lo que nosotros deberíamos haber hecho esta mañana, en vez de venir con tanta prisa», pensó David, divertido.

—Sois los primeros en llegar —dijo Mabel Castelli, radiante de alegría—. Y venís juntos, ¡cuánto me alegro de que hayáis arreglado vuestras diferencias! No sabéis cuán preocupados estábamos. Otra copa en la cabeza de alguien podría echar a perder toda la ceremonia.

Ambos cruzaron una mirada, sin saber qué contestar, pero les salvó la oportuna aparición de Adela y Charles, seguidos al poco rato por Jazz, cuyo vuelo había llegado la noche anterior a las tantas de la noche. Esta vez, a sabiendas de que instalarse en casa de Clara podía entorpecer su relación con David, se había alojado en la vieja casa de Adela, que ya casi había acabado de trasladar sus cosas al nuevo hogar donde se iba a instalar con Charles, oficialmente, tras casarse. Aunque, por supuesto, desde que había llegado la cama, la pareja ya había comenzado su convivencia allí.

Al ver a Jazz sin su esposa, empezaron las lamentaciones de las futuras consuegras, que se tomaron a la tremenda la ausencia de Marcella. Esta se había quedado en Italia porque no podía permitirse cerrar tantos días su cafetería-pastelería con motivo de la boda. Por suerte, su marido había sido previsor y se había encargado de tomarle medidas por si había que hacer algún ajuste en el vestido.

Adela aprovechó la llegada de Leo y Ana, los últimos en aparecer, para hacer que se olvidaran del asunto y entraran de una vez en la

tienda, donde su madre comenzó a hablar.

—Bien, como todos sabréis, mi hija ha tomado la poco ortodoxa decisión de casarse de azul y no de blanco. —El tono de reproche era innegable, pero nadie dijo palabra ni para criticar la elección de la futura novia ni para defenderla—. De modo que se ha decidido que todo el vestuario conjunto con ese color. Charles y Adela llevarán los tonos más claros —llegada a este punto, matizó con voz cantarina—: y en esto soy inflexible. Los padrinos y damas de honor irán con azules más oscuros. De modo que lo único que tenéis que hacer es ponerlos de acuerdo con el tono y el modelo exacto que vais a llevar todos —siguió instruyéndoles mientras paseaba de un lado a otro como un general que daba la charla a sus cadetes—. Por desgracia, los caballeros tenéis menos donde elegir, solo hemos encontrado seis modelos de camisa, tres de chaleco y doce corbatas que cumplan con esas características. Vosotras tenéis mucha más variedad, por supuesto. Así que, ¡manos a la obra! Que cada grupo se vaya a su zona asignada.

David obedeció las instrucciones y se dirigió junto al resto a la sala donde les esperaban sus posibles trajes. Se produjo entonces un suspiro de pesar colectivo al ver lo que tenían delante, pero Charles no tardó en elegir su propia ropa y una posible combinación para cada uno de los demás.

—¿Todos conformes? —El resto, incluyendo los futuros consuegros, asintieron; estaban deseosos de salir de allí cuanto antes y confiaban en su criterio. Charles echó una foto a los trajes elegidos y se la mandó a su futura esposa para que eligiera en consonancia: solo les faltaba que escogiera algún azul que no “pegara” con el suyo y tuvieran que repetir todo el proceso—. Pues no se hable más. Nos los probamos, toman nota si hay que hacer algún arreglo y nos vamos a tomar algo.

—Estupendo —exclamó Jazz—. Así tendremos un rato para charlar tú y yo —añadió, y dio un par de palmetazos en la espalda de David con una mirada traviesa. El alivio que este había sentido por no tener que pasarse la mañana metido en la tienda se disolvió como un azucarillo en un vaso de agua, pero le echó valor y no intentó escaquearse.

Así pues, al más puro estilo de los padres sobreprotectores de las películas de Hollywood cuando un chico llega para llevar a su hija al

baile, Jazz le preguntó desde cuáles eran sus aficiones hasta sus opiniones sobre diversos temas de actualidad. No le interrogó, eso sí, sobre nada relacionado con su trabajo o con el dinero. David supo que no era porque ya estuviera enterado de esos asuntos, que eran más o menos de dominio público, sino porque no le interesaban en lo más mínimo. Eso, sin que Jazz lo supiera, hizo que David valorara más positivamente a ese excéntrico amigo de su amante y que no le mandara a paseo por algunas de sus preguntas, que rozaban lo impertinente.

No obtuvo ayuda, eso sí, de Charles y Leo, que se dedicaron a hablar con los futuros consuegros y, cuando estos se marcharon alegando cansancio, conversaron entre ellos sin intervenir.

«Esta os la devuelvo», pensó David, aunque sabía que, de haber estado en lugar de sus amigos, hubiera hecho lo mismo.

Entre tanto, las mujeres habían tenido la intención de hacer exactamente lo mismo que Charles y los demás, pero tenían un poco más difícil el escaquearse pronto de la prueba de vestuario, porque Magda y Mabel no estaban dispuestas a permitir tal cosa. Fueron asediadas por innumerables vestidos, muchos de los cuales tuvieron que probarse bajo la supervisión de las futuras consuegras, que no aceptaban un «no» por respuesta.

—Bueno, chicas, no nos tiremos aquí todo el día —aprovechó para decir Adela en cuanto las dos tiranas abandonaron la habitación para responder a una llamada urgente de la empresa de organización de bodas—. Yo ya he hecho mi elección.

—Espero que sea el único que no te hace parecer un merengue azul con patas —suspiró Clara.

—Y yo —estuvo de acuerdo Ana. Aunque Adela y esta última se habían hecho muy amigas, Clara no tenía mucha confianza con ella todavía. Sin embargo, cuando le guiñó el ojo, se sintió lo bastante confiada como para responder con una sonrisa.

—¿Acaso lo dudabais? Lo bueno es que, como las damas de honor tienen que destacar menos que la novia, vosotras también podéis descartar los vestidos merengue y los que no conjuntan con mi color, lo que reduce los modelos a elegir de forma considerable.

—Lo cual sigue siendo demasiado —suspiraron. No obstante, la cosa no fue tan mal y, en cuestión de diez minutos, habían decidido que solo tres eran aceptables, porque el resto eran o poco sexys, o demasiado

descarados o demasiado anticuados como para considerar llevarlos.

Todo habría acabado ahí de no ser por la reaparición de Magda y Mabel, que insistieron en que tanto Adela como sus damas de honor deberían probarse al menos diez vestidos más. A pesar de que no tenían intención de cambiar de idea, transigieron y se los pusieron con desgana. No obstante, cuando las futuras consuegras comenzaron a decir que deberían volver a probárselos, Adela se hartó:

—Se acabó, mamá. Nos pondremos los que hemos elegido o iremos en vaqueros.

—Pero cariño, ¿no te das cuenta de que entre que no vas de blanco y que habéis elegido los más simples parecerá más una fiesta de gala que una boda? —protestó Magda.

—Seguro que vosotras y las organizadoras que habéis contratado podréis soportarlo, o aprovecharlo en favor de hacer algo diferente y único —dijo Adela con hastío—. Además, solo insistís porque los vestidos que queréis poner vosotras combinan fatal con los que hemos elegido.

—¡Qué cosas dices! —respondió su madre en tono indignado, pero tanto su sonrojo como el de su mejor amiga dejaban bien claro que la futura novia no andaba desencaminada.

Gracias a eso, no tardaron en obtener el visto bueno pero ya, entre los ajustes y la elección de complementos, les dio la una del mediodía. Alegando cansancio o compromisos en otra parte, se escaquearon de la comida a la que Magda y Mabel pretendían arrastrarlas para seguir hablando de la boda y se reunieron en un pub cercano con Charles, David, Leo y Jazz.

En cuanto este último vio a Clara, se le acercó y la arrastró hasta el otro extremo del pub para decirle:

—Ese tío me gusta. Cuesta un poco encariñarse con él, pero vale la pena conservarlo porque en el fondo es leal —sentenció.

—No es una mascota —respondió ella, divertida.

—No he dicho nada parecido. —El artista se encogió de hombros—. Pero, abreviando, no se te ocurra dejarle escapar. Es el mejor que has encontrado o encontrarás nunca. Con diferencia.

—Ya hablaremos de eso con calma —susurró Clara; no era el momento ni el lugar para explicarle las innumerables razones por las que esa relación tenía fecha de caducidad.

Dicho esto, ella se volvió a acercarse al grupo y Jazz no tuvo más remedio que seguirla, aunque intuía por dónde iban los pensamientos de su amiga y quería que abandonara ese pesimismo. Estaba convencido de que David sentía algo más profundo por ella de lo que dejaba traslucir, y estaba claro que a la joven le pasaba otro tanto. Aun así, no le quedó más remedio que tener paciencia y esperar hasta que estuvieran solos, así que se unió a la conversación.

Tras tomarse un vermut, todos se dirigieron al restaurante en el que habían reservado mesa y David aprovechó el desplazamiento, gracias al cual tenían algo más de intimidad, para preguntarle a su amante:

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto?

—¿El veredicto? No sé de qué me hablas... —se hizo la loca Clara, aunque se lo imaginaba, porque conocía bien a Jazz.

—Venga, después del tercer grado al que me ha sometido tu amigo, me gustaría saber qué conclusiones ha sacado —rió David.

—¿Tan duro ha sido? —preguntó ella, con un leve fruncimiento de ceño. Tenía que hablar con Jazz también sobre eso; a veces se pasaba de sobreprotector.

—Bueno, llevamos horas en ese bar y no me ha dejado casi ni un respiro para ir al baño. A Charles y Leo les parecía tan divertido que no han hecho nada por ayudarme. Nadie me ponía tan nervioso desde que mi profesora de primaria me sacaba a la pizarra para hacerme los exámenes orales del temario que no había estudiado —bromeó él.

—Ay, pobre. —«Yo le mato», pensaba mientras lo decía—. Si te sirve de consuelo, has aprobado con nota. De hecho, casi me puedo imaginar la escena que me va a montar cuando lo nuestro se acabe.

Una expresión extraña cruzó el rostro de David, pero se recompuso tan rápido que Clara pensó que a lo mejor lo había imaginado.

—Bueno, es un alivio —respondió él, con su tono habitual. Siguieron hablando como si nada, pero ella no paró de darle vueltas a esa mirada y el único significado que se le ocurrió fue que el final de su relación estaba más cerca de lo que pensaba.

Nada más lejos de los pensamientos de David, al que el comentario de Clara le había afectado más de lo esperado. No es que hubiera motivos para darle importancia. Lo suyo era pasajero, ambos lo tenían bien claro, y ella ni siquiera había dado a entender que fueran a dejarlo pronto. De hecho, debería sentirse agradecido,

porque la actitud de Clara era la más apropiada, y no habría rencores cuando la cosa acabara.

Sin embargo, esos razonamientos que deberían tranquilizarle en realidad le molestaban. Quizás porque su ego no podía soportar que su pareja pensara en la ruptura antes que él, quizás porque odiaba pensar en el futuro, lo cierto era que ese «cuando lo nuestro se acabe» estuvo royéndole por dentro el resto del día.

Y más le royó cuando ella, al salir del restaurante, ya bien entrada la tarde, le informó de que pasaría la noche y todo el día siguiente de juerga con sus amigos. Adela y ella querían aprovechar la presencia de Jazz, cuyo vuelo no salía hasta el lunes a mediodía porque ese día a primera hora tenía una reunión con un galerista, para ponerse al día sin ordenadores ni teléfonos de por medio.

David siempre había valorado que sus parejas no quisieran estar todo rato que tuvieran libre con él, pero le hubiera gustado que pasaran el domingo juntos. Sin embargo, no vio la forma de decirle eso sin hacer tambalear los cimientos de una relación que se basaba en la premisa de «informal, abierta y puramente sexual».

A pesar de todo, esa noche no durmió bien y estuvo toda la mañana siguiente de un humor de perros. Parecía mentira lo tedioso que era despertar solo. O lo vacío que se veía el apartamento.

«Últimamente me he acostumbrado a la presencia de Clara, quizás demasiado», pensó mientras se lavaba los dientes y se daba cuenta de un pequeño detalle. «Desde luego, mucho más que ella a la mía, si tenemos en cuenta que yo ya he llevado un cepillo de dientes, la maquinilla de afeitar y algunas cosas más a su casa para tenerlos a mano los días que me quedo allí, mientras que ella no se ha traído ni un mísero cepillo de dientes a la mía».

Ese último pensamiento le enfurruñó todavía más, y consideró la posibilidad de volver a llevarse los objetos con los que había invadido la casa de su amante en cuanto tuviera ocasión. No obstante, se dio cuenta de que no tenía sentido a esas alturas. Lo que era peor: Clara podría malinterpretarlo. De hecho, conociéndola como la conocía, seguro que lo malinterpretaría. Aun así, se prometió no llevar nada más e intentar que ella se trajera algunas cosas a su casa para restablecer el equilibrio.

Decidido esto, llamó a Charles y a Leo para quedar con ellos y

desconectar; necesitaba salir de casa. Como era de esperar, Leo iba a pasar el domingo con Ana, pero Charles estaba en su misma situación: su prometida le había abandonado para pasar el día con Jazz. Así pues, fue a su casa para echar unas partidas en la consola, pero ambos estaban tan enfurruñados que no lograron levantarse el ánimo.

El que estaba de peor humor, de hecho, era el propio David, lo que llevó a Charles a bromear sobre que el que parecía abandonado por su prometida era él. David le soltó entonces una mirada fulminante acompañada de una perorata sobre lo transparente que era su relación con Clara, que era su amante y nada más. Eso hizo callar a su amigo, pero él tuvo que reconocer, para sí, que no le hubiera importado que fueran algo más que amantes. Y que, por primera vez en su vida, temía que su relación con una mujer llegara a su fin.

Capítulo 10

Dos reyes con las mismas piezas

El lunes siguiente, Clara se levantó muy pronto y prácticamente llegó la primera a la oficina. Como había dejado corriendo un programa, deseaba ver si había finalizado y, de haberlo hecho, si los resultados arrojaban algo de luz al problema de David. Además, había quedado en llevar a Jazz al aeropuerto, así que, dado que eso iba a partirle el día, quería aprovechar bien la mañana.

Cuando revisó los datos y preparó una visualización para facilitar su comprensión, se encontró con un resultado que la dejó de lo más desconcertada pero, por más que revisó una y otra vez todo, no encontró ningún fallo en sus conclusiones. Así pues, como imaginaba que David tendría la mañana ocupada, le llamó con la idea de que reorganizara su agenda para que ella se lo contara todo en persona en cuanto llegara.

David apenas había pegado ojo en todo el fin de semana dándole vueltas al comentario de Clara sobre el fin de su relación y a lo idiota que se sentía por haberse permitido depender de ella tanto que era incapaz de dormir un par de noches sin su compañía. Debido a ello, estaba agotado. Tanto que, tras apagar sus múltiples despertadores, llamó a su secretario para que anulara las primeras reuniones de la mañana. Cuando estaba tan cansado, prefería tomarse las cosas con calma y cargarse de cafeína antes de empezar a tomar decisiones.

Por eso, cuando sonó el teléfono, estaba desayunando con calma en vez de en el coche, de camino al trabajo. Al ver que era Clara, sonrió con picardía. Le vendría bien un poco de diversión, aunque ella no pudiera estar físicamente presente. Pero todo pensamiento sobre sexo telefónico se difuminó en cuanto ella dijo:

—David, ¿podrías hacerme un hueco en tu agenda esta mañana? Creo que tengo algo sobre lo de Natutel pero...

—Cuéntame —respondió, impaciente. Había pasado de modo juguetón a modo depredador en apenas unos segundos.

—Bueno... es que no tiene mucho sentido. Pero he revisado el análisis varias veces y, a no ser que mi método tenga un error bien gordo...

—Créeme, a veces en este mundillo se producen situaciones de lo

más inverosímiles —la interrumpió. Por su tono, la notaba dudosa y supo que era mejor tranquilizarla al respecto, seguro de que, fueran cuales fueran los resultados, serían correctos—. Ya pocas cosas me sorprenden, no me fio ni de mi sombra. Dime un nombre.

—El caso es que... todos los datos conducen a tu padre. —Por un momento, David no supo qué decir—. ¿David?

—Mi padre.

—Y la gente que más se relaciona con él —explicó Clara—. Por ejemplo, la mujer del asesor de inversiones es la subsecretaria de tu padre. Apenas semanas antes de que comenzara a discutirse esa ley que tanto os perjudicó, tu padre tuvo reuniones con varios políticos y...

—Vale —la cortó—. Sé por dónde vas.

—¿Y?

—Y, aunque te parezca sorprendente, debí verlo venir. —Ella escuchó un hondo suspiro al otro lado de la línea, pero no podía estar más sorprendida.

—¿Verlo venir? ¿Cómo demonios ibas a ver venir algo así? —preguntó finalmente, tan desconcertada como indignada.

—Porque es típico de él —se limitó a responder el joven.

—Pues no lo entiendo.

—Es complicado. Y largo de explicar por teléfono —dijo David. Como necesitaba tenerla cerca, no solo al teléfono, añadió—: Oye, yo todavía estoy en casa. ¿Podrías pasarte para que hablemos más tranquilamente del tema? Así también evitaríamos oídos indiscretos...

—Por supuesto —aceptó Clara. De inmediato, cerró su despacho y condujo hasta el apartamento de David. Una vez en el ascensor de subida, no tuvo muy claro cómo debía comportarse: él había reaccionado como si fuera normal que un padre saboteara a su hijo. Así pues, un abrazo consolador podía estar fuera de lugar, pero hacer como si no pasara nada también. Por tanto, cuando David abrió la puerta, se limitó a acariciarle el hombro tímidamente.

Él no dudó tanto y la besó. Fue un beso desesperado, porque la había echado de menos esos días y, aunque no le había sorprendido en lo más mínimo y se hacía el duro, en el fondo le había dolido y necesitaba un consuelo que no se atrevía a pedir. Una necesidad como esa le hacía vulnerable, por lo que pronto se apartó y dijo:

—Gracias por venir hasta aquí. Cuéntame cómo has llegado a esa

conclusión, por favor.

Clara comprendió de inmediato que él necesitaba recomponerse de su arrebatado de vulnerabilidad y procedió a informarle de la enrevesada red de relaciones, información e indicios que su programa había desenmarañado. Una maraña que tenía un eje central: el padre de David.

—... así que todo apunta a él, lo que no tiene sentido para mí, pero parece que para ti sí —concluyó ella, con un tono interrogativo que no pudo disimular.

—Digamos simplemente que, desde que nació, ha tenido un plan: ir regalándome empresas y responsabilidades de nuestro conglomerado comercial con vistas a su jubilación —le explicó David. Que supiera por dónde iban las intenciones de su padre no significaba que las comprendiera; quizás exponiéndoselas en voz alta a otra persona alcanzara a iluminarse en ese aspecto—. Según sus cálculos, iba a controlar más de la mitad de los activos familiares hasta entonces. El problema es que no tuvo en cuenta que yo iba a ir adquiriendo compañías y haciendo negocios por mi cuenta, ni que mis empresas irían bastante mejor de lo esperado. Todavía le quedan doce años para jubilarse y, para su desgracia, ya controlo más del cuarenta por ciento del grupo.

—Un momento —le detuvo Clara—. ¿Me estás diciendo que tu padre te sabotea porque no quiere quedar en segundo plano antes de su jubilación?

—Es un hombre muy controlador. —David se encogió de hombros—. Ni siquiera creo que en realidad deseara cederme ninguna responsabilidad, pero habría parecido que no me consideraba merecedor de la herencia y los inversores hubieran desconfiado. Por supuesto, no puede dejar de regalarme trozos del pastel en ocasiones especiales porque surgirían rumores al romper la costumbre, de modo que últimamente me da las empresas que están en problemas con la excusa de darme retos cada vez más complicados. —Una sonrisa traviesa apareció en su rostro—. Pero es tan previsible que siempre me adelanto a sus regalos y, cuando me los hace, ya he preparado un plan de choque que me permite arreglar los entuertos o deshacerme con elegancia del problema si me encuentro con que no hay forma de salvarlos...

—Es como una partida de ajedrez —acertó a decir Clara.

—Nunca lo había pensado así —comentó él, pensativo—, pero sería un poco más complicado, porque somos dos reyes que tienen que jugar con las mismas piezas. Con este panorama, es muy difícil hacer sacrificios, porque dichos sacrificios nos hacen daño a ambos. Y precisamente por eso debí pensar en él en cuanto me di cuenta de que los ataques a Natutel pretendían evitar el crecimiento de la compañía, pero sin llegar a hacer demasiado daño. Esa empresa era mi gran apuesta para acelerar su jubilación.

—Es horrible. —El tono de Clara no era nada bueno.

—Tienes que comprender que para mí será una liberación desbancarle cuanto antes —se justificó David, a la defensiva.

—¿Tú? Tú haces bien —Esas palabras le relajaron de inmediato—. Es él quien es horrible. ¿Qué clase de padre hace eso?

—La clase de padre que tiene hijos aunque no los desea, solo porque es lo que toca y no tener un heredero le puede perjudicar en sus negocios. Dado que no tiene ningún vínculo afectivo conmigo, se permite el lujo de no tratarme con consideración —respondió David con aparente indiferencia. Siempre pensaba que lo tenía más que superado hasta que su padre le hacía alguna de las suyas, pero no podía dejar que eso le afectara.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Clara, en tono guerrero. Él podía intentar disimular lo que quisiera, pero a ella no le engañaba: le dolía. Aunque, como se negaba a demostrar la más mínima vulnerabilidad, ella solo podía hacer una cosa: ayudarle a devolvérsela — ¿Busco formas de perjudicar de forma sutil alguna de sus empresas como represalia?

—Cielos, no. —David soltó una carcajada. Que ella se implicara en sus supuestos planes de venganza le complació mucho, pero en esa partida había que ser cuidadoso—. Simplemente, hazme llegar la información que has recopilado. Yo se la mostraré y amenazaré con hacer públicos sus intentos de sabotaje si no cesa su campaña secreta contra Natutel. Además, creo que aprovecharé para exigirle que deje de poner impedimentos a la compra de una cadena de hoteles asiática que tengo en el punto de mira desde hace tiempo. Eso compensará con creces su sabotaje.

—Sigue sin parecerme suficiente —refunfuñó ella.

—Tampoco es para tanto —dijo David, conmovido—. Además, no puedo hacer mucho sin perjudicar en el proceso mis propios intereses.

—Si hubiera estado en tu situación, le habría mandado a hacer puñetas hace mucho, aunque hubiera acabado viviendo debajo de un puente.

—Si hubiera hecho eso, habría sido el caos —le explicó él, que ya había paladeado esa fantasía en más de una ocasión, pero había tenido que renunciar a llevarla a cabo por su sentido de la responsabilidad—. Los inversores ponen mucho dinero con vistas al futuro y yo era el único seguro de que las cosas seguirían marchando si a mi padre le pasara algo. Si hubiera renunciado a mi herencia, habrían intentado recuperar su inversión y, dado el tamaño del imperio familiar, probablemente se habrían destruido las vidas de mucha gente.

—Eso es muy noble por tu parte —susurró Clara, y le cogió la mano sin darse cuenta.

—Tampoco mucho. No negaré que me gusta más la idea de ser rico que la de vivir bajo un puente —le quitó hierro al asunto David, aunque sin soltarle la mano—. Aparte de que cabrear a mi padre estropeand o sus cuidadosos planes de futuro me produce gran satisfacción.

—Si tú lo dices...

—Lo digo —respondió con seguridad. Le gustaba que ella pensara bien de él, pero no deseaba omitir nada ni esconder sus defectos. Tampoco quería seguir con el tema, así que cambió de tono rápidamente—. Y ahora que esto ya está solucionado, podemos pasar a cosas más placenteras.

—¿Por ejemplo? —preguntó ella, con falsa inocencia, al percibir por dónde iban los tiros.

—Bueno... he pasado por un largo fin de semana de abstinencia, porque mi amante decidió abandonarme por unos días...

—Y ahora que ha vuelto a tus brazos, ¿qué piensas hacer para recuperar el tiempo perdido? —Clara, provocadora, se sentó en su regazo, le besó y comenzó a desabrocharle la camisa.

—Oh, mi fantasía se ha disparado mucho en los momentos de soledad y tengo muchos juegos en mente... —Un nuevo beso de Clara le interrumpió y le hizo olvidarse de todo: los juegos podían esperar, el deseo largamente contenido no.

Ambos se quitaron la ropa, impacientes, y se unieron nada más

protegerse. Estaban tan excitados que no tardaron en llegar al orgasmo pero David, sediento de ella, no paró de besarla y acariciarla hasta que, poco después, volvieron a entrar en una espiral incontrolable de placer.

La alarma de un teléfono sonó en la lejanía aunque Clara, invadida por la pasión, ni siquiera se dio cuenta hasta que, minutos después de que ambos volvieran a llegar a la cima, exhaustos, recordó que tenía que ir a llevar a Jazz al aeropuerto. Justo entonces sonó la segunda alarma, que quería decir que tenía que salir ya si no quería llegar tarde, así que la joven se vistió apresuradamente y se despidió de David con la promesa de que esa misma tarde volverían a verse y para entonces tendría su informe completo sobre Natutech.

Poco después, Clara entró en su apartamento, donde Jazz llevaba ya un rato esperando.

—Llego a tiempo —dijo, sofocada, señalando su reloj, que marcaba la hora exacta a la que se habían citado para ir al aeropuerto.

Su amigo la miró de arriba a abajo y alzó una ceja:

—Si no fuera porque sé que vienes de la oficina, juraría que tienes cara de acabar de echar un polvete —dijo. Por supuesto, ella sintió que se le subían los colores y él lo notó—. ¡Lo has hecho! Cuánto me alegro por ti. ¿En la oficina? ¡Qué morbo!

—¡No lo hemos hecho en la oficina! —exclamó ella, indignada. Nunca haría tal cosa, la vergüenza la mataría y el miedo a ser descubierta le impediría disfrutar lo más mínimo del sexo.

—¿Por teléfono? Clarita, me encanta. Me requeteencanta.

—¿Por qué siempre te vas a lo menos obvio? Simplemente acabo de pasar por su casa para comentarle unas cosas —explicó Clara.

—Aun así, me encanta —insistió Jazz—. No se te ocurra dejar escapar a ese hombre.

—Jazz, ya hablamos de eso. No empieces —suspiró ella, que había pasado todo el fin de semana intentando contener el entusiasmo de su amigo con su nueva relación, que, no podía olvidar, tenía una desconocida fecha de caducidad.

—Sí, ya, todo ese rollo del *carpe diem* —bufó él—. Pero no estoy de acuerdo. Hay que tener valor para tomar tu decisión, sí, pero creo que hace falta mucho más coraje para tomar las riendas y luchar por una relación que vale mucho. En el fondo, estás convencida de que no le

mereces.

—¡Valiente estupidez! —se indignó Clara.

—Por favor, ¿por qué estás tan convencida, entonces, de que se va a acabar? —preguntó Jazz.

—Porque David no es esa clase de hombre —dijo ella, con convicción.

—Pues yo sí creo que es esa clase de hombre, pero que nunca se ha topado con la clase de mujer que necesita. Claro que ha estado con cientos de mujeres y que no ha durado ni un suspiro con ellas. ¡Lógico! Eran una panda de interesadas, eso se nota a la legua, pero si se le sirven en bandeja... está en su derecho de probar lo que le ofrecen. No es de piedra —razonó Jazz—. La cuestión es que tú eres distinta y él no es tan idiota como para no darse cuenta de ello. Está loco por ti.

—Si es así, no veo dónde está el problema —insistió ella. Lo más cómodo, además de lo más eficaz, era que fuera David quien marcara el ritmo, bien para dejarlo, bien para seguir avanzando.

—El problema es que es un hombre acostumbrado a que las mujeres den el primer paso, pero no puedes dar el primer paso para no parecerte a las otras, así que tienes que hacer que dé el primer paso sin que se dé cuenta de que es cosa tuya. Y todo eso sin olvidar nunca que tu falta de iniciativa puede dañar su ego. —Jazz adoptó una posición de profesor regañando y señalando con el dedo a un alumno díscolo y continuó—: Eso, querida, no se consigue dejando que pase lo que tenga que pasar. Requiere cierta planificación.

—Eso es bastante retorcido. Y no me gusta la idea de manipularle —se negó Clara.

—No es manipulación, es estrategia. Además, en el amor y en la guerra todo vale...

—Eso es una bobada —refunfuñó Clara para interrumpirle, pero su amigo ya no la hacía caso.

—... Pero no te preocupes, que yo he trazado un plan. Lo que tienes que hacer es alejarte un poco.

—Ni lo sueñes.

—Oh, venga ya, Clara. Deja de cerrarte en banda y escucha —insistió su amigo—. Estoy convencido de que le molestó que no pasaras el fin de semana con él, por eso esta mañana te ha pedido que vayas a su casa

para ponerse en plan jugueteón.

—No me ha pedido que vaya a su casa por eso, sino porque yo le he llamado...

—¿Qué? ¿Por qué? —la interrumpió Jazz en tono regañón—. Clara, nunca debes ser tú la que llama. Pensará que estás desesperada.

—Pensará que he acabado el encargo que me hizo, y que es información delicada, poco apropiada para hablarla por teléfono, motivo por el cual nos hemos visto en su casa —explicó ella.

—Aun así, no sé si me gusta que seas la primera en llamarle después de tanto tiempo sin veros. —Jazz negó con la cabeza, como si fuera una desgracia, pero luego una chispa de curiosidad prendió en su rostro—. ¿Y dices que has encontrado información delicada? ¿Al final quién era el saboteador?

—Eso es confidencial —respondió ella, categórica. Aunque fuera de las que hablaba de los encargos de sus clientes, que no era el caso, ni siquiera se le pasaría por la cabeza airear los asuntos de David, tanto menos ante su amigo, entre cuyas virtudes no se encontraba la de la discreción.

—Venga, porfaaa. —Jazz puso una falsa cara de pena que hizo que ella soltara una carcajada.

—En serio, no puedo decirte nada.

—Si me lo cuentas, te diré lo que tienes que hacer para conquistar a David definitivamente —intentó chantajearla Jazz.

—Irme contigo y con Marcella de vacaciones a Italia una buena temporada —adivinó Clara.

—¿Cómo lo has sabido? —se sorprendió el artista.

—Se te suelta la lengua cuando te emborrachas. Y llevas dándole vueltas al tema desde que le sometiste al tercer grado, cosa que, por cierto, aún no te he perdonado —le recordó ella.

—¿En serio? ¿Y qué más dije?

—Nada que no digas cuando estás sobrio. Pero a Marcella, cuando la llamaste, le dijiste que, aunque sea un poco sosa y aguafiestas, estás tan colado por ella que ni siquiera eras capaz de mirar a los bombones de alrededor sin pensar en su culito —dijo Clara, divertida.

—Oh, mierda —susurró Jazz, e intentó recordar si había algún tono de enfado velado en la conversación que había mantenido con su amada esa

misma mañana.

—No te preocupes, por lo que pude entender después, no se lo tomó mal.

—La próxima vez, me confiscas el teléfono antes de que pueda hacer una cosa así. Si la pillo de mala leche, no me deja volver —le pidió Jazz—. Pero estás cambiando de tema. Vendrás con nosotros de vacaciones, ¿verdad?

—No sé —dudó Clara. Lo que más le apetecía era pasar tiempo con David, no irse a otro país para alejarse de él. Por otro lado, hacía mucho tiempo que no se tomaba unos días para sí misma y, si se quedaba en casa hasta que le saliera un nuevo encargo, no desconectaría.

—Es justo lo que necesitas: que te eche de menos sin dar por finalizada vuestra relación —insistió su amigo. Sabía que ya la tenía medio convencida, aunque matizó—: Eso es importante, le tienes que decir que te vas unas semanas, pero no que hacéis una pausa ni nada parecido. Y mucho menos que le das permiso para retozar con otras.

—No hace falta decirlo. —Clara se encogió de hombros—. Se da por sentado que dos personas que no tienen nada serio y pasan más de una semana separadas pueden aliviar sus necesidades en otra parte.

—¿Es que acaso tú lo harías? —preguntó Jazz.

—No —respondió ella de inmediato—. Pero yo no soy él.

—Vamos, que no vas a irte de vacaciones con tu mejor amigo, cosa que llevas haciendo años y que, por diversos motivos, has postergado durante meses, solo porque temes que David encuentre a otra durante tu ausencia —dijo el artista con tono victimista. La tenía a punto de caramelo y, si la manipulaba un poco más, no tardaría en aceptar sus planes—. ¡Y luego decías que ibas a disfrutar el momento y que no te comerías el tarro!

—¡Yo no he dicho tal cosa! —protestó Clara, que comenzaba a sentirse culpable.

—Pues dame otro motivo para no venir —siguió con el ataque Jazz—. No tienes ningún trabajo a la vista tras la boda de Adela, hace año y medio que no te tomas unas buenas vacaciones y no tienes ningún compromiso.

—Pero...

—Además, te estoy asegurando que no solo no te va a dejar, sino que comprenderá que su vida es un asco sin ti.

—Su vida no es un asco —le defendió Clara. Vale que tuviera una familia horrible, pero eso lo compensaba el tener buenos amigos y un buen equilibrio entre su trabajo y su vida privada.

—Su vida sentimental sí es un asco —la contradijo Jazz—. Está hastiado de ir de mujer en mujer y quiere sentar la cabeza.

—Y eso lo sabes porque...

—Lo dijo él. —Clara alzó una ceja—. Vale, no lo dijo con esas palabras, pero soy bueno leyendo entre líneas. Así que, ¿vendrás?

—Lo pensaré —dijo ella, y era lo más que estaba dispuesta a ceder en ese momento, aunque solo fuera para que su amigo la dejara en paz.

—Debes saber que me pondré pesado si no vienes. Muy pesado. De hecho, me pondré tan pesado que ni siquiera yo me aguantaré a mí mismo —la advirtió Jazz.

—Estoy acostumbrada —rió ella.

—Oye, ¿se puede saber qué has querido decir con eso?

—Lee entre líneas —fue lo único que respondió Clara, con lo que dejó zanjado el tema. No obstante, ambos sabían que ella acabaría por acceder a la propuesta de Jazz. Además, en el fondo, Clara admitía que, para bien o para mal, poner un poco de distancia en una relación como esa era inevitable tarde o temprano. En el fondo, era preferible que la idea partiera de ella y no de él.

Capítulo 11

Operación Novia Cansina

Las siguientes semanas, tras mandarle un informe detallado a David y dar por finalizado el proyecto, Clara las dedicó a formarse en las últimas novedades del mundo del Big Data. En un mundo tan acelerado y cambiante, era imprescindible no quedarse atrás, aunque se esforzaba por mantenerse en la cresta de la ola.

De este modo, se mantuvo tan ocupada como cuando estaba inmersa en un proyecto, y su poco tiempo libre lo dividió entre pasar más tiempo con David y ayudar a Adela con la boda. Conforme se acercaba la fecha de la ceremonia, las futuras consuegras estaban cada vez más estresadas y tanto los futuros novios como su séquito se vieron inmersos en la vorágine de unos preparativos a los que, en el fondo, ninguno daba la más mínima importancia. Sin embargo, todos comprobaron que era mejor seguir la corriente a Magda y a Mabel que contrariarlas.

Incluso la despedida de solteros, una semana antes de la ceremonia, tuvo que ser a su gusto, en un spa que reservaron en exclusiva para la ocasión. Adela y Charles prefirieron no discutir, ni siquiera cuando invitaron a gente que no les caía bien, y se limitaron a luchar para que la despedida solo durara un par de horas en vez de todo el día, como había sido su intención inicial.

Por suerte, en ese último acto oficial solo tuvieron una pequeña crisis cuando las futuras consuegras vieron aparecer a Jazz sin Marcella y se pusieron en lo peor. No obstante, se calmaron cuando les explicó que ella se había quedado en casa porque se estaba recuperando de una gripe y, después de eso, todo fluyó con normalidad.

Acabado el evento, los novios y sus séquitos se libraron con elegancia de todos los demás invitados que les habían impuesto y se fueron a celebrar la despedida de verdad todos juntos.

Y, por fin, llegó el gran día. El emplazamiento, la zona más hermosa de un parque que, no se sabía cómo, habían logrado que se cerrara especialmente para la ocasión, parecía sacado del país de las hadas. Se habían instalado las sillas y una pequeña carpa que, con innegable buen gusto, armonizaban con el entorno. Los invitados, entre los que había todo tipo de personalidades importantes del mundo de la

política, los negocios y la cultura, no se quedaban atrás y lucían las mejores galas de las mejores firmas.

Entonces, cuando ya había pasado un tiempo prudencial desde la llegada del novio, comenzó el espectáculo: la mejor orquesta que se podía encontrar en el país comenzó a tocar, pero la melodía, pocos segundos después, se estropeó por una sonora tos. Las futuras consuegras miraron a su alrededor, en busca de aquel que osaba estropear la entrada de la novia, pero tuvieron que contener su enfado al ver que el culpable no era otro que Charles.

Entre tanto, Adela hizo su aparición. Las dos mujeres se tensaron al ver que no llevaba el ramo, pero el supuesto olvido quedó explicado al detenerse ella a unos pocos pasos y llevarse un pañuelo a la cara justo a tiempo para amortiguar el poco digno estornudo.

Al borde del ataque de nervios, las madres de los novios sacaron al unísono sus abanicos y empezaron a darse aire con vigor, como si ese acto tuviera poder para paliar el desastre. No había nada que hacer, por supuesto, y el resto de la ceremonia transcurrió entre estornudos, toses y, lo que era peor, discretas y no tan discretas sonadas de mocos, tanto de los novios como de su cortejo nupcial.

Por supuesto, las dos mujeres hicieron lo posible para que todo saliera perfecto a pesar del griponcio de los actores principales de la función, pero encontraron obstáculos en cada fase de su bien estudiado plan del día. De entrada, tuvieron que tomar muchas más fotos de las debidas porque, siempre que el fotógrafo disparaba, algún miembro del cortejo, o los propios novios, estornudaban o tosían arruinando la toma.

Esto retrasó la recepción, en la que los invitados, reticentes, daban un apretón de manos rápido a la pareja manteniendo la máxima distancia posible permitida por las buenas maneras en un intento de evitar contagios. Eso, en el fondo, fue una suerte, porque, aunque no faltaron los que deseaban tanto algo de los novios como para arriesgarse a pillar la gripe con tal de quedar bien con ellos, agilizó esa parte.

De este modo, la comida solo empezó media hora más tarde de lo previsto. Aun así, eso tuvo como consecuencia que los platos calientes no estuvieran en su punto, lo que para las dos mujeres, que habían planeado todo durante años, incluso cuando sus hijos se

odiaban, fue un auténtico drama.

Los novios y su cortejo, sin embargo, disfrutaron de la ceremonia aunque estuvieran tan agotados por la gripe que apenas se pudieran tener en pie. De alguna manera, David, Leo, Adela y Charles se las arreglaron para seguir como un pincel durante todo el día, sin que se les notara la enfermedad más allá de los frecuentes estornudos y toses. Sin embargo, Clara se sentía como un monstruito, sentimiento que compartía Ana, que así se lo confesó cuando fueron juntas al lavabo en un último intento fracasado por salvar su maquillaje. Jazz, por su parte, parecía recién levantado a pesar de los esfuerzos constantes de Marcella, origen de la gripe del grupo y ya recuperada de la suya, para arreglarle el pelo y alisarle un poco la ropa.

—¿Podemos morirnos ya? —preguntó Clara, desplomándose en su puesto de la mesa de honor cuando ella y Ana volvieron del aseo.

—Será mejor que esperemos a después de la tarta —respondió David. Se acababa de tomar un medicamento contra la gripe y estaba removiendo el sobre que había disuelto en agua para Clara, que se lo tomó de un trago en cuanto se lo tendió antes de decir:

—No creo que pueda aguantar tanto.

—Vamos, no te quejes —suspiró Adela—. Vosotros al menos os podréis escabullir en el baile de después del banquete. Charles y yo tenemos que aguantar hasta el final si no queremos que a nuestras madres les dé un síncope. Hace un rato prácticamente nos han regañado porque se han convencido de que nos hemos puesto enfermos todos a la vez intencionadamente, para llevarles la contraria y deslucir la boda de la década. Y a Marcella la odiarán por toda la eternidad —bromeó—. Pero bueno, es mejor que hayan pasado a ese estado, porque se han pasado todo el día a punto de llorar por la frustración.

—Recuérdame por qué no os fugasteis a Las Vegas cuando tuvisteis oportunidad —rió David.

—Sus padres les habrían matado. O se habrían muerto del disgusto —rió Leo.

—Hubiera dado lo mismo. Habrían hecho su espectáculo igual y habría sido peor para nosotros, porque nos habríamos sentido culpables y nos habrían hecho acceder a cualquier cosa con tal de compensarles el mal trago —suspiró Adela. Por pesados que pudieran

ponerse, no dejaban de ser sus padres y quería que estuvieran bien. Si todo el paripé de la boda les hacía felices, Charles y ella estaban dispuestos a soportarlo. Después de todo, no era como si les obligaran a casarse con alguien a quien no amaban, aunque sin duda en el pasado habían insistido mucho en que lo hicieran, convencidos como estaban de que acabarían enamorándose, cosa que al final había ocurrido.

—No será para tanto —dijo Marcella, con ingenuidad.

—Tuvimos que negarnos a entrar en el parque en caballos blancos. Cuando lo hicimos, dijeron que como mínimo teníamos que llegar en carrozas —soltó Adela como respuesta.

—Y querían teñir las plumas de cien palomas con los colores del arco iris para soltarlas cuando estuviéramos casados —añadió Charles.

—Por no hablar de lo de contratar a trapeceistas y equilibristas para que amenizaran la cena...

—... o los helicópteros...

—... o la decoración exótica que incluía animales vivos...

—Vamos, un despliegue digno de las marcas más ostentosas de la semana de la moda —les cortó con una risa Marcella.

—Generalmente tienen muy buen gusto, pero en este asunto el entusiasmo les ha desbordado —dijo Adela, cansada—. Y no ayudaba que las organizadoras de boda se mostraran tan predispuestas a decir que sus planes eran maravillosos y a proponer todo tipo de extravagancias.

—Cuanto más se gastaran en excentricidades, más cobrarían —apuntó Ana, que estaba algo afónica.

—Yo haría lo mismo —estuvo de acuerdo Clara—. Primero me aseguraría de que mi cliente se gastara lo máximo posible y luego ya me preocuparía para que no pareciera una cutrez.

—¿En serio lo harías? —se extrañó David.

—Por supuesto. Una cosa es mi trabajo, con un presupuesto cerrado y la necesidad de confianza absoluta... Pero si tuviera que trabajar para dos señoras que cuentan con presupuesto ilimitado y cuyo objetivo principal es que su evento sea el más memorable de la década, no me lo pensaría —explicó Clara—. Una cosa es tener integridad y otra ser tonta y no sacar el máximo partido a un filón de oro.

—No sé cómo lo haces, pero siempre me sorprendes —dijo David

pero, debido a su congestión, Clara no supo si el tono era de admiración o de todo lo contrario.

—¿Para bien o para mal? —preguntó.

—Para bien, por supuesto. Siempre para bien.

Clara se acercó para besarle, pero su traicionero cuerpo eligió justo ese momento para estornudar. Se encogió de hombros como disculpa tras sonarse lo más elegantemente posible y la respuesta de David fue un sonoro ataque de tos. Soltaron una carcajada al unísono y sus amigos intercambiaron miradas cómplices.

Justo entonces, se apagaron las luces y una tarta gigantesca que parecía una auténtica obra de arte (de chocolate, por supuesto, Charles no hubiera permitido otra cosa) hizo su entrada estelar iluminada por un foco. Los novios tuvieron que levantarse y comenzó de inmediato el ritual del corte de la tarta, que por suerte no quedó deslucido por toses ni estornudos.

Cuando todo acabó y comenzaron a repartirse las porciones, el cortejo al completo se relajó un poco, a sabiendas de que pronto podrían escabullirse. Poco a poco, el salón comenzó a despejarse y Clara, acabada su tarta y algo mejor porque el medicamento le estaba haciendo efecto, le susurró a David:

—Me debes un beso.

—Y tú a mí —respondió él, picarón—. Pero será mejor que nos vayamos antes de que...

—¡Ahí estáis! ¿A qué esperáis? —Las consuegras se dirigieron a ellos con paso decidido y solo les faltó empezar a arrastrarles—. El cortejo de honor tiene que salir a bailar justo después de que los novios abran el baile.

—Maldición —le susurró David, mientras se levantaban sin ganas y se dirigían a la pista de baile—. Nos han atrapado. Ahora estaremos hasta las tantas de la noche aquí.

—No exageres. Si las complacemos en esto, seguro que disminuyen su vigilancia y nos podemos escapar.

—Clara, en esta boda está todo el mundo. Antes del banquete es el tiempo de las presentaciones y de los saludos a los conocidos. Ahora es el tiempo de explotar al máximo el hecho de que haya tanta gente importante reunida en el mismo sitio y tantear el terreno para futuros negocios —le explicó él. Había vivido demasiados acontecimientos

similares y sabía de lo que hablaba—. En cuanto abandonemos la pista de baile, me abordarán todos los que quieren hacer negocios conmigo, o cuidar los negocios que ya tenemos... que son la mayor parte de los invitados. Y con este catarro dudo que pueda darle a mis comentarios hirientes un tono lo suficientemente desalentador como para que me dejen en paz pronto. No esperes empatía: que me vean hecho polvo lo único que hará será alentarles.

—Pues no estoy de humor ni para aguantar eso ni para pasarme el resto de la noche en la pista de baile tratando de evitarles —se quejó Clara.

—Intentaré pensar algo para excusarte —suspiró David. Magda y Mabel les estaban haciendo señales para que se colocaran en sus puestos, y así lo hicieron.

—De eso nada, amigo. Estamos juntos en este barco. —Él sonrió, agradecido—. ¿Crees que un dueto de mocos conseguiría mantenerles alejados? Porque es un recurso que tenemos en abundancia...

—Eso solo alejará a los menos desesperados por engatusarme, que son precisamente los que menos me preocupan —la desesperanzó David.

—Bueno, entonces creo que será mejor que me ponga a actuar —propuso Clara, con decisión—. Seré la niña mimada, tonta y cargante que se pone de morritos porque quiere irse a casa y es incapaz de hacerlo sin que la acompañe su hombre.

—¿En serio? —se sorprendió él, y justo en ese momento tuvieron que empezar el baile—. Con lo tímida que eres, me sorprende que estés dispuesta a comportarte así en público.

—He ganado bastante seguridad desde que nos conocimos, por si no te habías dado cuenta. —Clara se encogió de hombros levemente, para no romper el ritmo. Aunque el vestido de dama de honor no era en realidad uno de sus disfraces, en un ambiente como ese podía permitirse actuar como si lo fuera—. Además, no voy a volver a ver a esta gente en mi vida.

Ese último comentario sentó como una bofetada a David.

—A lo mejor a mí me gustaría que volvieras a ver a esa gente —replicó, a pesar de que sabía que, si ella comenzaba a acompañarle a diferentes actos sociales, cambiaría el *status quo* de la relación.

—¿De veras? —se extrañó Clara. Ella también se daba cuenta de lo que eso supondría y quería asegurarse de haberle entendido bien—.

Pensaba que lo nuestro iba más encaminado a vernos a solas, no a que te acompañara a los acontecimientos públicos.

—Lo paso bien contigo en los acontecimientos públicos —se limitó a responder David.

—Ah... —Clara pareció dudar—. Bueno, supongo que... si siempre represento el mismo papel en esta clase de actos...

—No tienes que representar ningún papel. Eres maravillosa tal y como eres —afirmó él, con rotundidad. Clara se sonrojó:

—Bueno, la idea es precisamente no resultarles encantadora, para espantarles.

David se relajó un tanto y apartó todos los sentimientos que le habían invadido con el comentario de ella, además de la reacción que habían desencadenado en él, para estudiarlos con más detenimiento cuando estuviera solo.

—¿Qué demonios? Una novia florero lo suficientemente cargante podría funcionar... pero hay un par de personas a las que no me interesa espantar, ni esta noche ni ninguna...

—Hazme una señal —propuso ella—. Cuando tenga que refrenar mi actuación, di la palabra «cielo».

—Podría funcionar... —dijo pensativo. Las últimas notas de la melodía le indicaron que se les acababa el tiempo y un nuevo ataque de tos acabó de decidirle—. La Operación Novia Cansina tiene luz verde.

Nada más acabar el baile, lo más cerca posible de la salida del salón, fueron abordados por el primer tiburón al acecho y Clara comenzó su actuación. Fue impecable, ya que todos los subterfugios que desplegaban los hombres de negocios para camelarse a David se desmoronaban en cuanto ella comenzaba su retahíla de protestas infantiles. La joven tenía que reconocer que, de no ser por el resfriado —y por el tremendo dolor de cabeza que tenía como consecuencia del mismo— hubiera disfrutado como una enana con sus caras de desconcierto. Resultaba divertido ver cómo, impotentes porque no estaban preparados para una intervención como la que estaba representando, intentaban sin éxito reconducir la conversación, hasta acabar por desistir a los pocos minutos.

El resto de los que se acercaban a David, aquellos con los que estaba interesado en hacer negocios, eran lo bastante avisados como para darse cuenta de que no era el mejor momento para hablar con él. Por

tanto, no hacía falta que Clara —avisada por la palabra clave— se pusiera pesada para que sacaran sus *smartphones* y concertaran una cita con David otro día en el que pudieran hablar con más calma. Gracias a ello, poco a poco se fueron acercando a la salida.

—Podría acostumbrarme a esto —rió ella, al ver a otro cansino salir por piernas cuando la vio fingir el inicio de una pataleta.

—¿En serio? Porque definitivamente te quiero en todas mis fiestas. Ni mis comentarios hirientes más inspirados tienen un efecto tan demoledor —respondió él, tanteando el terreno.

Clara le respondió con una media sonrisa que se podía interpretar de mil maneras, sin mojarse. Intentaba así no parecer ni demasiado deseosa ni demasiado reacia a aceptar la perspectiva de acompañarle como su pareja a actos sociales. Por dentro, sin embargo, se esforzaba por contener las esperanzas de que los comentarios sobre ir juntos a fiestas durante un tiempo indefinido significaran algo más al margen de que era buena espantando moscones. O algo más que comentarios encaminados a darle seguridad en sí misma. Desde hacía un tiempo, David se tomaba casi como algo personal el argumentar contra cualquier comentario de Clara que llevara implícita la menor nota de inseguridad o autocrítica.

—No me lo puedo creer. ¡Casi estamos fuera! —La aliviada voz de David interrumpió sus pensamientos.

—Bueno, está claro que, si no hubiera sido por mi pánico escénico, no hubiera tenido problemas para ser actriz. —Justo entonces advirtió un nuevo movimiento de moscones a derecha y señaló con discreción a la pareja que se les acercaba—. Hablando de actuaciones, me temo que voy a tener que hacer una más antes de que podamos salir de aquí.

—Maldita sea —susurró él, tenso como un resorte tras mirar con disimulo en la dirección en que había señalado—. Acelera. Será mejor que salgamos de aquí antes de que nos alcancen.

—¿Por qué? ¿Quiénes son? —preguntó Clara.

—Mis padres —replicó él con sequedad. Aceleró el paso y la obligó a acelerar a ella también, ya que le tenía cogido por el codo.

—Espera, espera. No eres tú el que debería huir —dijo ella, aunque sin intentar detenerle: no era quién para hacer eso.

—Créeme, si no estuviera medio muerto ahora mismo no te lo discutiría. Incluso puede que disfrutara con la confrontación. —Un estornudo reforzó sus palabras—. Pero no estoy en condiciones.

—De acuerdo. —Clara aceleró aún más el paso—. En cualquier caso, ¿qué hacen aquí? Creí oírte decirles algo a los Bianchi acerca de una reunión ineludible en Sudamérica que les había impedido llegar a tiempo.

—Eso dijeron para excusar su ausencia en la ceremonia. Pero supongo que han cogido un vuelo para llegar justamente ahora que la fiesta está en su apogeo —suspiró David—. Ya me extrañaba que dejaran pasar la oportunidad de codearse con tanta gente poderosa pero, como por lo general evitan asistir a los actos en los que estoy presente con la excusa de que con que vaya un representante de la familia es suficiente, tenía la esperanza...

—¡David! —exclamó una voz autoritaria a sus espaldas.

—Maldición —musitó David, con tono resignado, antes de girarse—. Buenas noches, papá.

Su padre hizo una mueca ante el apelativo y David sintió una gran satisfacción al verlo. Nunca le había gustado que su hijo le llamara «papá», porque pensaba que no era lo suficientemente respetuoso. Por supuesto, saber que le molestaba era razón suficiente para que David usara ese apelativo cariñoso, sin cariño alguno, cada vez que le veía. A pesar de que era uno de los hombres más poderosos del planeta, hacía años que le había perdido el respeto. Por no hablar de que llamarle «padre» le parecía tan arcaico como ridículo en estos tiempos.

A su madre, por su parte, directamente no le dirigía la palabra desde hacía años. Había escogido el papel de mujer florero y nunca se había salido del mismo, ni siquiera para dar a su hijo un poco de afecto, protección o consuelo frente a las maquinaciones de su padre, lo que había dejado a David a la merced de un hombre que pensaba que su descendiente era un muñeco moldeable a voluntad cuya vida podía planificar al detalle a su conveniencia.

—No te irás ya —dijo él, con sequedad, como si hablara con un subordinado en vez de con su hijo.

—En realidad sí. Me temo que tenemos compromisos en otra parte —respondió David, con aire indiferente.

—Si dichos compromisos no implican a alguno de los presentes en esta fiesta, sin duda no son lo bastante importantes —objetó su padre, con una mirada despectiva hacia Clara—. Todo el que es alguien ha venido.

—Dado que ya he visto y saludado a todo el que «es alguien», no veo por qué debería quedarme. Además —añadió con un despreocupado encogimiento de hombros—, ya estás tú aquí para representar a la familia.

—Esa no es la actitud que te he inculcado respecto a los negocios.

—En realidad sí —respondió David, con desparpajo—. Y no deberías tomártelo tan mal, dado que así tienes oportunidad de recuperar un poco del terreno que perdiste hace poco...

—Ya. Ese desagradable asunto.

La actitud del empresario al sacar este tema a colación dejaba a las claras que no era de los que se tomaban las derrotas con deportividad y, de no conocer toda la historia, a David le hubiera incomodado que Clara escuchara la conversación. Como la conocía, no obstante, se permitió el lujo de regodearse un poco

—Desagradable porque te cacé a tiempo, truhán. —Su padre dio tal respingo al escuchar semejante falta de respeto que David sintió un ramalazo de satisfacción—. Si te hubiera salido bien la jugada, ahora estarías muy gallito.

Su madre soltó un gemido y comenzó a abanicarse, mirando alrededor abochornada por si alguien había escuchado esas palabras.

—Ajá. —Como no podía defenderse ante esa actitud, el padre de David decidió atacar y se giró hacia Clara—. Supongo que tú eres la responsable de que saliera todo a la luz. Hay que tener valor para irritar a alguien de mi talla por un poco de dinero y por mantener el interés de mi hijo.

—¿Cómo dice? —preguntó Clara, indignada.

—Sin duda no eres tan lista como parece —continuó él—. Es increíblemente sencillo para la gente como yo arruinar a quien me irrita.

—¿La estás amenazando? —La ira comenzó a invadir a David hasta el punto en que ni siquiera fue capaz de disimular su tono sombrío. Cerró entonces el puño, como si se preparara para estampárselo en la cara a su progenitor si continuaba en esa dirección.

—Ahora tienes la protección de mi hijo —siguió él, ignorando el creciente enfado de David—, pero ¿qué pasará cuando se canse de ti? ¿O es que crees que es tan tonto como para casarse contigo?

Clara refrenó a su amante, lo que evitó que pegara un puñetazo a su propio padre delante de todo el mundo y, lejos de amedrentarse, dijo

con toda tranquilidad:

—Podría intentar algo contra mí, si realmente es tan mal perdedor como para pagar su fracaso con una persona que solo hace el trabajo para el que la han contratado. Pero entonces yo haría salir a la luz una serie de documentos que no le dejan en buen lugar, y no solo los que demuestran que usted sabotea a su propio heredero. Le sorprendería la cantidad de información perjudicial para un hombre como usted que puede encontrarse sin necesidad de caer en la ilegalidad. Una se encuentra esa clase de cosas cuando investiga, ¿sabe? Y, como soy de las que se defienden solas, me encargo de recopilar esos datos y guardarlos en lugar seguro antes de que alguien se dé cuenta y los borre.

—¿Cuánto quiere? —preguntó el hombre de negocios, con el rostro lívido.

—Cuánto no, qué —replicó ella—. Limítese a dejarnos en paz y no intente nuevas jugarretas. Si puede hacer eso, le aseguro que los documentos no saldrán a la luz. Y ahora, si nos disculpa...

Clara tiró de David, que la siguió al exterior sin pronunciar palabra. Ni siquiera él había logrado nunca poner a su padre en una situación semejante. Eso, unido a la seguridad con la que había hablado ella, sin una pizca de timidez, le llenó de orgullo.

—No te habrás enfadado por haberle dicho eso a tu padre, ¿no? —dijo ella, de nuevo insegura, cuando ya estaban fuera.

—¿Estás de broma? Todo lo contrario. —Sonrió y la miró con picardía—. ¿Podré echar un vistazo a esos documentos? Estoy deseando ver qué le ha puesto tan nervioso.

—Me estaba tirando un farol —confesó Clara—. Aunque, por la cara que ha puesto, apuesto a que existen. Indagaré un poco, solo por cubrirme las espaldas.

—Sabes que no hace falta que te cubras las espaldas. No permitiría que te perjudicara, bajo ningún concepto —respondió él, algo ofendido porque ella pensara que existía la posibilidad de que la dejara tirada en ese asunto, aun en el caso de que dejaran de estar juntos, posibilidad que cada día le parecía menos atractiva.

—Por supuesto —dijo ella al instante, lo que le hizo relajarse—. Pero me ha cabreado tanto que me gustaría tener en mi poder algo que le pueda hacer daño si se pasa de la raya.

—Bienvenida a mi mundo —rió David, a lo que siguió un ataque de tos. Clara le dio un breve abrazo, que él agradeció profundamente, antes de que ambos entraran en el coche con conductor que habían contratado para que les llevara a casa.

Capítulo 12

Una llave en el bolsillo

Después de la boda de Adela y Charles, David se encontró inmerso en una espiral de trabajo. Su padre no había tenido más remedio que ceder a la compra de la cadena de hoteles asiática que llevaba en su punto de mira tanto tiempo, lo que implicaba duras negociaciones. Así pues, dado que de todas formas no iban a poder verse mucho, Clara se decidió por fin a aceptar la propuesta de Jazz y disfrutar de unas bien merecidas vacaciones. David no dio ninguna señal de disgusto, al menos que ella percibiera, por lo que se sintió un poco decepcionada y se reafirmó aún más en su certeza de que su relación no estaba hecha para perdurar en el tiempo.

Nada más lejos de lo que pasaba por la cabeza de David, que había dado muchas vueltas a cómo hacer que se quedara sin pedírselo de forma abierta. Sentía que su relación era cada vez más desigual: ella seguía manteniendo las distancias mientras que él lo único que deseaba era acortarla sin exponerse demasiado. Acostumbrado como estaba a que las mujeres tomaran la iniciativa, aunque sabía que ese no era el estilo de Clara, tampoco tenía la más remota idea sobre cómo abordarla para que se sentaran a hablar de su futuro juntos sin quedar en una situación vulnerable. Así pues, lo único que se le ocurría era pasar todo el tiempo posible con ella y soltarle alguna indirecta de vez en cuando, tácticas que no parecieron hacer mella en ella.

Pocos días antes de que Clara se fuera, David se pasó por su apartamento y se encontró con que parecía una zona de guerra.

—¿Es que ha pasado un huracán y no me he enterado? —preguntó, divertido, cuando ella le abrió la puerta. No tenía llave de su apartamento a pesar de que ya llevaban mucho tiempo viéndose. Él, por su parte, llevaba días con la copia de la llave del suyo en el bolsillo, sin que nunca le pareciera buen momento para dársela a Clara.

—Solo estoy haciendo las maletas —respondió ella, tras darle un suave beso. Al echarse para atrás, un montón de tela se enredó en su pies y casi la tiró al suelo, por lo que lo apartó de una patada.

—Creía que no te ibas hasta dentro de unos días... —la tanteó David.

—Y así es. Pero nunca se me ha dado bien lo de hacer mi equipaje,

y así aprovecho para organizar mis armarios y hacer limpieza general —explicó Clara, con un suspiro de agotamiento—. A todo esto, ¿qué haces aquí a estas horas?

—Aunque parezca increíble, una serie de casualidades simultáneas han dejado un hueco de dos horas en mi agenda, así que he adelantado mi horario y lo he dejado por hoy —mintió. En realidad, había vuelto loco a todo el mundo para reorganizar su agenda y poder pasar la tarde con ella, quizás también para darle la llave y aclarar un poco lo que pasaría entre ellos a continuación.

—Pues me has pillado en el peor momento —dijo Clara. Se había adecentado como había podido cuando él llamó al timbre, pero se sentía sucia y era consciente de que le hacía buena falta peinarse y un lavado de pelo—, pero lo puedo dejar para mañana.

—De eso nada, no me gusta la idea de interrumpirte —replicó él, malinterpretando su comentario. Se dijo a sí mismo que, si estaba tan deseosa de perderle de vista que ya estaba haciendo las maletas y no se alegraba de su presencia, no era buena idea darle la llave, así que la soltó y sacó la mano del bolsillo.

—En el fondo agradezco la interrupción —le detuvo ella. Le había echado de menos y le extrañaría mucho más cuando se fuera, pero no podía decirle eso, así que le explicó—: Odio ocuparme de estas cosas. Por lo general es Jazz quien me hace la maleta en un santiamén pero, como ha tenido que marcharse a echarle una mano a Marcella porque no puede ni levantarse de la cama...

—¿Qué le ha pasado? —se interesó David. No conocía a la italiana muy a fondo, pero le caía bien y habían conversado amigablemente en las pocas ocasiones en que la boda de Charles y Adela les había hecho coincidir.

—Que le volvimos a pegar la gripe que nos había contagiado. Aunque, dado que ya debería estar inmunizada, sospecho que no tiene más que un resfriado flojo y que le echó un poco de cuento para que Jazz regresara antes a casa. Parece que lleva bien que se venga cada dos por tres a visitarnos, o a negociar alguna exposición con los galeristas que conoce pero, cuando lo hace demasiado frecuentemente, como ha pasado con todo el asunto de la boda, le echa de menos. Así que exagera cualquier problemilla que surge para hacerle volver.

—¿Y Jazz no se da cuenta? —se extrañó David.

—Pues claro que sí. —Clara sonrió con un toque de nostalgia—. Pero, como él tampoco puede aguantar estar sin Marcella mucho tiempo, prefiere complacerla.

—Vaya par —rió él.

—Sí. Son mi pareja ideal. —En ese punto, la joven programadora decidió lanzarle una pequeña indirecta para comprobar si se daba por aludido y la correspondía—. Si alguna vez empiezo una relación seria con el hombre al que amo, me gustaría que fuera todo tan bien como les va a ellos.

David, que no captó que lo de «una relación seria con el hombre al que amo» se refería a él y creyó que Clara hablaba de un futuro novio al que todavía no había conocido, se sintió repentinamente molesto. No le agradaba que pensara en enamorarse de otro mientras estaba con él, le daba la sensación de que lo que tenían no era más que una situación provisional hasta que su amante encontrara a alguien de quien enamorarse. Sabía que, para que Clara dejara de pensar en esa relación seria con un hombre todavía inexistente, debería sincerarse con ella y plantearle la posibilidad de tener una relación seria... con él. Pero nuevamente decidió que no era un buen momento.

—Bueno —cambió de tema mientras pensaba «Soy un cobarde»—, ¿qué te parece si te ayudo a hacer limpieza?

La joven se sintió desilusionada con la respuesta de David, que para ella dejaba a las claras que ni se daba por aludido ni la correspondía. Además, si tenía en cuenta lo brusco del cambio de tema, le resultaba evidente que había notado una indirecta en sus palabras y que había evitado contestar a ella.

—No es necesario que me eches una mano. Esto no se arregla en un rato, de todas formas. De hecho, solo puede ir a peor. Empecé organizando un par de cajones, lo que llevó a rebuscar en las cajas, y el siguiente paso es el armario... Ahora está todo patas arriba, pero dentro de un rato...

—Más motivos para que te ayude —insistió David—. ¿O es que tienes algo que ocultar?

—No soy tan interesante como para tener algo que ocultar —suspiró Clara.

—Eres interesante precisamente porque no ocultas nada y a pesar de todo resultas compleja e impredecible —la contradijo David. Ella se

sonrojó levemente. Cada vez que le decía esas cosas, su corazón se aceleraba y sentía las traidoras mariposas en el estómago—. ¿Por dónde empiezo?

—Bueno, puedes ayudarme a bajar esas cajas del estante superior. Pesan bastante y odio subirme a las escaleras portátiles —cedió ella por fin.

David no necesitó más. Se subió y comenzó a pasarle los objetos con cuidado. Una vez acabó, se puso con el resto de las tareas pesadas y, en menos de una hora, todo el contenido del cuarto estaba, literalmente, por los suelos.

—Y ahora, lo peor... —dijo Clara con desánimo—. Ordenar. Parece mentira que haya acumulado tantos trastos desde la última limpieza.

—Mi casa es grande y aún no he tenido que enfrentarme a una limpieza, pero te apuesto lo que quieras que lo mío es mucho peor.

—Si decides ponerte, ya tienes una ayudante. A no ser que tengas algo que ocultar —bromeó ella, coqueta.

—A ti no te ocultaría nada —respondió David, en tono sugerente, aunque luego echó un vistazo alrededor y supo que, si continuaban por ese camino, acabarían acostándose en medio de todo ese caos y luego les daría más pereza continuar, así que cambió de tema—. Y que sepas que te tomo la palabra. Pero ahora vamos a centrarnos. ¿Por dónde empezamos?

—Voy a deshacerme definitivamente de mi antiguo vestuario, salvo de algunas prendas —decidió Clara. Se sentía cómoda y segura con sus disfraces, así que había decidido que no volvería a llevar esas otras prendas tan anodinas que había usado para ocultarse. Señaló un par de cajas—. Esas son camisas y faldas que llevaba antes de independizarme. Casi todo es para tirar, pero algunas cosas las quiero conservar. Los detalles como las cadenas, las cremalleras o las pocas telas coloridas, por ejemplo, puedo reutilizarlos. ¿Me ayudas a sacar las cosas y te voy diciendo lo que hacer con ellas?

Él asintió y tardaron apenas media hora en vaciar las cajas y en tirar todo, salvo algunas prendas, en opinión de David bastante aburridas, pero que Clara creía poder adaptar a su nuevo estilo. Luego, siguieron con piezas más recientes, pero igualmente poco atrevidas a la vez que nada favorecedoras, y por fin pasaron a los complementos.

Tras eso, realizaron una purga de los detalles —cuentas, cadenas, e

incluso algún bordado o estampado— que Clara había acumulado con la idea de reutilizarlos a lo largo de los años, tiraron algún que otro trozo de tela y pasaron a otras cajas, que habían estado al fondo del todo y contenían cosas como pequeños peluches o recuerdos varios.

David sospechaba la procedencia de esos objetos: los exnovios de Clara. Así pues, cedió a su instinto y, sin mirar casi lo que iba sacando, insistió en que lo tirara todo. Ella lo hizo encantada; gracias a la presencia de David, se sentía por fin con ánimos para cortar sus lazos sentimentales con esos trastos. Después de todo, los hombres que se los habían regalado solo le habían traído disgustos. Además, nunca había sentido, por ninguno de ellos, ni una pizca de lo que sentía por su actual amante.

Los álbumes de fotos, sin embargo, se resistió a tirarlos porque mezclaban momentos de todo tipo, tanto los buenos como los que, a posteriori, le dejaban un regusto amargo. Pero una cosa era superar el pasado y otra borrarlo por completo e intentar olvidarlo. Todas esas vivencias, tanto positivas como negativas, la habían llevado a ser lo que era, de modo que decidió conservarlos sin cambios y sin eliminar ni una sola instantánea.

Los iba a volver a guardar en su sitio, sin abrirlos, cuando David, curioso, insistió en echarles un vistazo. Ella cedió, algo reticente, y le tendió uno al azar. Creyó morir de vergüenza cuando, nada más abrir el álbum, su amante dio con una foto en la que aparecía subida a un escenario vestida de personaje manga, dándole todo en un concurso de karaoke. Roja como un tomate, intentó arrebatárselo el álbum, sin éxito y dijo:

—Mejor dejemos las fotos. Todavía queda mucho que hacer.

—Pero si hemos llegado a lo mejor... Y no te sonrojes, que estabas muy sexy. ¿Aún conservas ese traje? —preguntó él, con ese tono tan seductor que reservaba para cuando se le ocurría un jueguito.

—Está entre la ropa que aún no hemos revisado... que es lo que viene a continuación. Si sueltas ese álbum, me lo pondré solo para ti —respondió ella, provocativa. Esperaba que la perspectiva de verla con el traje, y de lo que viniera después, le hiciera olvidarse del dichoso álbum. Si no recordaba mal, las fotos de las páginas siguientes eran para ponerse aún más roja. Por suerte, dio resultado y David aflojó su agarre, lo que le permitió recuperarlo y dejarlo en lugar seguro.

Aunque ya habían hecho unos cuantos juegos de roles con algunos de los disfraces de Clara, David solo había visto la punta del iceberg: los más simples, que era los que llevaba puestos en el día a día, y los que habían llamado su atención del collage que su amante había hecho con todas las fotografías en las que ella salía con sus ídolos. Ahora que tenía acceso a su armario y veía todos, su entusiasmo amenazaba con desbordarse.

Fascinado, apartó a un lado algunos de los conjuntos más provocativos que Clara nunca se había atrevido a llevar en público, entre ellos el que Jazz había calificado recientemente como «traje de dominatrix», con un:

—Esto lo reservamos para más tarde.

Mientras, fue guardando el resto en el armario o en la maleta, según las indicaciones de Clara, aunque muchos los dejaba en su lugar con una expresión pensativa que daba a entender que no estaban descartados, sino apartados de forma temporal.

Ella, entre tanto, aprovechó que estaba absorto con eso para encargarse de la purga de su ropa interior.

—No te creas que no he visto esas monstruosidades, ¿cómo se te ocurre volverlas a guardar? —rió él cuando la vio meter en el cajón un par de bragas de abuela que había decidido conservar para cuando le bajara la regla y le doliera tanto la tripa que solo le apeteciera acurrucarse en el sofá con una mantita y chocolate en cantidades industriales.

—Créeme, nunca me verás con ellas puestas. Si me las pongo un día, ten por seguro que no tendré ganas de arrumacos.

—Mensaje captado —dijo David. Imaginaba el porqué de ese comentario y lo comprendía perfectamente, pero aun así se asomó al cajón y comenzó a revisar las prendas. Ella se había hecho con unos cuantos conjuntos de lencería fina desde que empezaron a acostarse juntos, aunque las bragas y sujetadores deportivos seguían siendo lo que predominaba y David añadió, pensativo—: ¿Qué te parece si esta semana vamos de compras y le damos un poco más de variedad a este cajón? O, mejor, esperamos a que vuelvas de Italia.

Clara se alegró de oír eso, porque significaba que pretendía continuar con su relación un poco más, así que aceptó encantada la propuesta. Además, a pesar de que no tenía intención de renunciar por completo a

su ropa interior cómoda, reconocía que, cuando estaba con él, le gustaba llevar cosas más provocadoras.

Acabados los cajones y los armarios, tardaron poco más en finalizar la limpieza, que se saldó con cuatro bolsas de basura de comunidad llenas.

—Caray, esto sí que es romper con el pasado —dijo David al verlas. Clara le besó la mejilla y le susurró al oído:

—Vamos, ayúdame a bajar todo esto y te hago ese pase de modelos privado.

No hizo falta decirlo dos veces. De hecho, él insistió en deshacerse de la basura sin ayuda, para no perder tiempo mientras que ella se iba vistiendo. Se dio tanta prisa en tirar las cuatro bolsas que Clara, al aprovechar para darse una ducha rápida antes de vestirse con el primer traje, apenas había acabado de ponérselo cuando David ya estaba de vuelta, con ganas de jugar.

La programadora, tan deseosa como él, salió con el primer conjunto y comenzó a pasearse por la habitación, tras lo cual volvió a encerrarse en el baño. Repitió la operación con modelitos cada vez más provocativos y una actitud acorde a su vestimenta.

David, cada vez más excitado, se contuvo en la medida de lo posible para no saltar sobre ella y devorarla allí mismo. No obstante, aún quedaba un buen montón de prendas cuando el joven, incapaz de resistirse, se levantó, se acercó a Clara con aires de depredador, la atrajo hacia sí con una lentitud exasperante y se apoderó de su boca.

—Mucho mejor así —susurró, mientras empezaba a quitarle prendas—. Saber que te estás cambiando tras una puerta cerrada no tiene gracia, prefiero desnudarte yo.

—Si me desnudas tú, no verás el pase de modelos completo —rió ella, haciendo amago de alejarse, con la intención de provocarle. De hecho, no tenía ganas de probarse más ropa hasta que David acabara lo que había empezado con ese beso. Él picó el anzuelo, fue detrás de ella y volvió a besarla con pasión.

—No tenemos prisa —dijo David, al acabar el beso, con mucha calma. Clara se mordió el labio inferior con una sonrisa y le dejó atraerla hacia sí, completamente excitada. No le cabía duda de que al final se iba a probar todos los conjuntos y que, entre prueba y prueba, habría momentos deliciosos. Por supuesto, no se equivocó, ya que

siguieron con el juego en todos los momentos en que la apretada agenda de David les permitía estar juntos.

Él, por su parte, seguía sin encontrar el momento para hablar con su amante en serio y ofrecerle la llave de su apartamento como símbolo de su deseo de que ambos se comprometieran más en serio con su relación. Deseaba hacerlo antes de que se fuera pero, cada vez que estaba a punto de sacar el tema, decidía que era mejor dejarlo para cuando ella regresara.

Finalmente, no tuvo más que reconocer ante sí mismo que era un cobarde. Aunque estaba casi seguro de que ella sentía algo por él, siempre existía el riesgo de que no quisiera dar un paso más, lo que le haría quedar como un idiota. Por eso, ni siquiera les había hablado a Leo y a Charles, que seguía de luna de miel, de su intención de darle la llave a Clara. Así, si las cosas salían mal, se ahorraría sus miradas de compasión y podría actuar como si no pasara nada.

Unos días más tarde, en el aeropuerto, David se despedía de Clara con una gran desazón en su interior, que disimuló cuanto pudo.

—No te marches —se le escapó de pronto. Evidentemente, darle la llave en ese momento podía interpretarse como un acto desesperado para evitar su marcha, pero se sintió tentado. «A su vuelta, sin falta», se prometió.

—Si no me voy, Jazz cogerá el primer avión y me llevará a rastras todo el camino hasta Italia —respondió ella, sonriente. Que le dijera eso en el último momento era una buena señal, aunque ya era tarde para anular el viaje—. ¿Por qué no te vienes tú? Te mereces unas vacaciones y la parejita no pondrá ninguna pega a tu presencia.

A David le hubiera encantado aceptar, pero se controló. Ya no era un escolar y tenía responsabilidades... unas responsabilidades que había dejado en segundo plano los últimos días para pasar más tiempo con ella, a pesar de lo cual no había sido suficiente. Ni mucho menos.

—Imposible, no puedo dejar mis negocios en *stand by* tanto tiempo en un momento tan crítico como este. —Suspiró con pesar y le dedicó una triste media sonrisa—: Pero piensa mucho en mí.

—Oh, ya lo creo que lo haré. Aunque apuesto a que Jazz se esfuerza como nunca para que pase lo contrario —rió Clara—. Todavía no he pisado el país y ya está hablando de presentarme a nosequién.

—Creí que yo le caía bien —se alarmó David. Ya le hacía poca gracia que ella se fuera de vacaciones sin él antes de que formalizaran su relación, pero le había tranquilizado pensar que Marcella y Jazz, una pareja consolidada, no harían campaña para que echara una cana al aire.

—Y le caes bien. Pero no para de repetir que, si la persona con la que te acuestas no te acompaña cuando te vas de viaje, en el fondo es como un «paréntesis» en la relación y, por tanto, si conoces a alguien y hay tema, no cuenta —respondió Clara, poniendo los ojos en blanco.

—No estoy de acuerdo con esa afirmación —dijo David, con el ceño fruncido. Un ramalazo de sentimientos de lo más primitivos le había inundado por completo y, si Jazz hubiera estado presente, no dudaba de que le hubiera costado no ponerle un ojo morado. Y eso sabiendo que ella, como él mismo, no iba a ir por ahí en busca de ligues mientras estaban separados, al menos hasta que su relación informal y abierta finalizara. Un final que David estaba dispuesto a evitar a toda costa, a no ser que fuera para que diera paso al comienzo de una relación formal y cerrada entre ellos.

—Yo tampoco estoy de acuerdo —le confirmó Clara. Sus palabras le tranquilizaron un tanto—. Pero es mejor no discutir con él y quitarme a sus supuestos adonis de encima según me los vaya presentando. Tampoco es que me agrade la perspectiva —añadió y frunció el ceño—. Aunque ya casi no tartamudeo, sigue sin gustarme tener que tratar con desconocidos. Y menos si apenas entiendo lo que me dicen pero pretenden acostarse conmigo.

—Bueno, te llamaré todas las noches, y si puedo a mediodía, para que no me eches demasiado de menos —susurró David con picardía, en ese tono grave que sabía que la volvía loca. Por si no era suficiente, salvó la distancia que les separaba y la besó con profundidad, poniendo en ello todo el morbo y el potencial de seducción que pudo reunir, para dejar su impronta. Así, si alguno de los italianos que le presentaban la tentaba lo suficiente, esperaba que lo único que le viniera a la mente a ella fuera ese último beso y la promesa que llevaba implícita.

Aun con eso, cuando la vio desaparecer en dirección a su puerta de embarque, la preocupación siguió allí. Estaba convencido de que ella no le tenía en cuenta como posible media naranja y temía que, durante su viaje, creyera encontrarla en otro que no fuera él. Una vez más, se

reprochó el haber permitido que su relación siguiera siendo, oficialmente, abierta e informal, y no haberle dado la llave de su apartamento.

A Clara, sin embargo, la preocupación por el viaje se le había esfumado cuando él dijo que no estaba de acuerdo con los «paréntesis» entre amantes. Eso le confirmó que David no buscaría a otras para amenizar la espera hasta que ella volviera. Y quizás, si la echaba un poco de menos, eso ayudaría a que acabaran siendo una pareja de verdad. Esta perspectiva ocupó sus pensamientos durante todo el vuelo y, cuando aterrizó, llevaba una sonrisa en los labios.

—Le dijiste a David que yo te había prometido que te iba a presentar a muchos italianos sexis, ¿verdad? —fue lo primero que preguntó su amigo en cuanto la vio.

—He tenido un buen viaje, Jazz, gracias por tu interés —dijo ella, sin renunciar a su sonrisa.

—Estás viva y sonríes de oreja a oreja, claro que has tenido buen viaje —respondió él, ignorando su sarcasmo—. ¿Y bien? ¿Se lo dijiste?

—Sí. —Puso los ojos en blanco. —Y es definitivo que ninguno de los dos queremos un «paréntesis», así que olvídate ya de tu idea de presentarme a nadie. De todas formas, ¿cómo sabes que se lo he dicho? Como me digas que te has enterado porque él te ha llamado para quejarse, no me lo creeré.

—Claro que no, tontina. No me lo ha dicho porque no era necesario. Sabía a la perfección que se lo comentarías en algún momento y tenía la esperanza de que lo hubieras hecho ya —dijo Jazz, satisfecho—. Por suerte es así, de modo que podemos continuar con mi plan.

—Tu plan —repitió Clara, desconcertada.

—Mi plan para darle un empujoncito a David y que lo vuestro sea por fin algo serio —explicó Jazz, y luego matizó—. Bueno, serio ya es, pero quiero que sea oficial.

—Pues ese plan queda anulado en este mismo instante.

—Tonterías, ya está en marcha y es imparable —respondió él con tranquilidad—. Apuesto a que ya se siente celoso, dentro de nada le tienes cogiendo un avión para declararse y ponerte un anillo en el dedo. Pero necesito tu colaboración para que sea más efectivo.

—Ni hablar. No puedes manipular a la gente para que se enamore,

Jazz —le reprendió Clara.

Desde que podía recordar, su amigo había intentado por todos los medios encontrarle una media naranja. El problema era que, desde que conoció a Marcella y luego Adela se enamoró, contra todo pronóstico salvo el suyo, de Charles, su obsesión por convertirse en casamentero había empeorado.

—Claro que no —bufó el artista, y procedió a explicarle, como si fuera corta de entendederas—: Ya está enamorado de ti. Solo que él no acostumbra a dar el primer paso y tú no te vas a lanzar con la excusa del *carpe diem* y de que estáis bien como estáis, que durará lo que tenga que durar y todo ese rollo. Vamos, que el asunto está en punto muerto, en una posición que os resulta cómoda pero que en el fondo es bastante precaria. Estáis tan paralizados por el miedo a que las cosas salgan mal que en cualquier momento cometeréis algún error que lo estropeará todo. Así que yo voy a hacer que formalicéis las cosas antes de que sea tarde, como que me llamo Jazz.

—Jacinto, Jazz, te llamas Jacinto —replicó Clara, harta de la insistencia de su amigo a la vez que temerosa de que su intervención hiciera lo que afirmaba querer evitar: estropearlo todo—. Y no puedes cambiar la realidad como te cambiaste el nombre. Entre nosotros solo hay sexo informal y alguna cita ocasional. Que lo nuestro está durando más de lo esperado no te lo niego, pero de ahí a que esté tan enamorado de mí como para querer un compromiso a largo plazo hay un mundo.

—¿Cómo que no? Clarita, que todos vimos cómo os comportabais en la boda y no era la actitud de dos amantes, ¡casi parecíais un matrimonio! —insistió Jazz— ¿Apuestas algo a que en menos de un par de semanas tienes a ese hombre en nuestra puerta declarándose?

—No apuesto nada porque, como no prometas en este mismo instante que vas a olvidarte de todo esto, me cojo el primer avión de vuelta —amenazó ella. Solo faltaba que, después de tantas indirectas fallidas sobre almas gemelas y relaciones serias, se pusiera a hacer llamadas a David con el único propósito de ponerle celoso.

—De acuerdo, de acuerdo —se rindió Jazz. O fingió rendirse, como de costumbre; Clara sabía que no conseguiría nada mejor y fingió que no le veía cruzar los dedos mientras lo decía—. Y ahora vamos, que he dejado a Marcella preparándote un magnífico banquete de bienvenida y

se pondrá a gruñir si no llegamos mientras todavía está caliente.

—Mientras solo estemos nosotros tres... —dijo ella, que le veía venir.

—¿Quién más iba a estar? —preguntó con tono inocente su amigo. Clara le miró con una ceja en alto, pero él aguantó sin decir palabra, firme. No obstante, le vio teclear con discreción, casi con total seguridad para cancelar a toda prisa una invitación nada bienvenida.

Capítulo 13

En una escala del uno al diez...

—Estamos en una paradisíaca playa. Nos hemos metido en el agua para refrescarnos. Tras comprobar que no hay nadie en los alrededores, me acerco a ti y comienzo a acariciar tu torso, bajando lentamente...

—Mmm... eso es muy, muy tentador. Pero mira que eres precavida, ni en las fantasías puedes evitar mirar por si acaso hay alguien —rió David, que estaba metido en la bañera, igual que Clara. Llevaban ya unos días sin verse y habían decidido cambiar un poco de ambiente cuando practicaban sexo telefónico.

—Que sepas —sonrió ella, aunque no la viera— que no me pone nada tener un *voyeur*. Tanto en mi imaginación como fuera de ella. Y, como no te metas un poco más en la fantasía, me temo que mis manos no llegarán a quitarte el bañador.

—A sus órdenes, capitana —bromeó David—. Pero, solo para dejar las cosas claras y que vayamos al mismo ritmo, te diré que yo hacía rato que te había quitado el bikini. De hecho, en cuanto has dicho «playa paradisíaca», lo primero que he pensado era que ambos estábamos desnudos.

—Vale, pues estamos desnudos —aceptó ella, y cerró los ojos para volver a ponerse en situación. Pero, antes de que pudiera hacerlo, Jazz llamó a la puerta y gritó:

—¡Clara! Nos hemos encontrado con Giacomo y nos ha invitado a una fiesta en su parcela. Vístete, que salimos en media hora.

—¡No me apetece! —respondió ella en voz alta, molesta por la interrupción.

En los últimos siete días, su amigo la había paseado de un lado a otro, sin dejarle tiempo para pararse a descansar o para hacer una larga y tranquila llamada a David. Además, siempre que encontraba un hueco para hablar con él, Jazz parecía estar cerca, al acecho para evitar que fueran conversaciones largas. Solo tenían la suficiente intimidad para ponerse al día, o gozar de una sana sesión de sexo telefónico, por la noche. Por desgracia, para entonces Clara ya estaba agotada y David, que lo estaba dando todo en el trabajo, también, así que las llamadas no duraban tanto como les hubiera gustado.

Por eso, Clara se había escabullido de otra mañana frenética con

su amigo, con la excusa de que quería relajarse un poco, y había concertado esa cita telefónica desde la bañera con su amante, pero este había tenido una reunión más larga de lo esperado y, para la desdicha de ambos, Jazz había vuelto a casa pronto.

—Venga, ya le he dicho a Giacomo que vienes tú también —volvió a gritar Jazz. Siempre que sabía que estaba al teléfono con David, se encargaba de mencionar a gritos el nombre de algún hombre, aunque luego siempre aseguraba que se trataba de comentarios inocentes y no de un intento de que su amante se pusiera celoso.

—Pues le dices que me ha surgido un imprevisto —respondió, cortante. «Esto es el colmo», pensó, furiosa—. ¡Y ahora largo!

Jazz se marchó refunfuñando, aunque seguramente contento. Su objetivo —que David lo oyera todo— estaba cumplido.

—Ve si quieres —dijo David.

—¡Es que no quiero ir! —exclamó Clara, incapaz de contener su enfado—. Ya van dos invitaciones esta semana. ¿Tienes idea de lo aburrido que es estar en medio de una fiesta repleta de parejitas de italianos que quieren emparejarme con los dos únicos solteros heteros presentes, un chuloplaya aburrido y un yogurín que acaba de cumplir la mayoría de edad?

—¿Y Giacomo cuál de ellos es? —rió él. Clara se preguntó si de verdad sonaba aliviado o eran imaginaciones suyas.

—Giacomo es el hermano mayor de los dos especímenes —explicó, y decidió darle la información completa, no fuera que David pensara lo que no era—. Y algo así como la abeja reina de la comunidad *gay* de la zona, a la que Jazz también ha conseguido implicar en sus maquiavélicos planes para ponerte celoso.

—¿A mí? —preguntó David, algo cabreado.

—Yo no tengo nada que ver, que conste —le aseguró Clara.

—Si tuvieras algo que ver, no me lo estarías contando. Pero esa no es la cuestión. ¿Qué es lo que tiene en mi contra Jazz?

—¿En tu contra? —La joven soltó una carcajada amarga—. Nada. Al contrario, le gustas demasiado para mí, por eso te quiere poner celoso.

—Los celos generalmente no son beneficiosos para ninguna relación sana —expuso su postura David—. La confianza mutua y saber que no nos acostaremos con cualquiera mientras haya algo entre nosotros sí.

—Él no lo ve así —le explicó Clara, completamente de acuerdo

con su amante—. Está convencido de que, si te sientes lo suficientemente celoso, lo dejarás todo y vendrás a rescatarme como en esas películas románticas de la tele. Esa clase de escenas son sus favoritas.

—¿También las tuyas? —preguntó él. De nuevo entraban en terreno peligroso, y Clara respondió con cautela, sacando a relucir su faceta más cínica.

—Yo siempre he pensado que esas escenas están de más. Cuesta mucho tomar la decisión de seguir con tu vida sin la persona a la que quieres y mentalizarse para ello. Si la otra persona se ilumina de repente y va a buscarte, has sufrido innecesariamente. Y las cosas no suelen ser tan sencillas —dijo, con seguridad. Lo que no matizó era que, aunque a sangre fría pensaba eso de las escenas del chico corriendo en pos de la chica, cuando veía las películas o leía los libros en que salía dicha escena (o incluso cuando el propio Jazz fue en busca de Marcella, a pesar de que en principio su relación no iba a ser más que un rollo de verano) se conmovía. En sus fantasías más escondidas había secuencias como esa, en las que últimamente David encarnaba al galán de turno.

—Ah —fue la única respuesta de su amante.

—De todas formas, y esto tampoco parece entenderlo Jazz, esa no es nuestra situación. Solo estoy de vacaciones, no me voy para no volver después de una amarga ruptura, o algo parecido. Y puedo lidiar con un puñado de casamenteros sin necesidad de que me rescaten. Así que no le veo el sentido a que interrumpas tu trabajo y vengas hasta aquí, celoso o no. Aunque sintieras ese poco probable impulso romántico, no veo por qué no podrías esperar hasta que volviera, salvo que estuvieras convencido de que para entonces te iba a dejar, que no es el caso. Dudo que don Chuloplaya y don Yogurín...

—¡Clara! ¿Aún estás ahí dentro? —le interrumpió la voz de Jazz, que volvía a la carga.

—¡Ya te he dicho que no voy! —se mantuvo firme Clara—. Estoy cansada.

—Ya descansarás cuando estés muerta. Ahora estás de vacaciones.

—En la vida he escuchado cosa más absurda —respondió ella, frustrada por lo pesado que se podía poner su amigo.

—No eres una abuela, eres joven —exclamó Jazz—. Y mientras eres

joven las vacaciones son para desmadrarse, pasarlo en grande y tener mucho sexo.

—¡Eso es lo que estoy intentando! —Se le escapó a la joven. Escuchó a David romper a reír al otro lado de la línea y sonrió, a su pesar, por el absurdo de la situación.

—Por teléfono no vale —respondió su amigo, cabezón como nunca—. Escucha, si no te gustan tus pretendientes...

—... no me gustan...

—... te buscamos a un turista macizorro. Hay muchos por la zona...

—Con sus novias.

—Mejor. Así hacéis un trío. Siempre has querido hacer uno —añadió Jazz, con malicia. Clara se sonrojó al reducirse las carcajadas de David. «Maldita sea, lo ha oído». Aunque no la veía nadie, hundió la cabeza en el agua por la vergüenza

—¿... por qué no me habías dicho eso nunca? —le estaba preguntando David cuando salió a la superficie a tomar aire—. Eso del trío tiene buena pinta. Dile a Jazz que esa experiencia la vas a tener... conmigo.

—¿En serio? —preguntó en susurros, excitada pero sin el menor interés en que Jazz escuchara lo que decía a través de la puerta—. Pero a mí lo que me apetece es dos hombres y una mujer, no dos mujeres y un hombre, que conste.

—Que sea una de cada —negoció David.

—Hecho —aceptó encantada. Tampoco le desagradaba la idea de hacerlo con otra mujer, probar algo nuevo siempre era bienvenido.

—¿Clara? ¿Qué andas murmurando? —preguntó Jazz.

—No me puedo creer que sigas ahí. ¡Nada que te incumba!

—Venga, vente, por favor. —Su amigo cambió el tono por uno más zalamero; sabía que, por mucho que hubiera enfadado a Clara, si se hacía la víctima lograría convencerla—: Me encantan las fiestecitas de Giacomo, pero contigo es mucho más divertido. Y es agradable hablar con alguien en español, para variar.

Ella puso los ojos en blanco, pero empezó a flaquear su determinación de no ir.

—Anda, ve —dijo David, que percibía su titubeo a pesar de no estar presente.

—¿Seguro? —le preguntó Clara. Lo que más le apetecía era volver

a esa escena de la playa paradisíaca, que él le dijera que prefería continuarla sería la excusa perfecta para inclinar la balanza y no dejarse chantajear emocionalmente por Jazz.

—Todo sea por los amigos. De todas formas, no parece que nos vaya a dejar acabar en paz... —El joven suspiró, hasta que una idea perversa le vino a la cabeza—. ¿No habíamos metido en tu maleta unas bragas vibratoras? Póntelas, anda. Yo disfrutaré de lo lindo al imaginarlo.

—Mmm... suena bien. No tanto como habíamos planeado, claro, pero bien —respondió ella y, tras una breve despedida, colgó. Por supuesto, había sacado los juguetes sexuales de la maleta en cuanto David se marchó ese día. Conocía a Jazz y existía el riesgo de que los encontrara, así que solo había metido un discreto vibrador con forma de barra de labios. Pero, al menos, su amante disfrutaría de la fantasía. Y, quien sabía, quizás metiera su no-barra de labios en el bolso para encerrarse un rato en el baño, cuando todos estuvieran demasiado borrachos. Aunque no llegara a hacerlo, sin duda tenía morbo llevarlo encima y pensar en las cosas prohibidas que David estaba imaginando que haría.

Mientras Clara se vestía para la fiesta, David siguió dándole vueltas a la conversación que acababan de tener. Lo cierto era que, si el objetivo de Jazz era ponerle celoso, lo había cumplido con creces. No eran unos celos posesivos: Clara había sido sincera y él tenía la certeza de que podía confiar en ella. Pero sentía celos de todos ellos, solteros o no, porque estaban a su lado en ese momento y él apenas podía tener una conversación con ella por teléfono sin interrupción.

De nuevo, sintió la tentación que le había asaltado desde que se separaron en el aeropuerto: reorganizar su agenda, marcharse a Italia para pasar las vacaciones juntos y, de paso, tener esa conversación que había dejado pendiente entre ellos, además de darle de una vez la llave que simbolizaba que la quería en su vida de forma permanente.

Le frenaba que la propia Clara le había expuesto el poco sentido que tenía que fuera en su busca. Solo eran unas semanas y, además, ella no necesitaba que la rescataran. Tampoco era que su competencia fuera especialmente preocupante. Y la posibilidad de que cualquier intento de Jazz por hacer que ella ligara con un turista desconocido tuviera éxito era tan remota que ni siquiera merecía la pena tenerla en cuenta.

Aparte de eso, ella había puesto en duda su capacidad de tener impulsos románticos, cosa que en cierto modo le molestaba.

«¿Cómo que “aunque sintieras ese poco probable impulso romántico”?», se dijo. «Hay algo en ella que me ha llevado, desde el primer momento, a ser especialmente atento, a buscar su compañía más de lo recomendable y a tener todo tipo de detalles. ¡Si hasta le quiero dar la llave de mi apartamento! ¿Acaso no es eso ser romántico?».

Solo al pensar en eso se dio cuenta del estúpido entrampamiento mental en el que había caído. Cada vez que había tenido uno de esos impulsos, se los había reprochado porque esa actitud podía ser malinterpretada por una mujer a la que se le había dicho que su relación no iría más allá de lo informal. Y actuaba como si no los hubiera realizado, como si fueran parte de su comportamiento habitual.

«El quid de la cuestión», se dio cuenta demasiado tarde, «es que Clara debería haberlos “malinterpretado” por la sencilla razón de que eran genuinos. Pero ella es demasiado insegura y mi actitud ha hecho que los pase por alto, así que ha descartado —y aceptado— la posibilidad de que nos quedemos como estamos de forma indefinida, sin dar un paso más allá».

Ahora se reprochaba más que nunca no haberle dado la llave ni haberle dicho lo que sentía antes de que se fuera. Además, no le apetecía, en absoluto, esperar a que volviera de sus vacaciones para hacerle el amor hasta que estuvieran rendidos y, después, charlar con ella acerca del futuro de su relación.

De pronto, todas las excusas que se había puesto a sí mismo para que nunca fuera un buen momento para declararse le parecieron de poco peso. Y lo único que quedaba era el temor a plantarse allí y quedar como un idiota pues, aunque la actitud de Clara podía deberse a su timidez y al miedo a ser herida (y esperaba que así fuera), bien podía tratarse de que, simplemente, no sentía hacia él más que deseo.

David no era de los que soportaban la posibilidad de lanzarse a la piscina sin estar seguro de que había agua suficiente para no salir herido, así que finalmente decidió dejarse aconsejar por sus amigos. El primero, por supuesto, fue Charles.

—¿Estás con Adela?

—Yo también me alegro de oírte, David. Mi luna de miel ha sido

estupenda, gracias por preguntar —dijo el recién casado, con una media sonrisa. Su amigo siempre le había reprochado la manía de ir al grano sin preámbulos, obviando los saludos y conversaciones triviales cuando llamaba a alguien por teléfono. Y ahí estaba, haciendo lo mismo, así que no podía evitar disfrutar de una pequeña venganza y devolverle su respuesta habitual.

—¿Estás con ella o no? —se impacientó el joven. Para una vez que era él quien obviaba las convenciones, pensaba merecer algo más de consideración por su parte y que se dejara de rodeos.

—Es nuestra luna de miel, ¿tú qué crees? —rió Charles.

—Júrame que lo que vamos a hablar no lo vas a compartir con ella —le pidió. David escuchó el sonoro suspiro de Charles, que le dijo a su esposa «no tardaré» y, tras unos segundos, preguntó:

—¿Y bien?

—En una escala del uno al diez, ¿hasta qué punto crees que Clara está enamorada de mí?

—No me digas que la vas a dejar, David —gruñó Charles—. No puedo creer que seas tan...

—Antes de que sigas con tu bronca injustificada —le interrumpió el joven—, te diré que intento saber si quedaré como un imbécil si me planto en Italia para declararme.

—Menos mal. Vete a Italia, estáis locos el uno por el otro —dijo el recién casado. David percibió su alivio, pero también la convicción con la que lo había dicho. Aun así, quiso asegurarse.

—En una escala del uno al cien, ¿hasta qué punto lo afirmarías categóricamente?

—Cien.

—De acuerdo. ¡Pasadlo bien! —exclamó David, tras lo cual, sin dar opción a una despedida, colgó para seguidamente marcar el número de Leo y repetir la misma pregunta.

—Por favor, David, no me digas que la vas a dejar —respondió su amigo con tono pesaroso.

—¿Qué va a dejar a Clara? —escuchó decir a Ana—. ¿Este hombre es tonto o se lo hace?

—¿Por qué todos pensáis que voy a dejarla cuando pregunto si creéis que está enamorada de mí? No voy a dejarla —dijo el joven, exasperado, antes de explicarse—: Intento decidir si ir a buscarla a

Italia es buena idea o no.

—Vete, no te lo pienses. Estáis locos el uno por el otro —respondió Leo, con seguridad.

—Eso es palabra por palabra lo que dijo Charles. ¿Qué clase de amigos sois? Si tan convencidos estáis, podríais habérmelo hecho notar, o algo —protestó David.

—Si te lo hubiéramos hecho notar, don Cabezón, te habrías empecinado en todo lo contrario y te hubieras dedicado a sabotear vuestra relación hasta tal punto que, cuando reconocieras tu error, hubiera sido demasiado tarde.

—¿Por quién me habéis tomado? —fingió indignarse. Que hubiera reconocido ante sí mismo lo tonto que había sido no implicaba que lo reconociera ante los demás, por muy amigos que fueran.

—David... que son muchos años...

—Vale, supongo que es posible que tengas razón —admitió—. Pero podríais haber dado algunas pistas. O al menos un empujoncito.

—Contigo es mejor no intervenir en lo más mínimo. Y tampoco hacía falta, si tenemos en cuenta esta llamada. Así que, ahora que hemos despejado tus dudas, ¿te atreverás a ir a Italia a declararte?

—Qué romántico —se oyó el suspiro de Ana.

—¿Por qué no iba a atreverme? —preguntó David, con la sospecha de que su amigo le estaba provocando, precisamente, para darle el empujoncito.

—Porque, si lo tuvieras tan claro y no estuvieras tan aterrado, no nos hubieras llamado. Te habrías plantado allí y punto —afirmó Leo quien, en efecto, tenía esa intención.

—Pues que sepas que iba a hacerlo de todos modos, llamaba solo para plantear mi estrategia en función de vuestra respuesta... —El silencio al otro lado de la línea tenía más significado que mil palabras: su amigo no creía ni una palabra—. Bueno, vale. Puede que me preocupe un poco que la respuesta de Clara no sea favorable y que os equivoquéis... Pero creo que me arriesgaré —respondió David.

Tras finalizar la llamada, comenzó a hacer la maleta y dio orden a su avión privado para que le esperara a la una del mediodía del día siguiente, de modo que pudiera tener toda la mañana libre para reorganizar su agenda y hacerse cargo del trabajo más urgente.

Cuando llegó el momento y estaba a punto de embarcar, no obstante,

recibió una llamada que le obligó a cambiar sus planes.

Capítulo 14

Me conoces demasiado bien

Clara consultó de nuevo su teléfono, preocupada. David solía llamarla a mediodía, o al menos le mandaba un mensaje, y apenas quedaban un par de horas para que anocheciera. Pero, desde luego, no era cosa de la línea, ya que hacía poco había recibido una llamada de su padre y un mensaje de texto con spam publicitario.

—Una de dos —dijo Jazz al verla comprobar de nuevo que su móvil no tenía mensajes, cosa que hacía cada pocos minutos desde que la acostumbrada llamada no se produjo—, o no te llama porque viene de camino hacia aquí, o ha conocido a otra y pasa de ti.

—Tú siempre tan encantador. —Clara le dio un puñetazo no muy fuerte en el hombro.

—Oye, que yo prefiero la primera opción. —El artista se frotó en la zona del impacto, como si le hubiera hecho daño—. Pero, si es la segunda, que sepas que he hecho lo posible por evitarlo.

—Más bien lo contrario —bufó Clara—. Aunque es poco probable que haya conocido a otra en veinticuatro horas. Y, si lo hubiera hecho, se hubiera contenido hasta hablar conmigo antes que traicionar mi confianza.

—Entonces viene a Italia, tal y como había programado —dijo Jazz, seguro del éxito del plan que había puesto en marcha.

—No viene a Italia. Le he explicado lo de tus ridículos planes para ponerle celoso...

—Aunque te parezca mentira, eso ya entraba en mis planes —le interrumpió su amigo, con una sonrisa de superioridad—. No va a venir porque hay un peligro real de que te acuestes con alguien. Va a venir porque, aunque sabe que no hay peligro real, está un poco celosón y te extraña. Y eso solo puede ser amor.

—Ya, ya —dijo ella, y no pudo resistirse a volver a encender la pantalla del teléfono—. El caso es que tienes que buscar la forma de tener razón, aunque lo que dices no tenga ninguna lógica.

—¿Qué te crees, que no tengo capacidad para encontrarte tíos capaces de volverte loca y representar una amenaza para David? Conozco muchos solteros mejores que don Yogurín y don Chuloplaya —se jactó Jazz.

—Seguro —bufó Clara, aunque el hecho de que les hubiera puesto los mismos moteles que ella llevaba pensando desde que les conoció le indicaba que a lo mejor su amigo decía la verdad—. Y, si es así, ¿por qué no me los has presentado antes?

—Porque, hasta que conociste a David, apenas eras capaz de hablar sin tartamudear, y eso me indica que él es el tipo que te conviene, así que, ¿por qué buscarte otro si puedo hacer que el que te mereces se dé cuenta de sus sentimientos hacia ti? Por no hablar de que, aunque David no fuera tu hombre, no sabes ni pizca de italiano... así que lograr que te enamoras de esos tipos era tarea casi imposible. Además, están muy bien para un rollo de verano, pero tú necesitas algo más estable.

—Tonterías. Lo que tenemos David y yo no es estable, pero te puedo asegurar que es justo lo que necesito —respondió ella. Se le escapó una sonrisa al pensar en lo que le haría en cuanto le tuviera frente a frente. Desde luego que era lo que necesitaba y, por mucho que quisiera a Jazz y Marcella, ya contaba los días para volver a casa y tenerle todo para ella.

—A corto plazo puede que sí sea lo que necesitas —reconoció el artista—. A largo plazo, sin embargo, no podrás conformarte con menos que un «felicis y fideles para siempre». Y no me vengas con que aceptarás cualquier cosa con tal de seguir con él, porque no te lo crees ni tú. Siempre has tenido claro lo que quieres, y eso incluye marido, hijos, mascotas y vivienda unifamiliar en las afueras. Por mucho que intentes autoconvencerte de que prefieres seguir viviendo la vida loca, y por mucho que tu inseguridad te lleve a pensar que mejor te olvidas y te conformas con lo que hay para no perder a David, ambos sabemos que tarde o temprano te entrará el gusanillo y desearás algo más. Así que más te vale dejar la tontería del *carpe diem* y empezar a moverte para que el hombre al que amas comience a ajustarse a tus planes de futuro.

—Pero —El teléfono la interrumpió. Miró la pantalla con avidez y vio que era David, así que le mostró a Jazz la pantalla con aire triunfal antes de alejarse unos metros para contestar.

No obstante, según escuchaba lo que él decía, su sonrisa fue desapareciendo, y se alejó un poco más de su amigo para tener algo de intimidad. Apenas hablaron un par de minutos antes de que Clara colgara y volviera a toda prisa.

—Tienes que llevarme al aeropuerto ya —le pidió.

—Ay, madre, al final te ha dejado —gimió Jazz.

—¿Eh? No. Es su padre —explicó Clara, con el corazón en un puño —. Ha tenido un ataque al corazón esta mañana y acaban de confirmar su defunción.

Al otro lado del mar, David colgó el teléfono, agotado, y se volvió hacia la legión de abogados, profesionales de la comunicación y directivos que esperaban con discreción al otro lado de la sala. Llevaba todo el día de gestión en gestión con unos y con otros para que la repentina muerte de su padre tuviera el mínimo impacto en el imperio familiar. Por suerte, no había ocurrido en un lugar público, sino en el apartamento que tenía para sus frecuentes aventuras extramatrimoniales. No había que ser un genio para averiguar cómo había ocurrido y, antes de comunicar oficialmente el fallecimiento, habían tenido que dedicar tanto tiempo a tapar las circunstancias del mismo como a asegurar a todos los interesados que la defunción no tendría consecuencias para ninguna de las empresas que todavía seguían en manos de su padre.

—Bien, señores, creo que por hoy es suficiente. La nota de prensa está lanzada, el cadáver de mi padre ya está camino del tanatorio y pronto empezará a llegar la gente a dar el pésame —dijo. «Y a comprobar que estoy tranquilo y que lo tengo todo bajo control», añadió para sus adentros.

El grupo abandonó la sala sin parar de repetir las frases hechas de pésame que ya había oído demasiadas veces en las últimas horas. David dio un suspiro de alivio en cuanto se quedó solo, pero no se permitió el lujo de relajarse. Minutos después, entraba en el tanatorio, donde le esperaban Leo, Ana y el matrimonio Castelli. Por suerte, comprendieron al instante que estaba harto de frases hechas —y sabían que, de todos modos, no tenía una relación lo suficientemente cercana con su padre para necesitar consuelo—, de modo que respetaron su espacio y se limitaron a saludarle e informarle del estado de la cuestión.

David frunció el ceño al descubrir que Charles y Adela habían interrumpido su luna de miel para asistir al funeral del día siguiente, pero lo dejó pasar porque conocía a su amigo lo bastante bien como para saber que nada le habría impedido acudir por si necesitaba apoyo. Más le había molestado saber la reacción de su madre al descubrir

que su marido apenas le había dejado unos pocos millones y una de las mansiones familiares. Sin cortarse un pelo, había amenazado con airear los *affaires* de su marido y las circunstancias de su muerte, información a la que había tenido acceso a saber por qué fuentes, salvo que se le proporcionara una cuantiosa renta vitalicia.

—Que lo airee todo —exclamó, irritado, cuando se lo contaron. No sabía qué le cabreaba más, la absurda pretensión de su madre o que hubiera acudido a los Castelli para que le transmitieran el mensaje en vez de esperar a que su hijo estuviera localizable y poder decírselo cara a cara—. La única humillada será ella. Ni siquiera sé por qué he dedicado tanto tiempo para tapar todo el asunto. Ni mi padre merece que piensen que su muerte fue digna, ni mi madre que no se sepa que fue incapaz de mantener el interés de su marido.

—Eso, querido, es exactamente lo mismo que le hemos dicho —respondió Mabel Castelli—. Pero todos sabemos que intentará sacar todo lo posible.

—Ya ha recibido sus millones, no verá ni uno más. Y, desde luego, no tocará ni una sola de las empresas o de mis acciones. Mi padre se encargó de ello tanto a la firma de los contratos prematrimoniales como en el testamento: todo, salvo esa cantidad y la mansión, es para su descendencia, no para su cónyuge. Está tan bien atado que ni aunque se gastara todo lo que ha heredado en abogados y juicios lograría un centavo más —afirmó David. Lo primero que había hecho era rodearse de una legión de abogados para asegurarse de que todo estaba en orden, y quedaba claro que su padre había tenido menos aprecio por su mujer que el que tuvo por su hijo.

—Esto... dadas las circunstancias en las que se le encontró —empezó Ana segundos después, rompiendo el silencio del grupo, algo cortada por lo que iba a decir pero incapaz de contener su curiosidad —, ¿no te preocupa que aparezca una avalancha de hermanos ilegítimos?

Para sorpresa de todos, David soltó una carcajada.

—Para nada. Si algo tenía el viejo era atención por los detalles. Al menos con los referidos a su legado. Tomaba precauciones y, por si acaso fallaban, uno de sus ayudantes se ha encargado de contratar detectives para hacer un seguimiento de todas y cada una de las mujeres con las que mi padre tuvo relaciones extramatrimoniales para

asegurarse de que no llevaban en su seno un bastardo y de que podía coaccionarlas en caso de que decidieran divulgar su *affaire*. ¡Si hasta se ha traído el informe de todas las últimas, incluida la actual, para que me quede tranquilo y vea lo eficiente que es!

—¡Será una broma! —exclamó Mabel, indignada.

—Ojalá. —David se encogió de hombros. Su familia era tan disfuncional que uno podía imaginar cualquier barbaridad y no extrañarse de que acabara siendo cierta.

La conversación quedó interrumpida cuando los primeros buitres empezaron a aparecer para dar el pésame a David. La viuda estaba desaparecida en combate, pero nadie dijo nada porque, aunque conocían la versión oficial, no se dudaba de que los jugosos rumores sobre las verdaderas circunstancias de la muerte fueran ciertos. De todas formas, la viuda no le interesaba a nadie más que a posibles cazafortunas, y esos esperarían al menos una semana de cortesía como respeto a su supuesto duelo antes de empezar a indagar sobre la cuantía que había heredado.

«En el fondo», pensó David, «esto no es muy diferente de cualquier otra fiesta... salvo que no me puedo largar».

Habían pasado un par de horas —que a él se le hicieron eternas— cuando alguien le tocó con suavidad el hombro en el único momento que había encontrado para estar a solas en el pasillo. Se giró, molesto, hasta que vio que se trataba de Clara.

—Ya te dije que no vinieras. No tenías que renunciar a tus vacaciones por esto —la regañó en voz baja mientras la abrazaba y la besaba con pasión. Cuánto la había echado de menos. El mero hecho de tenerla en sus brazos lograba que buena parte de la tensión acumulada se desvaneciera.

—Pensé que quizás necesitarías una novia espantamoscões para la ocasión —bromeó ella. David sonrió y la miró con adoración. Nada de pésames, ni de falsas cortesías. Había viajado desde Italia simplemente para ofrecerle su apoyo. Si había alguna duda de que era la mujer con la que debía pasar el resto de su vida, había desaparecido de un plumazo.

—No podías llegar en mejor momento —respondió David. Quería decirle muchísimas cosas, pero, y esta vez no era una excusa, sino la pura verdad, no era ni el momento ni el lugar. Así pues, siguió el camino que había empezado Clara—: Aunque la estrategia de la última vez puede que no

sea demasiado apropiada para esta ocasión. ¿Qué tal se te dan los insultos disfrazados de halagos?

—Nunca lo he intentado. —Ella sonrió con picardía—. Pero seguro que será divertido probar.

La presencia de Clara le hizo menos pesada la tarea que tenía por delante: soportar más de doce horas seguidas, con un breve descanso para dormir entre medias, en las que se repetía una y otra vez la misma conversación: condolencias, agradecimiento, pregunta sobre qué pasaría a continuación con una o varias de las empresas, respuesta oficial casi calcada del comunicado de prensa.

Si había suerte, ahí acababa todo y se pasaba al siguiente de la interminable marea de personalidades, dignatarios, hombres de negocios, curiosos y oportunistas que acudieron a darle el pésame. Si no la había y el individuo intentaba irse a lo personal o a lo impertinente, bien Clara, bien los Castelli, los Bianchi, Leo, Ana, Charles o Adela (que llegaron justo a tiempo para el entierro) se encargaban de espantarlo.

La pesadilla no finalizó hasta varias horas después del entierro, momento en el que se fueron los últimos moscones. Para entonces era la hora de comer y David les propuso, sin convicción, invitarles a tomar algo. Sin embargo, estaban todos tan agotados que acabaron por decidir que la mejor opción era que cada uno se fuera a su casa; ya les mostraría su agradecimiento en otro momento, cuando todos hubieran descansado en condiciones.

Una vez que se despidieron de sus amigos, Clara y David se fueron al apartamento de este y él se desplomó en el sofá mientras ella iba al baño. Solo cerró un segundo los ojos, pero se quedó completamente dormido y no despertó hasta un par de horas después.

—¿Cómo estás? —preguntó Clara cuando abrió los ojos. Se había tomado un sándwich y le había preparado a David un pequeño tentempié, que le ofreció y él aceptó encantado.

—Es agotador. Peor que la fiesta en la que me obligaste a portarme bien —bromeó él, entre bocado y bocado.

—No me refería a eso —respondió con suavidad Clara.

—Qué tontería. Ya sabes que no tenía una buena relación con él, si es que a eso se le podía llamar relación —replicó él, haciéndose el duro y centrado en su comida.

—En realidad, me preocupa más que te sientas mal por no sentirte mal.

—Yo diría que ni siquiera eso. —Dejó el sándwich a un lado—. No siento ninguna tristeza por su muerte, y sé que, si esto le ocurriera a una persona cercana a mí, sí que la sentiría. Pero... —La actitud de David cambió—. En realidad lo que siento es rabia. Sé que suena superficial e irracional, pero llevo años jugando a arrebatarse poco a poco el poder sobre el imperio familiar para demostrarle que me ha subestimado todos estos años y, al morir así, cuando yo estaba tan cerca...

—Es como si te hubiera arrebatado la oportunidad de vencerle — finalizó Clara.

—Creo que me conoces demasiado bien —dijo él, con seriedad. Ella sintió un arrebato de nervios: el hecho de que le conociera demasiado bien, en una relación como la que tenían, se podía interpretar como que se había acercado más de lo necesario.

—¿Y eso es bueno o malo? —se atrevió a tantearle.

—Depende de lo que sientas por mí.

—¿De lo que sienta por ti? —preguntó, esperanzada y aterrada a partes iguales. Mal momento había elegido su inseguridad para salir a la luz pero, ¿y si decía que si le amaba lo mejor sería que lo dejaran porque se estaba implicando demasiado?

—Si es amor, te convierte en una aliada magnífica. Si no es amor, te concede el poder de destrozarme —explicó David, y añadió, con voz temblorosa—: ¿Es amor, Clara?

Ella se arriesgó y asintió. No era tan malo, después de todo. Ser para él una aliada era mejor que no ser nada, aunque desde luego eso estaba lejos de lo que realmente deseaba Clara. David debió darse cuenta de lo que le pasaba por la cabeza en ese momento, porque soltó un suspiro de irritación:

—¿Sabes? Esto no se me da bien sin preparación previa. Te juro que lo que tenía planeado era muchísimo mejor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, desconcertada.

—Quiero decir, Clara, que, si las circunstancias fueran distintas, ahora mismo estaríamos los dos en Italia haciendo el amor como posesos. Pero, por supuesto, mi padre tiene que estropearlo todo incluso después de muerto.

—¿Ibas a venir a buscarme a Italia? —se sorprendió ella.

—Estaba a punto de coger el avión cuando recibí la llamada del hospital —asintió David, con tono solemne. Dudó unos segundos y continuó, acelerado—: Y ahora que sé que no voy a quedar como un idiota, a costa de hacer la declaración más desastrosa de la historia, porque está claro que no es el momento y el lugar adecuado, me gustaría pedirte que nos dejemos de relaciones informales y que aceptes venirte a vivir conmigo.

Clara se quedó mirando, estupefacta, el llavero repleto de monigotes manga que David había puesto frente a su cara. Entre las figuritas, todas de sus series favoritas, colgaban también las llaves de su apartamento. Como no recibía respuesta, el joven añadió:

—Cielos, Clara, di algo. Llevo cargando con estas estúpidas llaves demasiado tiempo, y te juro que pensaba decírtelo de una manera más apropiada, pero eso no cambia lo que siento y...

—¿Me... me quieres? —atinó a decir ella, al fin.

—Ya te he dicho que sí —respondió él de inmediato. Estaba tan nervioso que había perdido toda su labia. Luego se quedó quieto, con la mirada perdida, tras lo cual negó con la cabeza y fingió darse de cabezazos contra el sofá—. ¡No te lo he dicho! Te quiero, y me harías un gran honor si aceptaras venir a vivir conmigo y ser mi pareja formal y cerrada. ¿Mejor?

—Mucho mejor—sonrió, y él la besó con dulzura... hasta que la pasión comenzó a invadirles, momento en que se apartó.

—Ahora cierra los ojos —le pidió.

—¿Por...

—Bueno, he dedicado horas a preparar la declaración perfecta y, dado que en la práctica ya es imposible, quiero que al menos te la imagines. —Al verla dudar, dijo en tono suplicante—: Venga, concédeme ese capricho. —Clara se encogió de hombros y cerró los ojos con una sonrisa. —Estás en una de esas odiosas fiestas a las que tu malvado amigo Jazz te obliga a asistir y de pronto aparezco yo a caballo.

—¿A caballo?

—La idea era aparecer en moto, que es un poco más moderno pero, dado que es una fantasía, lo podemos adornar un poco —explicó David, y ella no pudo evitar una carcajada. Aún no se creía que eso estuviera pasando—. Te pido que subas y tú te pones roja como un tomate. Miras a tus amigos, no sea que te lo estés imaginando, pero

Jazz parece a punto de arrastrarte y subirte él mismo a la moto. Digo, al caballo. Así que vienes conmigo y te llevo a un campo tranquilo. Nos sentamos a la sombra de un olivo.

—No hay olivos en esa zona —le chinchó ella.

—¿He dicho olivos? Quería decir chopos —respondió David. Clara omitió decir que tampoco había chopos mientras él seguía con la fantasía —: Y, entonces, yo me pongo de rodillas y te digo que no puedo esperar hasta que vuelvas para confesarte que me he dado cuenta de que te quiero con locura y que mi mayor deseo es que aceptes la llave de mi apartamento y un futuro juntos. ¿Qué te parece?

—Desde luego, es mucho más romántica, pero me quedo con tu cara de tonto cuando te has dado cuenta de que te habías olvidado de decirme que me querías —rió ella.

—¿Sí? Pues te quedas sin oír la parte en que, después de que me digas que sí, y de comprobar que no hay gente por los alrededores porque odias a los *voyeurs*, hacemos el amor apasionadamente. Aunque —su mirada se volvió más pícara— ¿para qué imaginarse ese trozo si podemos escenificarlo?

Clara no pudo estar más de acuerdo y se lanzó a sus brazos.

Epílogo

—¿Y bien? ¿Qué os parece? —preguntó David, con una sonrisa, a sus amigos. Hizo un gesto en abanico para abarcar la inmensa mansión en la que, a partir de entonces, vivirían Clara y él. Llevaban ya un tiempo conviviendo en el apartamento de David, donde había espacio más que de sobra para los dos. No obstante, cuando él le pidió matrimonio y ella aceptó sin dudarle, habían hablado de futuro y habían acordado que querían tener hijos. Pensaban casarse en unos meses, en una pequeña sala de los juzgados con solo los amigos más íntimos presentes, para envidia de Adela y Charles. Pero a David le podía la impaciencia, así que, como entre el legado que había dejado su padre había unas cuantas mansiones, el joven había elegido la más cercana al centro de la ciudad y a sus amigos y había emprendido la ardua tarea de convencer a Clara para que empezaran a vivir en ella cuanto antes.

—Un poco ostentosa —respondió Jazz, a pesar de que su mirada dejaba bien a las claras que le encantaba el nuevo hogar de su amiga.

—Eso mismo le he dicho yo —dijo Clara, con un suspiro. La casa era preciosa y estaba maravillosamente decorada, pero le parecía grande hasta rozar lo ridículo, por mucho que David dijera que pronto necesitarían espacio. A ella, que como mucho quería tres hijos, aún le parecía demasiado grande. No obstante, una cosa la había convencido. David, que había tenido que ampliar levemente su horario para hacer frente a sus nuevas responsabilidades, había prometido traerse a todo su equipo a una de las alas de la mansión, de modo que compensaría el aumento de su jornada con el tiempo que antes invertía en desplazamientos.

—Bueno, siempre has querido tener una casa con piscina —le susurró Adela a Clara, mientras David continuaba guiándoles como si de un vendedor inmobiliario se tratara.

—Una casita con un agujero donde tirarme para refrescarme en verano era suficiente. Lo de la piscina olímpica climatizada es pasarse. Por no hablar de que hay una sala de cine, una biblioteca con tantos libros que no podría leerlos ni en cinco vidas, gimnasio y hasta una pequeña bolera.

—En honor a la verdad, la sala de cine y la bolera no me los esperaba para nada. Mi padre compró la casa por pura especulación,

no para vivir en ella, y no reformó nada porque pensaba que seguro que eran un gancho para futuros compradores —interrumpió David—. Ya veremos qué hacemos con esos espacios.

—¿Solo con esos? —preguntó Clara, divertida.

—Bueno, más vale pasarse a no llegar. Además, la biblioteca no tiene tantos libros. Si te fijas, lo que hay en los estantes superiores son paneles de madera con forma de cantos.

—¿Cómo dices? —preguntaron al unísono Clara, Ana, Marcella y Jazz, ávidos lectores, horrorizados. Al ver la cara del trío, David, Charles, Adela y Leo rieron.

—Nuevos ricos —dijeron al unísono, con tono resignado y negando con la cabeza, como si no hubiera remedio para ciertas personas.

—¿Qué puede llevar a una persona a llenar una sala inmensa con libros falsos? —preguntó Ana.

—El antiguo dueño era analfabeto, pero había oído que los ricos tienen grandes bibliotecas y él no iba a ser menos —explicó David, con un encogimiento de hombros. Luego, volviéndose hacia su esposa, añadió—: Si te sirve de consuelo, buena parte de los libros que sí son reales son primeras ediciones o ejemplares raros de mucho valor.

—Clara, creo que vamos a pasar mucho tiempo en tu biblioteca —bromeó Ana. En los últimos meses se habían hecho muy amigas, y más de una vez Clara y Adela se habían unido a la noche de chicas que hacían ella y su excompañera de piso, Tam.

—Sí, Clara necesitará mucha ayuda. Conociéndola como la conozco, querrá sustituir cuanto antes esos ridículos libros falsos con los libros de verdad que le apetezcan... Tenéis carta blanca para elegir los títulos —dijo David. La sonrisa de su esposa confirmó sus sospechas de que era el mejor regalo de boda que podía hacerle.

Al fin, el grupo llegó hasta el salón principal, donde David abrió un mueble bar escondido con habilidad y repartió copas de champán para todos. Adela rechazó la suya y se sirvió un poco de limonada.

—Lo sabía —soltó Jazz de repente. Marcella, que se había mantenido en un discreto segundo plano hasta el momento, puso los ojos en blanco y le dio un pisotón como advertencia, que no sirvió de nada porque siguió—: Tú estás preñada.

Charles casi se atragantó con el champán, y su esposa le dio unos golpecitos en la espalda mientras fulminaba con la mirada a su amigo.

—¿Cómo se ha enterado? —farfulló Charles en cuanto pudo.

—Por favor, Adela no ha cambiado una copa de champán por limonada en su vida. Además, cada vez que se dice la palabra niños os comportáis de forma rara.

—Serás bocazas —le regañó Adela—. Hoy estamos celebrando el compromiso de Clara y David, no queríamos robarles protagonismo con la noticia.

—Al diablo con nuestro protagonismo, ¡vas a ser madre! —exclamó Clara, dándole un achuchón. A partir de entonces, todo fueron felicitaciones y abrazos durante un buen rato.

—Fantástico, vosotros dos casados y esperando descendencia —Jazz señaló a Adela y Charles—, y vosotros a punto de casaros y deseando llenar esta casa gigante de críos —señaló a David y Clara—. Ya solo faltáis vosotros —finalizó, con una mirada a Ana y Leo.

—Bueno, ya que estamos con los anuncios —dijo Leo, y preguntó con la mirada a su pareja, que asintió—, hemos decidido dar un paso más en nuestra relación.

—Cuando nos dijisteis que os ibais a casar, Leo se puso un poco pesado con lo de casarnos nosotros también. Nunca he creído que un trozo de papel sea necesario para nada, pero aquí mi pirata consiguió convencerme, a golpe de argumentos, de que, a nivel legal, el matrimonio es la mejor opción... Así que digamos que, oficialmente, estamos prometidos —anunció Ana, y añadió—: Sin agobios, por supuesto, y desde luego todavía no tenemos fecha ni nada parecido...

De nuevo comenzó la ronda de felicitaciones y abrazos, hasta que alguien se acordó de rellenar las copas de champán y el vaso de limonada de Adela.

—Por las buenas noticias —brindó David. El resto alzó las copas y le corearon.

—Y porque sigan llegando —añadió Clara, esperanzada.

Aunque, al mirarse ahora, rodeada de amigos, prometida con un hombre maravilloso que la adoraba y cargada de confianza en sí misma, no dudaba de que así sería.

Nota de la autora

Las vueltas que da la vida. Cuando escribí esta novela, solo tenía unas nociones muy básicas y muy teóricas de lo que era el mundillo del Big Data. Me documenté bastante e incluso hice algún curso, pero era un concepto emergente y solo te planteaban lo que se podía hacer, no el cómo.

Ahora conozco de primera mano el sector porque trabajo en él y, aunque he tenido que reescribir la novela, me ha tocado conservar algunas cosas que no se ajustan del todo a la realidad por el bien de la historia.

El trabajo que hace Clara, por ejemplo, es mucho más complicado que como lo presento. Y, en el mundo real, probablemente no lo podría hacer una persona sola, por muy genio que sea (tanto menos con tiempos tan ajustados). Pero meter un ayudante o un equipo de ellos hubiera supuesto un impedimento para el avance de la trama, además de muchas explicaciones innecesarias.

Por ello, pido perdón por cualquier cosa que rechine a los que conozcan la materia. Al final, lo importante es la historia de Clara y cómo supera sus lastres, no su trabajo, así que espero que me lo pases por alto.

Aprovecho estas líneas también para desear que te haya gustado y, si es así y no te has leído los anteriores, animarte a hacerlo. En las próximas páginas tienes un avance de lo que puedes encontrar en *Enemigos o algo más*.

Echa un vistazo al primer capítulo de Enemigos o algo más

Adela quiere pasar su última semana de vacaciones en paz y lo más lejos posible de Charles Castelli, el hombre que le hace la vida imposible y con el que su madre está decidida a casarla. Pero, cuando su coche la deja tirada en el momento más inoportuno y Charles emerge de casa de su salvadora gritando improperios, la joven se da cuenta de una cosa: están solos en medio de ninguna parte y puede dar rienda suelta a la frustración que lleva conteniendo desde hace años...

Charles ha huido a casa de su antigua niñera para evitar a Dama de Hielo, pero ella aparece en su puerta y su indignación le hace olvidar sus modales. No obstante, cuando ella explota y se pone a tirarle piedras, revelando así su verdadera personalidad, Charles se da cuenta de que no podía estar más equivocado respecto a ella y que una disculpa no será suficiente para enmendar su comportamiento de los últimos años...



ENEMIGOS ♥ *algo más*



Déborah F. Muñoz

Capítulo 1: **Ya te estás disculpando**

Adela se subió encima de una de sus maletas y comenzó a dar saltitos en un intento de aplastar la ropa que había en ella. Después, maniobró y, aún sobre ella, consiguió, gracias a un considerable esfuerzo, cerrar la cremallera. Todo inútil porque, nada más bajarse, la costura reventó y parte de su contenido se desparramó por el suelo.

Frustrada, miró el reloj y se preguntó dónde podía conseguir un par de maletas a las siete de la mañana. Hacer tiempo hasta que abrieran las tiendas quedaba descartado: solo le quedaba una semana en Italia y los amigos con los que se alojaría, Jazz y Marcella, la esperaban a la hora de comer.

Así pues, agarró una toalla grande, hizo un hatillo de mala manera y se prometió a sí misma que no compraría ni una cosa más. Promesa que

duraría hasta que pasara por delante de una tienda en la que encontrara artículos originales que pudieran servir de inspiración para nuevas colecciones de algunas de sus empresas de moda, se topara con alguna tienda de antigüedades o cometiera el error de entrar en una librería con la intención de «solo echar un vistazo».

Tras pagar su cuenta en el hotel, hizo un tetrís con sus pertenencias en el maletero y el asiento de atrás de Deporpijo y arrancó con un sonido nada agradable.

—Maldito trasto —le susurró al vehículo.

Sus padres se lo habían regalado contra su voluntad cuando acabó la carrera y lo odiaba, pero no podía rebatir sus argumentos para que lo usara: la imagen era muy importante a la hora de hacer negocios y no podía presentarse en las reuniones conduciendo cualquier cosa. Sin embargo, Adela estaba deseando que se estropeará de una vez para comprar otro que, aunque fuera de alta gama, resultara un poco más discreto. Precisamente por eso se había llevado al Deporpijo, y no al Practicómodo, el pequeño utilitario que utilizaba en su día a día, a ese viaje por Europa. Después de varios miles de kilómetros metiéndose por cualquier camino, Deporpijo, a pesar de su resistente carrocería y sus materiales de máxima calidad, parecía más una tartana que otra cosa, lo que le daría por fin la excusa para deshacerse de él. Mientras se incorporaba a la carretera, Adela sonrió al imaginar la cara de sus progenitores cuando vieran el vehículo; justo en ese momento sonó su móvil.

—Mierda, he pensado en ellos demasiadas veces —dijo para sí, al reconocer el tono de llamada que identificaba a su madre. Barajó la posibilidad de fingir que seguía durmiendo, pero ella sabía de sobra que solía despertarse pronto y no iba a colar, así que aceptó la llamada por el manos libres—: ¿Sí?

Nada más pronunciar esa palabra, su madre, sin darle apenas opción a contestar, la asedió con una mareada de preguntas que iban desde el «¿Qué tal estás?» hasta el «¿Has hecho deporte esta mañana?», pasando por las clásicas «¿Qué tal tiempo hace?» y «¿Has desayunado bien?». Luego, sin detenerse siquiera a coger aliento, se puso a detallarle todos los pequeños cambios que había habido desde que hablaron el día anterior a mediodía.

Adela, que quería mucho a su madre pero había aprendido hacía años que era imposible seguirla cuando se ponía a cacarear y a saltar de un tema a otro, se limitó a responder con sonidos que ni siquiera podían calificarse como palabras. Eso no amedrentó a su progenitora, ya que

siguió a lo suyo durante lo que le pareció una eternidad, hasta que por fin desaceleró y preguntó:

—¿Cuándo vuelves?

—La semana que viene. Ya te lo dije cuando me marché y te lo he repetido a diario desde entonces —respondió la joven con toda la paciencia del mundo. Otra de las características de Magda Bianchi era que olvidaba a conveniencia todo lo que le interesaba para repetir la misma conversación de nuevo cada vez que encontraba ocasión, como si a fuerza de decir una y otra vez lo mismo fuera a conseguir un cambio de comportamiento. Así pues, Adela sabía qué era lo que venía a continuación:

—Y vas a la Toscana.

—Sí, mamá —suspiró ella. No se equivocaba.

—Los Castelli tienen una casa en la Toscana.

—Una casa a la que no tengo intención de acercarme, digas lo que digas y hagas lo que hagas. Estoy de vacaciones —repitió, por enésima vez, Adela.

—Qué tonterías, Adela —gruñó Magda, como si no pudiera creerse que su hija fuera tan obtusa—. No te cuesta nada pasarte por allí.

—Sí que me cuesta.

—Dame una sola razón por la que no puedes ir a hacerles una visita de cortesía —ordenó ella con aire enfadado, tras lo cual puso ese tono catastrofista que tan bien se le daba fingir—. Si se enteran de que has estado por la zona y no has pasado a hacer una visita podrían ofenderse.

—Te daré varias razones —dijo Adela, después de contar hasta diez—. Primero, estoy de vacaciones, como ya te he dicho, y mis vacaciones, además de no trabajar, implican evitar las visitas sociales a las que me arrastráis siempre que podéis cuando estoy en casa.

»Segundo, porque la Toscana es muy grande y la mansión de los Castelli está tan alejada de donde yo voy que ir hasta allí supondría dar un inmenso rodeo que me haría perder alrededor de una mañana y gran parte de la tarde.

»Tercero, los Castelli no suelen venir a Italia en esta época del año. Y cuarto, pero no por ello menos importante, aun en el caso de que esté Charles, al que sin duda habréis intentado engañar para que se pase por allí con alguno de vuestros absurdos planes de hacer que nos enamoremos a base de obligarnos a coincidir en todas partes, hay algo que no has tenido en cuenta, a pesar de que te lo he repetido millones de veces: no quiero tenerle cerca.

—No entiendo por qué dices eso de él. Es un joven encantador, algo

introvertido, cierto, pero resulta perfecto para ti —comentó su madre con tono incrédulo.

Adela bufó: alabar a Charles Castelli era algo así como una afición para sus padres y no veía cómo hacerles comprender que no le soportaba... sentimiento que era mutuo, como él se encargaba de demostrar, de muy malas maneras, cada vez que se veían y encontraba la oportunidad de insultarla.

—No le aguanto. Es un *snob* egocéntrico y creído que solo sabe abrir la boca para decirme cosas desagradables y sigo sin comprender por qué insistís en intentar que coincidamos en todo cuando ha quedado clarísimo que somos como el agua y el aceite —se aceleró Adela. Mantener el control de su ira cuando hablaba de ese individuo con sus padres, y más cuando no había oídos indiscretos cerca, le costaba bastante—. Así que no, no esperes que pierda un día entero de mis merecidas vacaciones para ir a visitar a ese arrogante...

—De pequeña te gustaba —la cortó su madre. Era la misma frase que utilizaba cada vez que su hija empezaba a arremeter contra el que, para ella, sin duda estaba predestinado a ser su yerno. Que ni Adela ni Charles se cayeran bien era solo un detalle sin importancia.

—De pequeña me gustaba el color rosa chicle, los unicornios y los cuentos de hadas. Ahora me gusta el negro, la ropa *underground*, las historias de terror y mantenerme lejos de Charles Castelli —respondió ella mecánicamente.

—De todas formas, creo que deberías ir —afirmó su madre.

—Pues es una suerte que no seas tú la que conduce a Deporpijo. Nos vemos la semana que viene —canturreó, tras lo cual cortó la llamada y desconectó su móvil, de muy mal humor. Había sido una mala mañana, pero que su madre la rematara recordándole el episodio más vergonzoso de su existencia le parecía el colmo.

Por aquel entonces, ella tenía doce años y llevaba toda la vida escuchando maravillas sobre Charles que, si todo salía como ambas familias deseaban —y no había motivos para sospechar lo contrario—, sería su futuro marido. Dado que sus padres habían estado viviendo en Asia desde hacía seis años para iniciar la expansión a ese continente de sus negocios, apenas recordaba nada del único hijo de los Castelli, que al parecer había sido su compañero de juegos en la guardería. No obstante, había fantaseado tanto con su futuro novio que casi creía conocerle tan bien como a cualquiera de sus amigos japoneses.

Nada más aterrizar en Europa, fueron a visitar a los Castelli a su mansión y los pocos nervios que hubiera podido tener se esfumaron de inmediato: era el

chico más guapo que había visto en su vida, así que todo lo demás también tenía que ser igual que en sus fantasías. Sin embargo, el chico de sus sueños no la hacía ni caso y Adela, consentida por sus padres y acostumbrada a que todo saliera como deseaba, fue incapaz de aceptarlo. Por lo tanto, se pasó los tres días siguientes pegada a él como una lapa, a pesar de que Charles hacía lo posible por quitársela de encima con educación.

No obstante, Adela, que ya se veía como la futura señora de la casa, siguió en sus trece y, cuando se lo encontró sentado en la cocina junto a la hija de una de las criadas, con la que charlaba de forma amistosa e inocente, toda su frustración estalló y, tras espantar a la chica con un empujón y un comentario vergonzosamente elitista, le dijo al objeto de sus deseos:

—Cuando estemos casados, no esperes que tolere ese comportamiento.

—¿Casados? —preguntó Charles, que hasta ese momento se había quedado paralizado por la impresión. Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta con la mesa siempre entre ambos, como si estuviera chiflada y, antes de marcharse corriendo de la habitación, le increpó—: No eres más que una despreciable niña narizota y mimada. Papá y mamá pueden decir lo que quieran; preferiría cortarme las venas antes que casarme contigo.

La joven Adela, humillada, corrió a su habitación y pasó los dos días siguientes encerrada, sin atreverse siquiera a contarle a sus padres qué había pasado, por lo que ellos lo tomaron por una riña tonta y continuaron con sus insistentes comentarios sobre el maravilloso futuro que les esperaba a ambos.

Al final, consiguieron convencerla de que saliera de la habitación, pero el resto de su estancia con los Castelli evitó por todos los medios a Charles que, desde su enfrentamiento, aprovechaba cada momento en el que coincidían para demostrar su desprecio hacia ella con comentarios hirientes, en especial cuando los adultos no estaban delante.

Adela suspiró al volver a recordar esa espantosa estancia en casa de su enemigo. Visto en perspectiva, había sido un momento clave en su existencia y había puesto su vida patas arriba. En cuestión de unos días, se había dado cuenta de que sus padres no eran todopoderosos, de que los príncipes azules podían ser odiosos, de que ella era de todo menos una princesa y de que tenía que replantearse muchos aspectos de su personalidad si no quería convertirse en una arpía.

Para cuando los negocios en Asia de ambas familias estuvieron asentados y los Bianchi se instalaron de forma definitiva en Europa, ella era una joven completamente distinta a la niña tonta que había sido antes de conocer a

Charles Castelli. Por desgracia, las dos familias seguían empeñadas en emparejarles, por lo que se veían obligados a interactuar en clase, en todos los eventos y hasta, si se descuidaban, en sus vacaciones.

Lo peor era que, aunque intentó congraciarse con Charles, cada vez que coincidían, su némesis se esforzaba por hacerle la vida imposible y recordarle lo mucho que la odiaba, hasta el punto en que su sola mención bastaba para ponerla enferma. Por supuesto, si había público era todo un caballero, pero siempre se las arreglaba para hacer al menos un comentario con el objetivo de herirla, y ella tenía que hacer un gran esfuerzo de autocontrol (recordándose que era una dama y que un enfrentamiento público entre los herederos de ambas familias sería fatal) para mantener su rostro inexpresivo, contener las ganas de darle un puñetazo y responder a sus pullas con gélidos comentarios vacíos y corteses.

Por suerte, la independencia que dio a ambos la mayoría de edad había conseguido reducir sus encuentros a los mínimos imprescindibles, lo que no evitaba que su madre, y su padre en menor medida, se esforzaran para hacer que se vieran todo lo posible.

—Lo que me faltaba, tener que aguantarle también en mis únicos momentos de relax —bufó para sí, tras lo cual puso la radio a tope y se esforzó por pensar en cosas más agradables.

Lo logró, pero al parecer no había cubierto su cupo de desgracias esa mañana. En un intento por atajar, acabó metida en una carretera rural que carecía de carteles indicativos. Sin ninguna referencia más allá del precioso y monótono paisaje toscano, asumió que se había perdido y encendió el *gps*, cosa que evitaba a toda costa porque eliminaba parte de la magia de los viajes por carretera. Sin embargo, el cacharro tardaba en ubicarse y la hizo desviarse a otra carretera que a los pocos kilómetros se volvía bastante accidentada y por la que no veía la forma de cambiar de sentido.

Al poco rato, la calzada, que estaba tan estropeada que ya ni se merecía dicho calificativo, se bifurcó en dos caminos, uno de los cuales estaba invadido por un enorme charco del que difícilmente podría salir si se metía. Aunque en el otro había un cartel que indicaba que era un camino privado, Adela seguía sin poder dar la vuelta, así que decidió tomarlo, con la esperanza de encontrar un sitio más amplio donde cambiar el sentido.

Por fin, varios minutos después, dio con una zona en la que maniobrar y se dispuso a hacerlo pero, en ese momento, Deporpijo decidió vengarse de

todos los agravios del viaje: hizo un ruido de lo más desagradable y se quedó parado, humeante, justo cuando se quedó perpendicular al camino.

—Noooo —le habló al vehículo con tono lastimoso—. Vamos, Deporpijo, no me hagas esto, aguanta una semana más. Luego podrás descansar en paz, te lo prometo.

Por supuesto, el coche no hizo caso de esa súplica y siguió humeando en silencio. Adela buscó los papeles del seguro y el cuadernito donde había apuntado los números de emergencia en la guantera, solo para descubrir que estaba vacía. Intentó hacer memoria y se dio cuenta de que debían de estar en algún lugar del asiento de atrás, casi con toda seguridad debajo de todos los trastos.

«Maldito karma», pensó, y salió del coche con un tremendo portazo —poco importaba ya— para revolver entre su equipaje hasta encontrarlo. Estaba con medio cuerpo dentro del vehículo cuando un bocinazo la hizo girar la cabeza y ver un todoterreno dirigiéndose hacia ella a una velocidad insuficientemente decreciente. Adela saltó hacia dentro y buceó entre sus cosas para alejarse lo máximo posible del peligro que, casi de milagro, se detuvo a solo unos centímetros de la puerta abierta.

Después de unos largos segundos de silencio estupefacto, una señora entrada en carnes, de unos cincuenta años, se bajó de todoterreno con cara de preocupación, sin parar de hacer aspavientos y de hablar tan deprisa en italiano que a Adela le costaba entender lo que decía. A pesar de que su familia tenía raíces en ese país, no era su idioma materno y la joven había aprendido lo básico más por pasatiempo que por necesidad, de modo que, aunque lo chapurreaba, era incapaz de comprender el marcado acento de la mujer, tanto menos a esa velocidad.

—*Mi scusi* —dijo cuando la señora paró a coger aire, e intentó explicarle su situación mediante una mezcla de señas e *italoespanglish*.

—¿Eres española? —la cortó entonces la mujer en perfecto castellano. Sorprendida, Adela asintió—. ¡Ay, *bambina*, qué susto me has dado! ¿Cómo acabaste ahí, en medio de un camino privado, si puede saberse? —La joven le contó brevemente de dónde venía, a dónde intentaba llegar y cómo había acabado en esa situación. La mujer asintió, comprensiva—. Ibas bien por esa carretera, sí, pero estos odiosos políticos llevan años prometiendo arreglarla y nunca lo cumplen. Cada vez que llueve, pasamos una semana sin poder usarla y hay que dar un rodeo. ¡*Santa pazienza!* Pero bueno, lo importante es que no ha pasado nada grave. Eso sí, será mejor que quitemos

el coche de ahí en medio. Por cierto, yo soy María.

—Es un placer —dijo Adela, tras presentarse—, pero creo que esto solo lo podremos mover con una grúa. Justo ahora estaba buscando los papeles del seguro para llamar...

—Tonterías, *bambina*. ¡A saber cuánto tarda la grúa! Hay que moverlo ya. Posiblemente venga el repartidor dentro de un rato y siempre conduce mientras chatea con el teléfono. Ese seguro que no frena a tiempo y no quiero una desgracia. Así que ven. Mi casa está ahí mismo y mi marido Luca sabrá cómo hacerlo para darle la vuelta.

Antes de poder protestar, Adela estaba llamando a Jazz y Marcella por teléfono para tranquilizarles, sentada en el todoterreno, que rodeó con pasmosa facilidad a Deporpijo en dirección a la casa de María.

Entre tanto, un recuerdo desagradable invadía los sueños de Charles Castelli:

Era su primer año de facultad y, cómo no, para hacer el único trabajo en pareja del curso, le había tocado como compañera Bianchi. No le extrañaba, pues seguramente sus padres, o la propia interesada, habían hecho presión con los profesores para que les tocara colaborar en el máximo de trabajos posibles, pero él no estaba dispuesto a aguantarla más de lo imprescindible.

—Escúchame bien, Bianchi —le dijo en cuanto ella se acercó después de la clase—. He soportado demasiado tiempo esta situación y estoy harto. Tú y yo no nos hablamos. No trabajamos juntos. No te quiero cerca, por más que digan nuestros padres y por más que te empeñes. Cuando coincidamos, nos saludaremos con cortesía y cada uno por su camino. Punto. Yo me encargaré de hacer los trabajos y me limitaré a pasarte el texto definitivo para que no se note que no has participado si te preguntan.

—Eso no me parece correcto —respondió ella, tan gélida como de costumbre—. Nos alternaremos para hacerlos y nos los pasaremos para revisarlos antes de entregarlos, si te parece.

—Mientras no tengamos que hacerlo juntos, me parece perfecto —acabó él, despectivo.

Una vez dejada clara su postura, se dirigió hacia las escaleras pero, poco antes de llegar a ellas, se paró en seco. ¿Acababa de llamarle «imbécil»? No, sin duda Dama de Hielo no haría una cosa así, y menos teniendo en cuenta que llevaba obsesionada con casarse con él desde los doce años. Así pues, se giró para ver si había podido decirlo otra persona

y se encontró con que la única ocupante del pasillo era Bianchi que, antes de poner su habitual expresión fría, le dirigía una desconcertante mirada de... ¿desprecio?

Charles despertó con esa visión aún clavada en su memoria y sacudió la cabeza para despejarse. No era de extrañar que hubiera soñado con ella: había viajado a la Toscana para supervisar las propiedades de la familia en la zona y sustituir a su padre como representante en una pequeña venta. Luego había decidido, a sugerencia de ellos, tomarse unos bien merecidos días de asueto antes de volver a sus negocios.

En ese momento no sospechó que hubiera ninguna trampa pero, solo veinticuatro horas después de tomar esa decisión, se había enterado de que Dama de Hielo iba a estar por la zona, lo que significaba que pasaría por la mansión familiar para hacer una visita de cortesía, que casi con total seguridad se convertiría en una estancia de al menos un par de días para «evitar la incomodidad del hotel». Lo que quería decir, a su vez, que Charles tenía que salir de esa casa cuanto antes: si no estaba cuando Adela llegara, se ahorraría el mal trago de tener que hacer de anfitrión para esa mujer horrible.

Así pues, había decidido visitar antes de lo previsto a su antigua niñera y a su esposo, María y Luca, que como siempre le habían invitado a quedarse en una pequeña pero acogedora habitación que tenían siempre preparada para las visitas. Por supuesto, había aceptado encantado y se había trasladado la noche anterior, para disgusto de sus padres, que le llamaron antes de acostarse para insistirle en lo importante que era no ofender a los Bianchi y en lo necesario que era que estuviera en casa cuando la heredera se pasara a hacer la visita de rigor. Por supuesto, se había negado en redondo, pero sin duda la discusión había quedado grabada en su subconsciente y le había provocado ese mal sueño.

—Maldita Bianchi. Lo que me faltaba: que me persiga también en mis pesadillas —susurró mientras miraba el reloj. Eran las diez, demasiado pronto para sus costumbres, pero ya se había desvelado, así que se lavó la cara, se peinó con esmero su rubia cabellera, se puso una ropa informal pero perfectamente escogida para que resaltara sus ojos verdes y bajó a desayunar con la idea de hacerlo rápido y echar una mano a María, que la noche anterior había informado de su intención de ir al mercadillo.

—Buenos días —dijo Luca en cuanto le vio. Era un hombre pequeño, pero tan lleno de energía que no podía estarse quieto ni callado—. Qué raro verte

tan pronto despierto. Si buscas a mi *bella* María, llegas tarde; se acaba de marchar al mercadillo. Suerte que estás aquí y que me he podido librar de acompañarla con la excusa de ejercer de anfitrión. ¡Me vuelve loco cuando corre de puesto en puesto! A propósito, ¿quieres desayunar? ¿Qué te apetece? ¿Huevos, tostadas, café, zumo? O mejor, algo dulce, que ya sé que te encanta. María me los tiene prohibidos y ha escondido las provisiones que compró para ti cuando supo que ibas a venir, pero no te preocupes, que ya tengo localizado el alijo —acabó, con un guiño.

Charles, a pesar de que tenía mal despertar y de que ese día no estaba de humor para nada, sonrió:

—Eso sería estupendo. Hoy lo necesito más que nunca. Salí tan rápido de casa de mis padres para evitar el encontronazo con esa acosadora que se me olvidó hasta hacer acopio de bollos.

—Anda, anda, *bambino*. Pues no eres exagerado ni nada. ¿No te habían dicho tus padres que la *ragazza* no iba a llegar hasta hoy o mañana?

—Por eso, Luca, por eso. Me arriesgaba a que se adelantara a mi retirada y apareciera antes de tiempo. Con ella nunca se sabe, parece que se conoce todas las mañas para imponerme su presencia una y otra...

—¡¡¡Luca!!! —se oyó el grito de María en el exterior—. ¡Luca! Baja, Luca, necesitamos tu ayuda con un coche.

Charles y Luca cruzaron una mirada, extrañados, y salieron al exterior. No obstante, el joven Castelli se paró en seco en cuanto su visión se adaptó a la luz de fuera, porque frente a él se encontraban María... y Adela. Charles pestañeó, convencido de que era una alucinación, pero no: esa enorme nariz era inconfundible. Se trataba de Bianchi y parecía de lo más inocente, observando la casa como si no le hubiera visto. Sin embargo, a Charles no le engañaba, más bien al contrario: le parecía el colmo que hubiera llegado hasta allí, que violara su intimidad hasta ese punto. Así pues, el mal humor que Luca había conseguido reducir resurgió con tanta fuerza que el joven estalló.

Adela, por su parte, estaba tan ensimismada con la observación de la casa, típicamente toscana y de aspecto sólido pero acogedor gracias a las macetas que colgaban en las ventanas y el cuidado jardincito, que no vio a Charles hasta que se dirigió a ella gritando todo tipo de cosas horribles como un energúmeno.

«Esto no puede estar pasando. Es una pesadilla», pensó la joven, que se había quedado en blanco por la impresión.

Entonces, María, la amable y encantadora señora que la había acompañado

para que su marido la ayudara a mover a Deporpijo, se puso a regañar a su némesis como si fuera un niño de teta.

«Eso es. La señora María no frenó a tiempo y esto son alucinaciones al borde de la muerte. O peor, el infierno. O ella no existe, me he quedado dormida mientras llamaba a la grúa y el humo me está haciendo alucinar. O ni siquiera he salido todavía del hotel y sigo dormida. En cualquier caso, esto no es real y puedo largarme», se dijo Adela.

Nada más tener ese pensamiento, la joven giró sobre sus talones y comenzó a caminar a marcha ligera de vuelta a su coche.

—¡Ya te estás disculpando, *bambino!* —oyó decir a sus espaldas a la señora.

—Pero Nana —protestó Castelli—, ella es...

—¡Me da lo mismo quién sea! ¡Yo no te he educado para que fueras tan maleducado! ¡Ya estás disculpándote!

Charles siguió con sus protestas hasta que Adela estuvo tan lejos que ya no pudo escucharle, lo que hizo que ella se relajara un poco. «Vale, puede que no sea una alucinación, solo una horrible jugarreta del karma, por pensar, esta mañana, que la cosa no podía empeorar. ¿Qué relación tendrá ese imbécil con esa mujer tan amable? Bah, qué más da. Ya ha pasado. Ahora solo tengo que volver a Deporpijo, sentarme y esperar a que venga la grúa. Desde luego, la ayuda por esta parte queda descartada. A saber qué barbaridades les dice de mí».

No obstante, su esperanza de dar por finalizado el incidente no se cumplió: no tardó en volver a oír los gritos de Charles, esta vez llamándola.

—¡Bianchi! —La joven le ignoró y aceleró el paso aún más, pero él echó a correr para alcanzarla—: Maldita arpía, me arruinas las vacaciones y encima me haces perseguirte.

Ella se paró en seco y se giró con el rostro contraído en una mueca de furia.

—¿Que yo te arruino las vacaciones? —preguntó, incrédula.

En ese momento se dio cuenta de un detalle importante. Estaban en medio de la nada y, salvo María, a la que habían dejado muy atrás, no había nadie que pudiera censurarla por dar rienda suelta a su carácter y dejar de comportarse como una dama. Así que hizo lo que llevaba deseando desde hacía muchos años: se agachó, agarró unos cuantos guijarros del camino y comenzó a tirárselos.

Charles detuvo su carrera en seco a la primera pedrada, desconcertado, lo

que dio a Adela la oportunidad de afinar su puntería un poco. Por suerte para él, no tenía mucha, lo que no impidió que un par de guijarros le golpearan con fuerza.

—Se supone —dijo Adela, mientras lanzaba una piedra—, que tienes que estar en tu estúpida mansión —siguió con un nuevo lanzamiento—, y no en la otra punta de la Toscana —continuó con una doble pedrada—. ¡Y menos en la casa de la señora que me iba a ayudar a mover mi coche! —finalizó, lanzando su último proyectil y agachándose para recoger más.

Charles, mudo de asombro, esquivó los guijarros como pudo hasta que un lanzamiento exitoso le alcanzó en la cadera. Empezó a avanzar hacia ella para detenerla antes de que le acertara en una zona más sensible y agarró sus manos con fuerza.

—Estate quieta, bruja —le ordenó, frustrado.

La respuesta de Adela fue pegarle una dolorosa patada en la espinilla y retorcerle los brazos con una llave que le dejó en el suelo, dolorido.

—Cállate —le gritó ella. Una parte de sí misma se sorprendía de semejante despliegue de agresividad, pero toda la contención de los últimos años se estaba desbordando y apenas era capaz de reprimir el impulso de seguir pegándole, de modo que continuó con sus amenazas de forma verbal, tensa como un resorte—: Ni una palabra más o te pego una paliza. Y créeme, he tenido los mejores *sensei* que se podían encontrar en cada país en el que he estado, así que puedo hacerlo. He aguantado tus malas maneras durante demasiados años y esto ya es el colmo. No. Te. Me. Acerques. Y no abras tu maldita boca nunca más en mi presencia.

Dicho esto, retomó su camino con paso firme, en nada parecido a los andares sensuales y suaves que solía utilizar. Charles se incorporó, dolorido e incapaz de comprender ese cambio en Dama de Hielo. Aunque, desde luego, viéndola en ese momento, el calificativo quedaba descartado. De no ser porque, por lo que había dicho, no había lugar a duda de que era Bianchi, aun cuando la forma de decirlo no era para nada propia de ella, hubiera pensado que era su doble. ¿De veras eso que llevaba puesto eran unas deportivas, unos vaqueros rasgados y una camiseta ancha de una serie de ciencia ficción clásica? «¿Qué demonios...?»

—¿Qué haces ahí sentado, *bambino*? —le gritó María, sin aliento, en cuanto le dio alcance—. ¡Te habrás disculpado! No te crié para que fueras tan grosero, y menos con las damas.

—No es una dama —respondió Charles con un hilillo de voz. Se levantó y se frotó la espinilla dolorida—. Ahora mismo no sé qué es pero, desde luego, no una dama. «Bestia chalada» es lo que más se le acerca —acabó, tras lo cual recibió un sonoro capón—. ¿Pero qué haces?

—¡Educarte! La vuelves a insultar. Y apuesto a que no te disculpaste.

—Maldita sea. No soy un crío, ¡no necesito que me eduques a base de capones!

—Ya lo creo que lo necesitas. Y yo que pensaba que eras un hombre, tan responsable y tan refinado. ¡Sigues siendo un crío orgulloso incapaz de disculparse!

—Me estaba tirando piedras, Nana —protestó con un quejido.

—Y bien que te las merecías, malhablado. Como la trates la mitad de mal que ahora siempre...

—No siempre —respondió él, vacilante—. Solo cuando se pasa de la ralla con su acoso. Por si no te has dado cuenta, ella es la mujer de la que estoy huyendo.

—¡Acoso! ¿Tú eres *stupido*? ¿Crees que una *ragazza* mandaría al suelo a alguien por quien está obsesionada? ¿No se te ocurre que ella está en tu misma situación? Pero apuesto a que la *ragazza* no es una maleducada como tú, y menos delante de otra gente.

—Tonterías. Yo nunca la he ofendido delante de nadie.

—¡Así que yo soy nadie! —se enfadó aún más María.

—Sabes que no quiero decir eso, Nana. Contigo es distinto, puedo ser yo mismo. Además, ella siempre está allá donde voy.

—*Santa Madonna*. ¡Bendita la paciencia que me dio contigo! ¿Acaso no os movéis en los mismos círculos y vuestros padres son amigos? ¡Cómo no vais a coincidir!

—Pero ella me dejó claro lo que esperaba de nuestra relación hace mucho tiempo.

—¿Cuánto? ¿Década y media? *Sei proprio un mulo, bambino* —dijo María, exasperada. Luego suspiró y movió los labios en una cuenta silenciosa hasta diez, tras lo que continuó, más calmada—: Si mi Luca me hubiera hablado así cuando éramos novios, con todo lo que yo le quería, te aseguro que mi amor se habría esfumado en un suspiro. Y si hubiera tenido que aguantarle *da un pezzo* metiéndose conmigo y encima hubiera tenido que contener mi lengua... ¡Apedrearle hubiera sido poco! Vamos, quiero ver cómo te disculpas. ¿O te tengo que llevar de la oreja?

Charles, a regañadientes, comenzó a andar en la dirección en la que había desaparecido Bianchi, con la certeza de que, de no hacerlo, su vieja niñera cumpliría su promesa.

Entre tanto, Adela llegó al Deporpijo, sudorosa, y se encerró en él para soltar un grito con el que descargarse. No obstante, la liberación de su ira y su frustración solo consiguió que emergiera su sentido de la responsabilidad y, en lo que tardó en bajar las ventanillas un poco para que corriera el aire, ya que el vehículo parecía un horno, se sintió al borde de un ataque de pánico.

«¿Realmente he apedreado y pegado a Charles Castelli?», pensó, y comenzó a darle vueltas a las consecuencias que podía tener en los negocios familiares esa acción, al margen de lo merecido que se lo tuviera Charles.

Los Bianchi y los Castelli tenían muchos proyectos en común, incluso varias empresas creadas con capital conjunto; una ruptura de las relaciones entre las dos familias, o simplemente que la mala relación entre los herederos se hiciera pública, podía ser fatal para todos esos negocios. Solo por el bien de esos proyectos comunes, aparte de por su lucha constante para mantener a raya su carácter, había mantenido su máscara todos esos años y había contenido los deseos de responder a las provocaciones de Charles. Siempre había sabido que, de dejarse llevar y decirle lo que pensaba, aunque fuera una vez, perdería el control por completo y ocurriría algo como un ataque de ira con agresión y pedradas incluidas.

«Por otro lado», se tranquilizó, «no creo que a él le interese que se sepa lo que ha pasado. De hecho, haber explotado en medio de la nada, lejos de las miradas curiosas de nuestros círculos sociales, puede tener sus ventajas. Ahora que me he desahogado por fin, cuando él encuentre la oportunidad de insultarme por lo bajo en un sitio más peligroso, ya podré responder sin miedo de perder la compostura ni de entrar en una espiral de ira que pueda llamar la atención de oídos indiscretos o hacer sentir mal a mis padres».

—Bianchi.

La voz de Charles la sacó de sus pensamientos. De reojo, Adela le vio acercarse al coche y subió la ventanilla. No quería que su buena educación la impulsara a disculparse por algo de lo que, en el fondo, no se arrepentía, de modo que tomó la firme decisión de ignorarle hasta que le perdiera de vista. Ya volvería a ser el ideal de joven educada y contenida que siempre intentaba alcanzar cuando volvieran a verse en otros ambientes. Hasta entonces, dejaría que sus verdaderos sentimientos hacia él tomaran las riendas de sus reacciones. Después de todo, no tenía sentido que volviera a ponerse la

máscara justo después de una escena como esa, la cual ya no tenía arreglo.

—Baja la maldita ventanilla, Bianchi —insistió él, con tono duro, a lo que solo recibió por respuesta un corte de manga contundente.

—Pero *bambina*, ¿qué haces con las ventanillas subidas? ¡Si ese coche debe de ser un horno! —exclamó entonces María, que hizo su aparición justo detrás de Charles e ignoró el feo gesto que la joven todavía mantenía.

Adela, que no quería ofender a la amable mujer, bajó la mano, sonrió y, sin mirar siquiera en dirección a su némesis, le dijo:

—Lo siento, María, pero prefiero asarme dentro del coche antes que tener que soportar ciertas compañías.

—Anda, anda. Si él está aquí para disculparse. —Lanzó una dura mirada a su antiguo pupilo—. Una vez que lo haya hecho, volverá a la casa y no te molestará más.

Charles estuvo a punto de responder a María que no tenía ya edad para que le mandara dentro de casa como castigo, pero se lo pensó mejor y se limitó a decir:

—Mis disculpas, Bianchi.

Ella se limitó a asentir con gesto altanero y aceptó por fin salir del coche y acompañarles de vuelta a la casa. En el trayecto, María conversó sin parar con Adela, que para sorpresa de Charles se mostró cálida y encantadora con la mujer, actitud que trasladó a Luca cuando este se presentó. Sin embargo, en todo momento actuó como si Charles no existiera, ni siquiera después de que volvieran al coche y Luca dijera que necesitaba la ayuda de todos para girar el vehículo, lo que les obligó a ponerse el uno junto a la otra cuando les tocó coordinarse.

Giraron el coche, que tenía un aspecto tan destartado que parecía mentira que fuera de alta gama, justo a tiempo, ya que el repartidor hizo su aparición y, tal y como había anticipado María, ni siquiera se percató del obstáculo hasta que casi lo tuvo encima. Por fortuna, pudo esquivar el vehículo sin chocar con él ni arrollar a ninguno de los cuatro que, tras pegar un bocinazo para avisarle del peligro, se habían puesto a salvo.

—Menos mal que insististe en que apartáramos al Deporpijo —le dijo Adela a María, sin percatarse de la mirada curiosa de Charles al oír el apelativo del coche.

La mujer, por su parte, se dirigió hacia el mensajero sin parar de regañarle por no tener más cuidado y ambos se pusieron a discutir, lo

que hizo que Luca decidiera acercarse para poner paz. Adela y Charles se quedaron juntos al lado del coche, pero ni ella estaba por la labor de dejar de ignorarle ni él sabía muy bien cómo comportarse en ese momento: estaba demasiado descolocado como para saber qué pensar, tanto menos para decidir cómo abordar la situación.

Finalmente, Luca logró tranquilizar a su mujer y al mensajero, que entregó los paquetes de muy mal humor y se marchó con tan gran acelerón que la polvareda les puso perdidos a todos.

—Ese *bambino* maleducado, ¡no vuelvo a pedir que nos traigan la compra a domicilio en esos ultramarinos! —gruñó María—. Vamos, vamos para la casa. ¡Mira cómo nos hemos ensuciado!

—Oh, no, de veras, María, prefiero quedarme aquí a esperar a la grúa, ahora que ya no es un peligro...

—¡Tonterías! ¿Cómo vas a quedarte aquí, llena de polvo y con este calor, si puedes venir con nosotros, refrescarte y esperar con comodidad dentro?

Por más que Adela protestó, no consiguió que María diera su brazo a torcer y acabó por ceder y acompañarles de vuelta a la casa. Una vez dentro, entró un momento al baño para quitarse el polvo y el sudor, tras lo cual se sentó en la mesa de la cocina, donde Charles se pegaba un atracón de bollos. María, al ver a Adela, le pegó un codazo a su pupilo y dijo:

—Ofrécele un poco, ¡no seas maleducado!

—Oh, no, María, no es necesario. Yo desayuné hace horas —le aseguró la joven. A pesar de su desahogo, de que no habían vuelto a dirigirse la palabra y de la seguridad que le daba estar en un entorno donde podía contestarle de forma contundente a la más mínima falta de respeto, el nudo de tensión que siempre le generaba la presencia de Charles seguía presente, a lo que había que añadir que no podía sentirse más incómoda por la situación en la que se encontraba. Sin embargo, una vez más, María no aceptó un «no» por respuesta.

—Razón de más para que tomes algo, o cuando llegue la hora de comer no tendrás fuerzas —dijo la mujer, y puso frente a ella un par de los bollos de Charles y algunos tentempiés salados.

Adela picoteó un poco, sin ganas pero ocultándolo, ya que sabía que María se sentiría ofendida si no aceptaba su hospitalidad. Luca también se sentó a la mesa e intentó probar los dulces, aunque fue detenido por su esposa y se tuvo que conformar con un poco de queso. Entre tanto, María era toda actividad y hablaba sin parar con su invitada, en un intento de hacerla sentir como en casa.

Charles, por su parte, procuró no intervenir en la conversación, ya que

Adela esbozaba una mueca cada vez que lo hacía, como si recordar que él también estaba allí la molestara. Así pues, la observó charlar con María y Luca, entre confuso e intrigado. No llevaba maquillaje ni nada que disimulara sus defectos, al contrario, su práctico pero mal escogido peinado hacía parecer su nariz aún más grande de lo habitual. Sin embargo, esa ausencia de artificio, unida a unos gestos de lo más expresivos que nunca le había visto hasta entonces —sin duda por haberlos mantenido ella bajo una máscara de elegante indiferencia— le sentaban bien.

Intentó encontrar algún resquicio de que todo fuera una estudiada y magistral actuación para conquistarle, pero era imposible y pronto quedó claro que Adela Bianchi —la verdadera Adela Bianchi— era la mujer que tenía delante y no la Dama de Hielo a la que creía tener calada. Así pues, se mantuvo todo lo atento que pudo, cada vez más ansioso conforme acumulaba detalles que le hacían ver el alcance de su equivocación. No obstante, su observación se vio interrumpida cuando por fin llegó la grúa y la joven se despidió efusivamente de la pareja y con un cabeceo en su dirección.

—Bueno, *bambino* —le dijo María a Charles cuando Adela se hubo marchado—. Está claro que la *ragazza* ha aceptado tus disculpas pero está lejos de perdonarte. ¿Qué piensas hacer ahora para compensar tu horrible actitud?

—La verdad, nana. No tengo ni idea —admitió él. Pero una cosa estaba clara: algo había que hacer.

Continúa la lectura en
Enemigos o algo más
[Disponible en Amazon](#)

¿Quieres conocer la historia de Leo y Ana?

ISBN: 9788494173585

Editorial: Divalentis

Ana no ha decidido aún qué hará durante sus vacaciones. Lo que sí que tiene claro es que el primer día se va a hartar a dormir. Pero, cuando su amiga Tam se rompe una pierna al intentar subir la escalera con unas cuantas copas de más, esta la manipula para que le haga un favorazo y se encuentra, de pronto, al cuidado de dos gemelas. Al principio es duro, pero justo cuando empieza a coger el tranquillo a eso de ser niñera, las dos diablillas suben a la habitación de su misterioso tío, a pesar de que lo tienen prohibido, y la vida de Ana cambia para siempre.

[Disponible en Amazon](#)

Sobre Déborah F. Muñoz

Escritora incansable, empezó a publicar sus trabajos en [blogs](#) y, gracias a los ánimos de sus lectores, ya ha publicado siete novelas en papel ([Atrapada en otra dimensión](#), [Viajera interdimensional](#), [Incursores de la noche](#), [Incursores del ocaso](#), [Amigos o algo más](#), [Enemigos o algo más](#) y [Amantes o algo más](#)) y una novela corta ilustrada, [Eladil](#), además de relatos en decenas de antologías literarias.

Posee también un [blog de cultural y de reseñas literarias](#) y es muy activa en iniciativas literarias y culturales de diversos ámbitos. A lo largo de su extensa carrera literaria, ha escrito cientos de relatos, y está recopilando los mejores en diversas antologías, como [126 trocitos](#), [48 trozos de fantasía y ciencia ficción](#) o [42 trozos de amor y pasión](#).

Además, ha incursionado en el género de la no-ficción con el título [¿Dónde está mi tiempo?](#)